

ALDABA

*REVISTA DEL
CENTRO ASOCIADO A
LA UNED DE MELILLA*

AÑO 2.º NUM. 2, 1984

ALDABA

*REVISTA DEL
CENTRO ASOCIADO A
LA UNED DE MELILLA*

AÑO 2.º NUM. 2, 1984

DIRECCION

José Megías Aznar

CONSEJO DE REDACCION

**Alicia Benarroch Benarroch — José Manuel Calzado Puertas —
Vicente Moga Romero — Ana M.^a Riaño López — Teresa Rizo Gutiérrez —
Laura Cantón Fernández — Javier Gutiérrez Pellejero —
José M.^a Gómez Bernardi.**

EDITA Y DISTRIBUYE

**Servicio de Publicaciones del Centro de la UNED de Melilla.
Palacio Municipal. Apdo. 121.— Teléfonos 681080 y 683447**

**Imprime: COPISTERIA LA GIOCONDA
Melchor Almagro, 16
Depósito legal: 526/1983
GRANADA**

INDICE

Reflexiones sobre el constitucionalismo español y la Constitución de 1978 <i>por Carlos Collado Mena</i>	7
Sentido y alcance del anti-idealismo de Ortega y Gasset <i>por Francisco Samaranch Kirner</i>	31
Renovación pedagógica <i>por Marta Mata</i>	45
Una aproximación hispánica a Debora Barón <i>por Encarnación Varela</i>	61
Historia geológica de la Luna <i>por Simón Benguigui Levy y Miguel García Carrascosa</i>	71
Aproximación al Impuesto sobre el Patrimonio Neto <i>por Javier Gutiérrez Pellejero</i>	85
Melilla en la visión de la novela histórica: 1921 (Aproximación en tres textos) <i>por Vicente Moga Romero</i>	109
Acercamiento a la Sociolingüística <i>por M.^a del Carmen Marcos Casquero</i>	123

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

<i>A. Ortega</i> "Reglamento del Impuesto sobre sociedades"	135
<i>D. Cantimori</i> "Humanismo y Religiones en el Renacimiento"	135

Reflexiones sobre el constitucionalismo español y la Constitución de 1978 (1)

Por Carlos Collado Mena

El objeto de mi conferencia es hablarles de la Constitución española de 1978, que fue refrendada por abrumadora mayoría de españoles el 6 de diciembre de aquel año, y cuyo quinto aniversario conmemoramos.

Todos ustedes saben que con la sanción por el Rey Don Juan Carlos del Texto Constitucional, sanción que tuvo lugar el 27 de diciembre de 1978, España nació a la democracia. La Constitución marcó así el deseado tránsito de un Estado autoritario a otro constitucionalista y, por tanto, democrático.

Y acabo de anunciar una dicotomía (autocracia versus constitucionalismo) a la que la moderna politología sociológica atribuye la virtud de servir como base clasificatoria de la tipología estatal. El profesor Loewenstein, firme introductor del elemento sociológico en la ciencia política, ha sintetizado los rasgos característicos de ambas formas de estado (autocrático y democrático). Permítanme ustedes que se los enumere para comprender brevemente la profunda transformación del Estado español en tan corto espacio de tiempo.

Al igual que los regímenes comunistas o las dictaduras declinantes de hispanoamérica, el régimen político que impuso el general Franco fue un régimen autoritario, dentro de la tipología autocrática. Sus características fundamentales eran la existencia de un solo detentador del poder, cuyas prerrogativas no se veían limitadas por la racional y democrática separación de poderes o funciones, y cuya exorbitante potestad le permitió dictar las leyes y ejecutarlas, sin que ningún control, ni popular ni parlamentario, pudiese controlar eficazmente sus acciones. Al contrario, los simulacros parlamentarios de entonces no servían más que para conferirle un patético "placet".

(1) (Conferencia pronunciada por el Presidente de la Asamblea Regional de Murcia, Carlos Collado Mena, en el Ayuntamiento de Melilla, el día 13 de diciembre de 1983).

Los politólogos dicen que este tipo de organización autoritaria se formaliza casi siempre en una constitución escrita (entiéndase el término constitución entre comillas), cuyas normas son observadas realmente, porque se ajustan a una situación de hecho, como fue la de instituir un poder político sin ninguna legalidad (pues la legalidad vigente estaba regulada por la Constitución de 1931) y cuya legitimidad surgía de la fuerza de las armas.

El profesor Loewenstein advierte que estas normas constitucionales no son exclusivas de las dictaduras clásicas en nuestro siglo, sino que también son denominador común en los países comunistas. Adviertan la paradoja de que un sistema totalitario como el soviético se configure bajo la forma republicana y haya establecido una "constitución", que se pretende equiparar a las occidentales.

Los Estados autocráticos pretenden "tapar sus vergüenzas" aprobando unos textos constitucionales hechos a su medida, con el fin de perpetuar el sometimiento de la voluntad popular a la voluntad del dictador o del partido totalitario.

A estos textos se les llama "constituciones semánticas", que no son tales como he dicho antes, sino unas normas cuya realidad ontológica es formalizar una situación de poder político en beneficio exclusivo de los detentadores del poder, que disponen del aparato coactivo del Estado.

A poco que forcemos la imaginación encontramos que a partir de 1939 y hasta el año 1975 ha existido un único detentador del poder, con prerrogativas ilimitadas, encarnado en la figura del general Franco, y que el papel de "constitución semántica" lo han hecho las "normas fundamentales".

En cambio, el constitucionalismo se caracteriza porque es un sistema donde hay varias fuentes de poder, entre las cuales la constitución ha distribuido el ejercicio del poder político, y los cuales están obligados a observar los procedimientos preceptuados por la constitución para formar la voluntad nacional.

El sistema democrático se basa en la legalidad constitucional y en la legitimidad que le confiere el ser expresión de la soberanía nacional, expresada periódicamente a través de las urnas.

Bajo la tipología estatal a la que nos referimos se dan cabida las más dispares formas de gobierno. Ello es posible porque todas tienen unos rasgos comunes, cuyo cumplimiento es inexcusable para que se las considere verdaderas democracias constitucionales, y que a ustedes no les será difícil identificar, puesto que los españoles hemos aprendido a apreciarlas y a sentir las necesarias en los últimos cinco años.

Un primer denominador común es el convencimiento de que el poder emana del pueblo, como reconoce nuestra Constitución. Un segundo, que tanto el gobierno como el parlamento han de estar de acuerdo

y surgir de la voluntad popular. Y el tercer rasgo, que las elecciones libres y honestas forman un circuito en el que compiten las ideologías y hasta las fuerzas sociales que las promueven.

Esta es en síntesis la diferencia existente entre la autocracia y la democracia, entre el régimen del general Franco y la "joven democracia española", como gustan los occidentales en denominar a España.

Pero no acaba ahí el tránsito político.

Además de este paso se ha dado otro. El Estado anterior, política y administrativamente centralista se ha convertido en un Estado de las Autonomías. Factor éste que considero importantísimo y que merecerá una atención más profunda más adelante.

Retomando el hilo del discurso, es obvio que para que exista una democracia constitucional se precisa la existencia de una Constitución, la cual puede concretarse en un texto escrito o bien cristalizarse en las costumbres y en las convicciones de un pueblo, como ocurre en Inglaterra.

Nuestra historia constitucional, que la hemos tenido y larga, aunque muchos españoles lo hayan sabido hace poco, dada la permanente ocupación de que ha sido objeto, esta historia, digo, se ha plasmado en textos escritos, en constituciones a menudo usadas como arietes de modernidad y progreso, que en algunos casos han sido eficaces.

Por el contrario, en otras ocasiones han sido utilizadas como armas arrojadas de unos contra otros provocando la desestabilización del sistema político, y por expansión de la sociedad entera.

Tengo especial interés en resaltar que las constituciones no son un texto eterno e imperecedero. Al contrario, están elaboradas por hombres que durante la etapa preconstituyente se dejan influir por los anhelos, las esperanzas, las reivindicaciones permanente de la sociedad de su época, así como son conscientes de los problemas que sufren y de que no pueden dejarse al margen de la constitución.

Esto nos adentra en una concepción sociológica del constitucionalismo, que se aleja y rechaza de plano aquella vieja idea de que la constitución es el "factotum" para resolver todos los problemas, y que es un código perfecto y encerrado en sí mismo, eterno e imperecedero.

Hijas de su tiempo, las constituciones nacen y mueren con la sociedad que las vio nacer y que las aplicó. Cuando ese modelo de sociedad desaparece por las causas que sean, cuando la evolución social preconiza la obsolescencia de sus formas, entonces las constituciones desaparecen.

Y entiéndase bien que esta desaparición no quiere decir que la constitución muera y se cambie por otra. Significa que el espíritu que la alentó ya no existe y que la sociedad a la que pretende regular tiene dos opciones. Una, la más radical es cambiar la Constitución. Otra, es interpretarla de nuevo; es decir, reinterpretarla de acuerdo con la nueva sociedad que regula,

olvidando lo anterior. Esto es lo que han hecho en los Estados Unidos de América, que tiene la constitución más antigua de todo Occidente, data de 1787, y apenas si ha sido modificada.

Para comprender lo que supone la constitución en un sistema democrático quiero citar una frase de Loewenstein. Dice así: "Una Constitución escrita no funciona por sí misma una vez que haya sido adoptada por el pueblo, sino que una Constitución lo es lo que los ostentadores y destinatarios del poder hacen de ella en la práctica."

Bien, expuestas las bases de un estudio sociológico de la Constitución, voy a continuar haciendo un sucinto repaso a nuestra historia constitucional, para pasar a definir los principales rasgos de la Constitución de 1978, centrándonos en su Título VIII y en las diversas soluciones históricas que se han dado al problema regional.

Paso sin más dilación al aspecto histórico.

I. HISTORIA DEL CONSTITUCIONALISMO ESPAÑOL

"Hemos predicado tal vez demasiadas constituciones", se lamenta Murillo Ferrol y puede que sea cierto. La Constitución de 1978 es la octava de nuestra historia si excluimos el Estatuto de Bayona de 1808; la Constitución Progresista de 1856, que no llegó a regir; y la Constitución de 1873, que no llegó ni a terminarse.

Ocho constituciones en poco más de un siglo y medio, y cada una se corresponde con las circunstancias sociales y económicas de su época. Ambas interrelacionadas.

Si es difícil, y así lo reconocen la mayoría de los historiadores, encontrar el hilo conductor, un cargamento o teoría que nos explique nuestra trayectoria constitucional; en cambio las corrientes constitucionales parecen estar claras. Martínez Machado opina que "tres grandes corrientes iniciaron, condicionaron o desarrollaron la organización de la estructura política española en las dos últimas centurias". En primer lugar cita las constituciones programáticas (es decir, aquéllas cuya meta fue actualizar, dinamizar o modernizar la sociedad) y al mismo tiempo que variaban en profundidad el sistema de poderes públicos. Entre este tipo se encuentra la de Cádiz de 1812, la de 1869 y la republicana de 1931.

Una segunda corriente es la de constituciones para todos, que corresponden a transacciones de amplia convergencia doctrinal y política expresadas en un texto constitucional. A juicio de Martínez Machado, a esta corriente pertenecen las de 1837, 1876 y la de 1978.

La tercera y última corriente no es precisamente constitucional, sino todo lo contrario. Son los regímenes autoritarios, cuyas características antes he mencionado. Estas van desde el Estatuto de Bayona de 1808 has-

ta los diversos tipos de leyes fundamentales anticonstitucionales.

Aparte de estas corrientes perfectamente claras, en todas nuestras Constituciones han existido unos rasgos que vuelven a plantearse en cada etapa constituyente. Estas constantes son el regionalismo, las relaciones Iglesia-Estado, la forma de gobierno y las libertades y su garantía. El regionalismo merecerá una atención especial en epígrafe aparte. Veamos ahora cómo han sido afrontadas las tres restantes.

1.—La Constitución de Cádiz de 1812

La Constitución aprobada por las Cortes de Cádiz en 1812 tiene como dato anecdótico el sobrenombre crítico de “La Pepa”, por haber sido promulgada el día de San José. Fue el código político más progresista de Europa y tuvo una notable influencia en las corrientes constitucionalistas del continente. Lástima que en la España de entonces no calara tan hondo, y que su vigencia fuera limitada y con muchos altibajos.

Sus orígenes se remontan a la invasión napoleónica de 1808 y el alzamiento del pueblo madrileño. El esfuerzo francés por reinstaurar la monarquía absoluta contó en todo momento con el rechazo español. La Constitución de 1812 fue el primer intento, aunque frustrado posteriormente, de erradicar el Antiguo Régimen para implantar un sistema político-constitucional de corte progresista y moderno.

Fue una constitución de corte popular, elaborada sin la presencia del Rey, aunque más adelante fue impuesta a Fernando VII y Doña María Cristina. Sus 384 artículos la convierten en la constitución más larga de nuestra historia. Y tal amplitud se explica porque regulaba sistemáticamente la organización de poderes del Estado y los derechos de los españoles, entre otras cosas.

Pasemos ahora a examinar cuáles eran los principios que la inspiraron y que nos dan una idea del avance social que se pretendió lograr con ella.

En primer lugar, proclamó el principio de soberanía nacional. En el Antiguo Régimen la soberanía se atribuía exclusivamente al Rey. En el Estado moderno, al pueblo. Su artículo 3 dice así: “La soberanía reside esencialmente en la Nación y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales.” Este principio se convirtió en el valor político por excelencia de la constitución y ha sido recogido por todos los textos constitucionales posteriores con carácter progresista.

El segundo principio en la división de poderes. La teoría de Montesquieu, que divide las funciones estatales en legislativas, ejecutivas y judiciales, fue recogida íntegramente por la Constitución de 1812.

El tercer principio esencial fue el nuevo concepto de representación. Los Diputados ya no van a representar a electores o estamentos concretos, sino que van a crear por sí mismos la voluntad nacional.

Este código moderno fue derogado por Fernando VII en 1814, tras su vuelta del exilio, por considerarla atentatoria contra la dignidad del monarca. Esta derogación supuso la vuelta al régimen absolutista, que se prolongó hasta 1820.

Este año triunfó el pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan y se restableció la Constitución de Cádiz, que reguló la vida del país hasta 1823, fecha en la que acabó el trienio constitucional. El 1 de octubre Fernando VII recobró los plenos poderes y declaraba nulos los actos del gobierno constitucional. Finalizó de esta forma la aplicación de la Constitución de Cádiz, aunque es de resaltar que dejó una huella indeleble en el constitucionalismo español. Pero tuvo ante sí un reto demasiado grande: erradicar el Antiguo Régimen, cuando el pueblo todavía no había asimilado los nuevos mecanismos de gobierno ni se había identificado con las instituciones constitucionales.

2.—El Estatuto Real de 1834

Tras la década absolutista en la que reinó Fernando VII, Doña María Cristina de Borbón fue nombrada Gobernadora del Reino durante la minoría de edad de su hija Isabel II. La regencia quedó constituida al hacerse público el testamento de Fernando VII el tres de octubre de 1833.

Como buena monarca absolutista, la Reina Gobernadora firmó un Manifiesto por el que se pretendía volver al despotismo ilustrado, cuyo ideario se resume en el célebre aforismo de “todo para el pueblo pero sin el pueblo”. Lo que era muy difícil de conseguir después de institucionalizar la soberanía nacional.

Por eso, María Cristina tuvo que ceder y le encargó al liberal Martínez de la Rosa la preparación de un nuevo texto constitucional, en el que intervino Javier de Burgos, responsable del decreto que dividió España en provincias, tal como actualmente las conocemos, división de la que este año se cumple el 150 aniversario.

Las principales características del Estatuto Real de 1834 son su carácter de constitución otorgada, incompleta y breve, y flexible. Fue otorgada porque hubo una cesión de poderes monárquicos, hecha a iniciativa de la Regia Gobernadora, aunque Alcalá Galiano señaló que las presiones recibidas por María Cristina convierten el Estatuto en una concesión arrancada por la opinión pública. Encontramos aquí el elemento sociológico de toda con-

figuración de poder. Antes se dijo que los poderes constituyentes no podían obviar al impulso social y sus aspiraciones si querían que el fruto de su trabajo tuviese una mínima aceptación popular. Se sienten aquí las huellas que la Constitución de Cádiz dejó en los españoles de la época.

El Estatuto era breve e incompleto porque se limitaba a regular la organización de las Cortes, divididas en dos Cámaras o Estamentos (el de Próceres y el de Procuradores) y sus relaciones esenciales con el rey. Falta sobre todo una declaración de derechos, inherente a la esencia constitucional desde la Revolución Francesa.

La soberanía nacional se había eliminado. Con el nuevo texto, la soberanía era conjunta y correspondía al rey y a las Cortes. No proclamaba tampoco la división de poderes, aunque la reconocía de manera implícita. Su ideología era moderada y conservadora, pretendiendo conjugar el orden con la libertad, la tradición con las nuevas ideas. La sombra de la Constitución de Cádiz aparece una vez más en los intentos constitucionales posteriores.

Valorando el Estatuto Tomás Villarroya dice que “significó el fin definitivo del Antiguo Régimen en España”. Estableció un sistema representativo nuevo, pues bajo su vigencia se celebraron las primeras elecciones directas en España. E instituyó el bicameralismo, que duraría hasta la Constitución de 1931, e institucionalizado en la de 1978.

Pese a todo, los liberales no perdonaron la erradicación del principio de soberanía nacional, fundamental en un sistema constitucionalista tal como lo entendemos hoy en día. Tampoco olvidaron la ausencia de una declaración de derechos.

El Estatuto creó un régimen político que quebró al cabo de dos años. En el verano de 1836 se inició en Málaga un pronunciamiento propagado de provincia en provincia, que culminó con el motín de La Granja, obligando a la Reina Gobernadora a aceptar la Constitución de 1812.

3.—La Constitución de 1837

En el verano de 1836 se levantaron las Juntas en contra del Estatuto y a favor de restablecer la Constitución de Cádiz. Esta era considerada como bandera de libertad y símbolo de soberanía nacional. El Gobierno de Calatrava convocó a elecciones a Cortes, las cuales se reunieron en octubre de aquel año. De esas Cortes nació la Constitución de 1837, que no fue una reforma de la de Cádiz, sino un texto distinto.

Entre sus características figura el ser una Constitución de origen popular, en la que se consigna expresamente la soberanía nacional.

Recogía los principios esenciales de la Constitución de 1812, pero con matizaciones que afectaban a su sentido y alcance. En primer lugar,

sacó la alusión a la soberanía popular del articulado al preámbulo; frente a la rígida separación de poderes establecida por la Constitución de 1812, la de 1837 articuló unos principios de colaboración e interacción entre ellos, propia de un sistema parlamentario.

La de 1837 fue una constitución de transacción doctrinal, entre la de 1812 y el Estatuto Real. Se remitía constantemente a las leyes ordinarias para regular las instituciones y los derechos que proclamaba, con el fin de conseguir un texto que permitiera el gobierno de conservadores y liberales. Pero no se hizo buen uso de este mecanismo y resultó incumplida.

Balmes en 1844 dijo que “La Constitución no se ha observado en tiempo de guerra ni en tiempo de paz, ni durante la Regencia de la Reina Madre ni durante la de Espartero, ni tampoco desde la declaración de mayor de edad de doña Isabel”.

Volvemos al factor sociológico, sin el cual no se puede comprender el constitucionalismo. Es obligado repetir aquí la frase antes citada de Loewenstein, en el sentido de que un Estado para ser constitucional necesita que tanto los gobernantes como los gobernados asuman los principios y reglas constitucionales y que las cumplan. De lo contrario, la constitución se convierte en un texto mejor o peor redactado, pero sin valor.

En aquella época comenzaron a aparecer escritos donde se ponía en tela de juicio el valor y las virtudes mágicas que se le habían atribuido a la Constitución. E incluso se llegó a cuestionar si el sistema constitucional era viable entre nosotros. El tiempo se ha encargado de demostrar que sí, cuando el pueblo ha asumido y cumple los mecanismos constitucionales.

4.—La Constitución de 1845

Por 1843 entre moderados y progresistas surgió la necesidad de reformar la Constitución de 1837 y levantarse contra el general Espartero, esto fue motivo de una unión entre ambas corrientes ideológicas contrarias y enfrentadas.

En mayo de 1844 Narváez se hace cargo del Gobierno y se propone llevar a la reina la reforma y mejora de la Constitución del Estado.

La revisión que se hizo no fue profunda ni sustancial, y tuvo en contra a fracciones de progresistas y moderados que no veían la conveniencia de reformar la Constitución de 1837. Al final se aprobaron algunas modificaciones. El texto de 1845 eliminaba toda referencia a la soberanía popular, conteniendo un nuevo preámbulo en el que se decía que la Corona, en unión y de acuerdo con las Cortes, decretaba y sancionaba la nueva Constitución. Era una constitución “pactada” entre el pueblo y el rey, en la que no se reconocía que la soberanía residía en el pueblo, sino que daba a entender que era compartida por la Corona y las Cortes.

En 1845 las Cortes habían perdido la potestad de autorizar por ley el matrimonio del monarca, según disponía la Constitución de 1837. Ahora, el rey no tenía más que notificar a las Cortes su matrimonio, las cuales sólo debían aprobar las estipulaciones y contratos matrimoniales.

La institución de la tutela real también había variado de un texto a otro. Las Cortes ya no estaban legitimadas para establecer la regencia, sino que eran los parientes más próximos del rey menor o incapaz los llamados a la tutela legítima, sólo de forma subsidiaria podía acudir a la tutela electiva.

En cuanto al Senado, también hubo modificaciones. No se quería, por imposible, un Senado nobiliario y hereditario, pero tampoco un Senado electivo. En esta segunda intención había pasado la experiencia negativa del Senado tal como lo configuraba la Constitución de 1837. Por eso se estableció en 1845 un Senado con las siguientes características: el rey nombraba a los senadores de entre unas clases sociales o profesionales determinadas; el número de senadores era ilimitado y su cargo vitalicio.

La duración del mandato al Congreso se amplió de 3 a 5 años, pretendiendo con ello dar una mayor estabilidad a la vida de las Cortes. Pero esta previsión fue inútil pues las disoluciones anticipadas de las Cortes fueron frecuentes durante la vigencia de la Constitución de 1845. En el cuarto de siglo que estuvo en vigor se celebraron diez elecciones y sólo dos Congresos culminaron el mandato de cinco años.

En cuanto al funcionamiento de las Cortes, se suprimió la obligación de constituir las al menos una vez al año, si el monarca no lo hacía antes. Esa obligatoriedad fue considerada como una desconfianza ante el rey. Observamos aquí que todas las modificaciones habidas en 1845 respecto a la Constitución de 1837 suponen una merma de la soberanía nacional y un aumento de las prerrogativas del monarca.

Esta marcha atrás seguía sin satisfacer al país. La esperanza que suscitó la subida al trono de Isabel II pronto comenzó a desvanecerse. La firmeza de los gobiernos no era grande y las Cortes llevaron una vida desigual. La corrupción electoral y la falsificación del sufragio se acrecentaron. En definitiva, las instituciones políticas seguían sin satisfacer las necesidades del país.

Por ello, Bravo Murillo en 1852, siendo presidente del Gobierno, preparó una reforma constitucional que culminara la actuación llevada a cabo en otros frentes desde un año atrás. La reforma consistía en un proyecto sumario de Constitución, acompañado de ocho leyes orgánicas sobre la organización del Senado, las elecciones de diputados, el régimen interior de las Cortes, las relaciones entre las dos Cámaras, seguridad individual, seguridad de la propiedad, orden público y grandezas y títulos del reino.

Los textos de Bravo Murillo modificaban esencialmente los supuestos del régimen constitucional tal como se venía desenvolviendo en España

y pretendían legalizar el predominio del Ejecutivo, restringiendo la autonomía parlamentaria y reduciendo la actividad y funciones de las Cortes.

Isabel II ante la oposición de progresistas y moderados retiró en diciembre de 1852 su confianza en Bravo Murillo, con la caída del gabinete el proyecto constitucional cayó en saco roto.

5.--La Constitución de 1869

En 1864 la reina había perdido ya el respeto de las figuras políticas, por su ligereza en los asuntos de gobierno, y su evanescente vida privada. Los partidos políticos se fueron alejando del Trono, el cual quedó completamente aislado. En 1866 el partido progresista, alejado de la vida pública legal tres años atrás, se une a los demócratas para derribar en común el Trono de Isabel II, y todo el sistema establecido. Ese mismo año, la reina despidió a O'Donnell, jefe del Gobierno y de la Unión Liberal. Sólo le quedaba, pues, el apoyo del partido moderado, que cayó al morir Narváez en abril de 1868.

Los conjurados dentro y fuera de España aunaron sus esfuerzos, y bajo el liderazgo de Prim iniciaron en Cádiz una revolución que pronto se extendió a toda España, y que es conocida por "La Gloriosa".

La revolución provocó la caída de la reina, y a punto estuvo de hacerlo con la Monarquía. Este impulso revolucionario llevó a la República de 1873, pero antes estuvo en vigor la Constitución de 1869.

Lo primero que se observa en el nuevo texto es el rechazo a la de 1845. En efecto, sensiblemente influido por la Constitución belga de 1831 y por la americana de 1787, la española de 1869 es de origen popular, decretándose en su preámbulo que la nación española y en su nombre las Cortes, elegidas por sufragio universal, decretaban y sancionaban la nueva Constitución.

Con todo, su rasgo más característico era la atención prestada a los derechos individuales, cuya declaración se contiene en el Título I. Las presiones sociales y las esperanzas populares llevaron a los constituyentes a elaborar un texto constitucional que realmente recogiera los anhelos de la época, entre los que figuraban el reconocimiento y la protección de los derechos de cada individuo frente a los demás y frente al Estado.

La Constitución regulaba generosamente todos y cada uno de los derechos que reconocía.

Subyacía la preocupación de lo ocurrido bajo constituciones anteriores, que proclamaban un derecho, pero no lo regulaban, sino que se remitían a una ley, la cual no llegaba a elaborarse. La Constitución rehuía a todo lo que supusiera una traba inferior al ejercicio de los derechos.

La Constitución de 1869 reconocía la libertad de cultos, su artículo

21 garantizaba a los españoles que profesasen una religión distinta de la católica y a los extranjeros residentes en España, el ejercicio público y privado de cualquier culto, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y el Derecho. Se recogía así una vieja aspiración revolucionaria. La aprobación de este artículo dejó su huella, hasta el punto que la libertad o no de cultos han sido banderas posteriores de corrientes ideológicas bien distintas, que podíamos calificar en terminología moderna como progresistas y reaccionarios.

La Constitución de 1869 también reconocía el sufragio universal, mientras que las constituciones anteriores a la revolución permitían el voto a aquellos que poseyeran determinados bienes o estudios. La consagración constitucional del sufragio universal fue considerada como la mayor conquista de la "Gloriosa Revolución". Fue el primer paso hacia un régimen verdaderamente democrático, tal y como hoy se entiende.

Se reconocían también el derecho de reunión y de asociación. Derechos modernos y que dan una idea del talante de los redactores de la Constitución.

Las Cortes se configuraron bicamerales, con el fin de que estuvieran representados los intereses locales junto a los generales.

El rey tenía unas atribuciones parecidas a las de anteriores constituciones. Era inviolable, tenía iniciativa legislativa y facultad para sancionar las leyes, nombraba y separaba libremente a sus ministros, y su autoridad se extendía en materias de orden público interior y conservación de la seguridad exterior. No obstante, pese a estas coincidencias con textos constitucionales anteriores, se pretendía que el espíritu de la Monarquía fuese distinto, de signo democrático. El 16 de noviembre de 1870 las Cortes eligieron rey de España a Amadeo de Saboya por 191 votos a favor de un total de 344 diputados.

La llegada del nuevo rey resultó inoperante, por su condición de extranjero, para frenar las fuerzas surgidas de la revolución de 1868. La Constitución liberal no podía ser un freno eficaz para la expansión de esas fuerzas, y sus preceptos fueron sacrificados enseguida para acometer la imposible misión de buscar el orden público.

El marasmo de la vida política española era tal, que Amadeo de Saboya renunció a la Corona para sí y para sus descendientes en un mensaje dirigido al presidente del Consejo de Ministros en febrero de 1873. La propuesta fue aceptada por el Senado y el Congreso. Ese mismo día, se presentó una moción firmada por Pi y Margall, Salmerón y Figueras en la que se decía que la Asamblea Nacional reasume todos los poderes y declara como forma de Gobierno de la Nación la República, dejando a las Cortes constituyentes la organización de esta forma de Gobierno.

Se constituyó así la Primera República, que no derogó formalmente la Constitución de 1869, y se entendió que tácitamente continuaría en vi-

gor hasta que no se promulgase la Constitución republicana, la cual nunca vio la luz.

La idea del Estado federal había arraigado en las filas republicanas, y esa idea se recogió en el proyecto de 1873. El cual, por otra parte, respetaba los derechos consagrados en 1869 y completaba la libertad de cultos con la separación entre Iglesia y Estado. En la parte orgánica consagraba el principio de separación de poderes, estableciendo un poder de relación entre ellos, confiado al presidente de la República. Pese a ello, la verdadera novedad era la configuración del Estado Federal que hacía el proyecto de 1873. Esta configuración la trataremos con más detalle en el apartado dedicado al problema regional.

El proyecto decía en su artículo primero: "Componen la Nación española los Estados de Andalucía Alta, Andalucía Baja, Aragón, Baleares, Canarias, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Cuba, Extremadura, Galicia, Murcia, Navarra, Puerto Rico, Valencia, Regiones Vascongadas." En definitiva, se consideraban nuevos Estados los antiguos reinos de la monarquía, con algunas modificaciones y la exclusión de León.

El artículo segundo del proyecto decía que los establecimientos de África a medida de sus progresos se elevarán a Estados por los poderes públicos. No se olvidó el viejo proyecto de las posibles reivindicaciones de las plazas en África bajo la soberanía española.

El proyecto fue depositado en las Cortes sin que éstas pudiesen discutirlo. A lo largo de 1873 la anarquía y el desorden experimentaron una espiral incontenible. En ese mismo año se sucedieron cuatro presidentes de Gobierno. Hubo el levantamiento cantonal en Levante (especialmente en Cartagena) y Andalucía. El país se fragmentó en pequeños territorios y perdió su articulación.

El tres de enero de 1874 el general Pavía acabó sin resistencia con la República Federal y se reiteró el vigor de la Constitución de 1869. Durante un año se vivió un régimen provisional, durante el cual volvió el orden y se disminuyeron las tensiones. Era el camino de la Restauración.

6.—La Constitución de 1876

Alfonso XIII fue proclamado rey de España en diciembre de 1874, con la oposición de carlistas (que seguían sin reconocer la legitimidad de Isabel II) y por los republicanos más furibundos. El verdadero artífice de la Restauración fue Cánovas del Castillo, que había preparado el terreno conciliando voluntades, apagando recelos y difundiendo la idea de que sólo una monarquía renovada podría traer consigo la paz.

En principio se pensó mantener en vigor la Constitución de 1869, pero pronto se convino que era necesario un nuevo texto constitucional para la

nueva época que comenzaba la nación.

Cánovas, presidente del Gobierno, reunió a 600 antiguos senadores y diputados, procedentes de todas las Cámaras legislativas de 30 años atrás. Pretendía que elaboraran una constitución que recogiese las tradiciones y enseñanzas de nuestra historia constitucional. De esa reunión surgió una comisión de notables, compuesta por individuos de varia afiliación ideológica, que debía preparar las bases del nuevo texto constitucional.

El 30 de junio de 1876 nació la nueva Constitución, que desde el primer momento fue considerada un pacto o acuerdo entre la Corona y las Cortes. Se eliminaba de esta forma la doctrina de la soberanía nacional proclamada en la Constitución de 1869 y se volvía a la doctrina de la soberanía conjunta del rey y las Cortes. En el texto de 1876 se recoge por última vez en nuestra historia constitucional la doctrina apuntada por el Estatuto y continuada en 1845: la potestad real y la representación nacional, lejos de contraponerse, se conjugan y complementan entre sí, ninguna tiene poder sobre la otra.

La nueva Constitución fue definida como completa y ordenada. Su mejor virtud fue una redacción frecuente y calculadamente ambigua, que se remitía a las leyes ordinarias para regular determinadas materias, y que permitió el gobierno alternativo de partidos distintos, los cuales realizaron políticas diferentes.

No obstante, recortaba el reconocimiento y la garantía de los derechos individuales, proclamaba derechos cuya regulación se remitía a leyes ordinarias, que a veces recortaron su ejercicio, suprimía la libertad de cultos y no permitía celebrar ceremonias externas de otra religión que no fuera la católica, que era la del Estado, no hablaba del sufragio universal, y concedía muchas posibilidades al Gobierno para suspender los derechos individuales.

En cuanto a su aplicación, cabe resaltar que la Constitución de 1876 ha sido la de más larga duración en la historia española. Bajo su vigencia se consiguió cierta regularidad en la vida política. Duración y regularidad que se debieron en gran medida a su carácter transaccional.

El éxito de todo ello se le atribuye a Cánovas, quien formando parte de un partido conservador, al estilo británico, propició la creación de otro liberal, presidido por Sagasta, con el objeto de instituir el bipartidismo y la alternancia en el poder. El actual líder de la oposición, Manuel Fraga, ha repetido en varias ocasiones que a él le gustaría ser un nuevo Cánovas, y crear un sistema bipartidista. En aquella ocasión dio resultado un tiempo y se equilibró el ejercicio del poder, aunque el régimen parlamentario quedase convertido en una ficción.

El juego quebró durante el reinado de Alfonso XIII. A principios de este siglo se inicia lentamente la desintegración del bipartidismo. En 1909, el rey presionado por los liberales provocó una crisis del Gobierno presidi-

do por Maura, sucesor de Cánovas, y el partido conservador se fragmenta en mauristas, datistas, ciervistas y otras multiplicaciones que vinieron con el tiempo. El partido liberal siguió una trayectoria parecida. La herencia de Sagasta, el cual fue asesinado y su partido se dividió en romanistas, prietistas, albistas, etc.

Entre 1902 y 1923 se sucedieron 33 gobiernos, de los cuales sólo cinco duraron más de un año. La descomposición interna era irreversible. El malestar obrero desembocó en huelgas generales. La inquietud revolucionaria, el desorden y la situación de Marruecos desembocaron en el golpe de Estado de Primo de Rivera, en septiembre de 1923. El rey le entrega el poder y se establece así la dictadura que llegó hasta 1930.

En los primeros días de la dictadura se suspendió la Constitución de 1876, el Gobierno fue sustituido por un Directorio Militar, al frente del cual estaba Primo de Rivera, quien suspende los derechos individuales y cesa a los presidentes del Congreso y del Senado.

El propio dictador propició un proyecto constitucional en 1929, en el que se hablaba de leyes orgánicas del Consejo del Reino, de las Cortes y del poder ejecutivo y judicial.

El rey acogió con frialdad el proyecto, y los políticos del régimen, sin entusiasmo. En 1929 la dictadura había perdido apoyo popular e impulso político, se encontraba en su recta final.

7.—La Constitución de 1931

La dictadura de Primo de Rivera cayó en el año 1930, y el rey nombró presidente del Gobierno al general Berenguer. El 16 de febrero de 1931 le sustituyó el almirante Aznar, quien convocó elecciones municipales para el 12 de abril. Estas elecciones fueron interpretadas como el refrendo de la institución monárquica, por eso cuando el número de concejales monárquicos elegidos fue sensiblemente inferior al de los republicanos, se entendió que el resultado era desfavorable al rey y a la monarquía.

De esa manera, el 14 de abril se proclamó la Segunda República, y el Gobierno provisional encargó la redacción de un proyecto constitucional, cuyas disensiones motivaron el que las Cortes encargara el cometido a una comisión presidida por Jiménez de Asúa.

La Constitución se aprobó el 9 de diciembre de 1931 y fue controvertida desde el principio, ya que ofrecía nuevas soluciones a problemas primordiales, como la confesionalidad del Estado, las reivindicaciones regionales, la enseñanza, etc. Problemas que hemos visto se repiten como una constante en nuestra historia.

La Constitución atendía con extensión el capítulo de los derechos in-

dividuales, tradicionales en la historia constitucional de nuestro país. Además, recogía y protegía especialmente el derecho al trabajo y a la cultura, y tutelaba, junto a los derechos de la persona, los correspondientes a instituciones personales o no, como la familia, los sindicatos y las asociaciones de todo tipo.

En el aspecto religioso, la Constitución declaraba que el Estado no tenía religión oficial, proclamaba la libertad de culto, decretó la enseñanza laica, consagró formalmente el divorcio, etc. Ello supuso una conmoción en los sectores conservadores, que crisparon los ánimos de la época.

En cuanto al problema regional, latente desde muchos años atrás, por las reivindicaciones de Cataluña sobre todo, fue resuelto de forma ambigua. El Estado no era ni unitario ni federal, sino que se le designaba con el nombre de Estado Integral, y reconocía el derecho a la autonomía de ciertas nacionalidades, como Cataluña, País Vasco y Galicia, y de otros territorios que lo solicitasen.

El aspecto social se incardinó definiendo la nueva República como una república de trabajadores de todas clases. Se protegió especialmente a las clases menos favorecidas cultural y económicamente, como medio para solucionar las grandes desigualdades que existían entre las capas sociales de entonces.

La nueva organización del legislativo se hizo partiendo de la necesidad unicameral, que ya se recogió en la Constitución de 1812 y en el proyecto de la Primera República. El "padre" de la Constitución, Jiménez de Asúa, defendió la unicameralidad diciendo que la dualidad de las Cámaras debilitaría el parlamento, ya que éste descansa en el principio de igualdad y una segunda Cámara podría romperlo.

La Constitución de 1931 concedía en principio una mayor autonomía a las Cortes, las cuales se reunirían sin necesidad de convocatoria el primer día hábil de los meses de febrero y octubre de cada año, y funcionarían, por lo menos, tres meses en el primer período y dos en el segundo. Además, se regulaba la Diputación Permanente, que respondía a la necesidad de asegurar las funciones y poderes de la Cámara cuando ésta estuviera en períodos intersesiones o disuelta.

Con todo, la gran novedad fue la figura del presidente de la república, cargo que ocupó primero Alcalá Zamora. El procedimiento ordinario para elegirlo era la votación del Congreso y de un número de compromisarios igual al de diputados. Los compromisarios se elegían por sufragio universal, libre y secreto. El primer presidente elegido por este procedimiento fue Azaña, y la duración de su mandato era en teoría de 6 años.

El presidente de la república nombraba y separaba libremente al presidente del Gobierno y, a propuesta de éste, a los ministros. El presidente podía asimismo disolver las Cortes dos veces como máximo durante su mandato.

De acuerdo con el artículo 83 de la Constitución, el presidente de la república podía pedir al Congreso que antes de promulgar las leyes las sometiese a nueva deliberación, si tales leyes volvían a ser aprobadas por una mayoría cualificada de dos tercios de diputados, el presidente quedaba obligado a promulgarlas.

Como vemos, al presidente de la república se le reconocían unos derechos y potestades grandes, de tal manera que podía incidir en casi toda la vida política de la república. Esas facultades le hacían ser un buen blanco de críticas y rechazos, como sucedió con Alcalá Zamora.

El Gobierno tenía menos prerrogativas. Había de contar con la confianza del presidente de la república y de las Cortes, con lo cual las tensiones podían ser superiores.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo, se puede decir que la Constitución de 1931 se proponía establecer unas reglas de juego, que en ocasiones fueron quebradas y olvidadas por los mismos protagonistas, lo que supuso el resquebrajamiento del régimen que intentaba regular.

Las tensiones religiosa, regional y social, provocaron un clima de enfrentamiento que dificultó las tareas de gobierno y que propició el golpe de Estado del general Franco y el paso a un sistema autoritario, en el que no se reconocía expresamente los derechos individuales ni se permitía a los ciudadanos expresar sus opiniones políticas a través de las urnas, ni de ningún otro medio. El dictador acabó con el principio de soberanía popular y la democracia fue aniquilada en favor de un sistema autocrático, negador de los derechos y libertades internacionalmente reconocidos como básicos para el desarrollo de la persona y de la convivencia de un país.

II. LA CONSTITUCION ESPAÑOLA DE 1978

A la muerte del general Franco, en noviembre de 1975, se acelera en España un proceso de cambio político, iniciado algunos años antes, que desemboca en las elecciones legislativas convocadas de acuerdo con la Ley de Reforma Política (15 de diciembre de 1976), aprobada mediante referéndum; elecciones que tienen lugar el 15 de junio de 1977. De ellas nace un parlamento bicameral que desde el verano de ese año al otoño del siguiente elabora lo que será el texto de la Constitución, que fue refrendado el 6 de diciembre y cuyo quinto aniversario conmemoramos hoy.

La Constitución de 1978, la actual Constitución española es larga, la segunda después de la de 1812. Establece por primera vez en nuestra historia la monarquía constitucional y parlamentaria, configura el Estado como social y democrático de derecho, reconoce el derecho a la auto-

nomía de nacionalidades y regiones, reconoce por primera vez en nuestra historia constitucional la existencia de partidos políticos (que antes no se mencionaban en el texto de la constitución) y, en resumen, ofrece un amplio catálogo constitucional de derechos y libertades, adecuados a nuestro tiempo y algunos de los cuales se consideran pioneros en el constitucionalismo occidental.

La Constitución corresponde, sin duda, a la peculiaridad hispánica de “pacto o transacción constitucional”, como ha indicado Martínez Cuadrado. Es decir, un texto convenido por una representación amplia de fuerzas políticas tras unas elecciones generales de signo formalmente no constituyente, pero que en la práctica decretan la Constitución. Al comienzo del sistema democrático, esta convergencia fue llamada “consenso”, palabra que se repetía, y a la que se le confería poderes casi taumaturgicos.

Fruto de ese consenso es el que la Constitución de 1978 no haya suscitado controversias o entusiasmos tan graves y rotundos como los que despertaron las constituciones programáticas de 1812, 1869 ó 1931. Por ello también se ha calificado de ambigua, sobre todo en el Título VIII que regula la organización territorial del Estado. Si bien es verdad que cierto grado de ambigüedad es necesario para hacer un texto que tenga visos de perdurar y adaptarse a las nuevas necesidades de tiempos venideros, que los constituyentes de hoy no pueden prever.

Para finalizar esta introducción al texto por el que hoy nos regimos, debo resaltar que parece ser el primero de la historia de España que se ha asentado definitivamente en la conciencia de los ciudadanos. Prueba de ello fue el abrumador refrendo que recibió el 6 de diciembre de 1978, y la repulsa generalizada del pueblo español al intento de golpe de Estado de febrero de 1981, que pretendió adentrar en el oscurantismo de los tiempos los logros democráticos conseguidos por todos los españoles, y recogidos en la Constitución.

El estudio de la Constitución bajo una perspectiva sociológica lleva a afirmar que la forma del Estado en ella configurada es la que se corresponde con la sociedad de nuestro tiempo. Imagínense ustedes que a finales del siglo XX la Constitución hubiese reconocido un Estado liberal clásico, el cual se basa en la trilogía francesa de dejar hacer, dejar pasar, no inmiscuirse en los asuntos de la sociedad. Hoy día eso no es posible. La economía, la cultura, el progreso están relacionados con la actuación del Estado. Y no sólo en España, sino en todo el occidente, porque la participación del Estado en la vida de los ciudadanos es imprescindible para conseguir el mayor grado de bienestar de los mismos. Por eso, la Constitución en su artículo 1 dice que España se constituye en un Estado social y democrático de derecho. Social, porque interviene en la vida de los ciudadanos de la forma antes dicha; democrático, porque establece la separación de pode-

res y las elecciones para que el pueblo (en el que reside la soberanía nacional) elija a sus representantes políticos; y de derecho, porque la Constitución obliga a todos los ciudadanos y a los poderes públicos a respetar las normas que en ella se establecen y las leyes que la desarrollen.

La forma de gobierno es la monarquía parlamentaria. Este tipo de monarquía supone una superación de la monarquía constitucional, que no significaba más que el hecho de que en un país se daba la existencia de la monarquía y de una constitución a la que aquélla se sometía. Con la expresión monarquía parlamentaria se quiere decir mucho más. Significa la plena vigencia de los principios parlamentarios que consiste, fundamentalmente, en el principio de separación de poderes, el principio representativo y el principio de legalidad, como han recordado Lalumière y Demichel.

Nos encontramos en un sistema que configura la plena responsabilidad política del poder ejecutivo ante el parlamento. El juego parlamentario se desarrolla como la competencia entre dos poderes, ejecutivo y legislativo, sin la intervención del rey, que se coloca como poder moderador respecto a los otros órganos del Estado.

En la declaración y protección de los derechos encontramos de nuevo el factor sociológico antes mencionado. Los derechos que reconoce la Constitución española no son sólo los individuales y tampoco los tradicionales. Va más allá, como le corresponde a cualquier texto que quiera regular la vida de la sociedad de su momento y que no se aferra a esquemas pasados, ni se adelanta al porvenir.

Entre los derechos civiles destaca la igualdad ante la ley de todos los españoles, sin que pueda prevalecer discriminación por razón de sexo, raza, nacimiento o religión. Lo cual conlleva a reconocer la libertad de cultos (por la que tanto han luchado los sectores más progresistas de este país) y la aconfesionalidad del Estado (consecuencia lógica de un planteamiento serio de lo que deben ser las relaciones Iglesia-Estado, que sin duda han madurado tras la declaración de aconfesionalidad).

La Constitución prohíbe la pena de muerte y reconoce el derecho a la vida y a la integridad física y moral, prohibiendo la tortura y las penas humanas y degradantes. Novedad en el reconocimiento de derechos, al no limitar aquéllos a la integridad física, y extenderlos a la moral y psíquica.

Se reconoce también en cuanto a derechos civiles el derecho al honor y a la intimidad personal y familiar, y el derecho a la propia imagen. Aspecto este último novedoso y que se ha reflejado ante la posibilidad de que las nuevas tecnologías se inmiscuyan en la vida de la persona sin su permiso.

Seguiríamos enumerando la larga lista de los numerosos derechos reconocidos en nuestra Constitución. Creo que no es necesario porque todos los conocemos perfectamente. Mi intención ha sido enumerar algunos de los novedosos, solamente.

La Constitución, sin embargo, es tradicional a la hora de configurar el legislativo. Las Cortes son bicamerales, compuestas por el Congreso de los Diputados y el Senado, si bien se debe reconocer que el Senado ha perdido su carácter histórico para tener un nuevo cometido, acorde con el Estado de las Autonomías. El Senado es definido como cámara de representación territorial, y una vez en marcha las comunidades autónomas su objetivo primordial es servir de portavoz a cada una de ellas, permitiendo que a él lleguen las inquietudes y propuestas de las comunidades autónomas, que no tienen cabida en el Congreso, el cual representa directamente a todos los ciudadanos españoles, y no a las nacionalidades o regiones donde residan. Prueba del carácter territorial del Senado es la posibilidad contemplada en la Constitución de que cada comunidad autónoma designe a un senador que la represente directamente y a otro más por cada millón de habitantes.

Al introducir la breve historia del constitucionalismo español, que acabo de perfilar en el apartado anterior, dije que en cada etapa constituyente se habían planteado unas constantes ya históricas. La primera era las relaciones Iglesia-Estado que ya hemos visto cómo se han resuelto al proclamar la Constitución de 1978 la aconfesionalidad del Estado, la libertad de cultos y el reconocimiento expreso a la Iglesia Católica. Proclamación que no ha creado ningún trauma social y que ha resuelto de forma rotunda los viejos problemas que planteó en el siglo pasado y principios del actual.

La segunda constante era la forma de gobierno, que en la actualidad se configura como monarquía parlamentaria, cuyos rasgos antes he enumerado.

La tercera se refería al reconocimiento de los derechos individuales y a su garantía. Nuestra constitución va más allá del reconocimiento de los derechos individuales, es decir, de cada individuo, los cuales son además enumerados pormenorizadamente en el Título I, el cual incluye también a las libertades públicas tales como la libertad de expresión, de información, de cátedra, etc.

Cabe decir, en cuanto a la garantía de estos derechos que la Constitución regula un sistema eficaz y seguro para que sean ejercidos por los ciudadanos, al tiempo que se le impide a los poderes públicos que los conculquen. Los llamados derechos y libertades de carácter negativo; esto es, los que suponen la abstención de los poderes públicos, vinculan a éstos desde el momento en que están enunciados en la Constitución. Sólo por ley, que deberá respetar siempre el contenido de los mismos, podrá regularse el ejercicio de tales derechos y libertades.

Los derechos que suponen una actuación positiva del Estado o de algunos de sus órganos, contenidos bajo el nombre de "principios" en el capítulo III del Título I informarán la legislación positiva, la práctica judicial

y la actuación de los poderes públicos, y sólo podrán ser alegados ante la jurisdicción ordinaria de acuerdo con lo que dispongan las leyes que los desarrollen, según dispone el artículo 53.3 de la Constitución. Estos derechos no son exigibles inmediatamente, sino que son unos principios que la Constitución ofrece como inspiración en la que deberán basarse e inspirarse las leyes y la práctica política.

En cambio, los derechos de carácter negativo, sí son exigibles por los ciudadanos y éstos podrán recabar la tutela ante los tribunales ordinarios, por un procedimiento basado en los principios de preferencia y sumariedad, y en su caso, a través del recurso de amparo ante el Tribunal Constitucional. Figura también nueva en la historia constitucional española.

Para el caso de que todo ello no pueda ser eficaz, cosa que dudo mucho por la perfección con que son protegidos los derechos y libertades públicas, los ciudadanos podrán dirigirse al Defensor del Pueblo para la defensa de los derechos comprendidos en el Título I, cualquiera que sea la naturaleza de estos derechos.

La última de las constantes es el regionalismo, el cual merece un capítulo aparte.

III. EL PROBLEMA REGIONAL. SOLUCION ACTUAL Y SINTESIS HISTORICA. CEUTA Y MELILLA

1.—Solución actual

El artículo 2 de la Constitución reconoce el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que integran la nación española. Por tanto, al hablar de la autonomía hemos de hacerlo desde la perspectiva de que es un derecho constitucional y que por tanto ninguna comunidad podrá ser privada de ella, si cumple los requisitos que para su acceso establece la Constitución en el Título VIII.

El precedente de la constitución de Comunidades Autónomas lo tenemos directamente en la Constitución de 1931. Es un derecho general, pues ninguna parte del territorio, incluidas Ceuta y Melilla, queda excluida de él; es voluntario, por cuanto no es impuesto, sino que la iniciativa la tienen determinados órganos del territorio; no es uniforme, sino que se pueden recoger las peculiaridades regionales; y es progresivo, en el sentido de que al cabo de cinco años las autonomías constituidas por el procedimiento del artículo 143 de la Constitución, pueden aumentar sus competencias.

El Estado se articula y organiza, según la Constitución, en municipios, provincias y comunidades autónomas y existen dos principios que han de cumplir todas ellas y en especial las comunidades autónomas. Es la soli-

daridad efectiva entre todas ellas, y también la igualdad de los españoles, residan en el territorio que sea.

La diferencia que existe entre las comunidades constituidas por el procedimiento establecido en el artículo 143 de la Constitución y en el 151 es de sobra conocida, y no voy a extenderme sobre ello, pues su enumeración sería demasiado larga y a estas alturas de exposición temo aburrirles demasiado.

Sí quiero resaltar que la conciencia regional en España no es algo nuevo, sino que tiene sus orígenes en el siglo XIX. Voy a referirme brevemente a ella.

2.—Síntesis histórica

El período comprendido entre 1812 y 1868, es decir, desde la Constitución de Cádiz hasta la revolución llamada “Gloriosa” se caracteriza por una tendencia ininterrumpida hacia el centralismo y la uniformidad, basados ambos en el principio de unidad nacional. En 1833 se crea la provincia como unidad político-administrativa básica, en sustitución de las regiones históricas. En 1839 se suprimen los fueros vascos y navarros que garantizaban la autonomía política, legislativa y judicial de estas regiones.

Surge entonces un incipiente movimiento regionalista que pretendía la supervivencia de las regiones históricas y el retorno al gobierno descentralizado, restituyendo los fueros del País Vasco y de Navarra.

El descontento con la política centralista de la monarquía borbónica y la penetración del Romanticismo avivó el redescubrimiento y el renacimiento de las culturas regionales. Ello unido a la propagación de las ideas federalistas de Pi y Margall caracterizó el período de 1868 a 1874. Los movimientos regionalistas propugnaban la unidad en la diversidad y la creación de Estados regionales.

Entre 1874 y 1898 se vivió en España un cierto progreso económico y un crecimiento industrial que tornó el regionalismo en la defensa de los intereses materiales de cada región. Aunque en Cataluña, Galicia y País Vasco se desarrollaba una conciencia regional más general.

Tras la pérdida de las últimas colonias España sufrió una época de crisis, y entre los muchos problemas de entonces se encontraba el problema regional. Aumenta la participación catalana y vasca en la política nacional, pretendiendo obtener la autonomía para sus regiones de forma gradual y presionando desde dentro del sistema, en vez de desde fuera.

Tras el paréntesis de la dictadura de Primo de Rivera, el consenso entre los partidos republicanos liberales, el Partido Socialista y varias organizaciones políticas regionalistas se materializó en la fórmula de autonomía regional recogida en la Constitución de 1931. Por segunda vez en la historia contemporánea española predominó la unidad en la diversidad

sobre el principio centralista. La Constitución de 1931 no era un proyecto federalista, pero permitía la creación de regiones autónomas si dos tercios de las poblaciones expresaban tal voluntad. Así nacieron los Estatutos de Autonomía de Cataluña en 1932 y del País Vasco en 1936.

Como indica López Aranguren en este período surge un nuevo problema regional. Junto a las aspiraciones tradicionales basadas en las diferencias lingüístico-culturales, comienzan a denunciarse en las regiones pobres y menos desarrolladas ciertos agravios comparativos y determinadas desigualdades de naturaleza económica.

Esto último es fundamental para comprender las componentes de la actual conciencia regional, que ha llevado a la constitución de 17 comunidades autónomas. Ya no se reivindica sólo por un sentimiento diferenciador en cuestiones culturales o lingüísticas, sino que los territorios más pobres y menos desarrollados de España se han unido al proceso autonómico por considerarlo un medio para luchar contra la desigualdad y el subdesarrollo. Conviene tener esto en cuenta a la hora de enjuiciar las actuales componentes de la conciencia regional.

3.—La autonomía de Melilla

No quiero acabar esta conferencia sin hacer una mención expresa a la posible autonomía de Melilla, ciudad en la que nos encontramos, y a cuyo alcalde agradezco profundamente la atención que ha tenido conmigo, invitándome a dirigirles estas palabras.

La autonomía de Melilla está recogida en el artículo 144 de la Constitución y en su disposición transitoria quinta. Obviamente había que darle un trato especial, pues la técnica del legislador diferencia la casuística de aquellos territorios o provincias limítrofes con características históricas, culturales y económicas comunes o bien de aquellos territorios insulares o provinciales con entidad regional histórica, del caso de Melilla y de Ceuta.

El derecho a la autonomía de Melilla está recogido en la disposición transitoria quinta de la Constitución, que dice: "Las ciudades de Ceuta y Melilla podrán constituirse en Comunidades Autónomas si así lo deciden sus respectivos ayuntamientos, mediante un acuerdo adoptado por la mayoría absoluta de sus miembros y si así lo autorizan las Cortes Generales, mediante una ley orgánica, en los términos previstos en el artículo 144." El cual habla de que las Cortes aprueben esa ley orgánica por motivos de interés nacional.

No se discute, pues, el derecho a la autonomía de Melilla, sino si las Cortes apreciarán los motivos de interés nacional.

A mi juicio, estos motivos se dan desde el momento en que hay una organización territorial del Estado nueva, basada en los principios que

antes hemos visto, y cuya última ratio es la total configuración del Estado de las Autonomías.

Antes he dicho que el derecho a la autonomía significaba también el reconocimiento de las peculiaridades de cada territorio; es decir, que no es un derecho uniforme, por el cual cada comunidad deba tener la misma estructura y competencias que las otras. Al no ser así, nada impide elaborar un estatuto que recoja las peculiaridades de Melilla y de Ceuta. Ello es legal y técnicamente posible.

Muchas gracias por su atención.

Sentido y alcance del anti-idealismo de Ortega y Gasset (*)

Por *Francisco Samaranch Kirner*

1.—Dedicar el modesto homenaje de una disertación académica a conmemorar el centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset no es más que un estricto tributo de justicia a la memoria de quien fue, sin duda, “el mayor filósofo español desde Francisco Suárez” (1). Y ningún marco mejor, por añadidura, que el de una inauguración de curso universitario, si recordamos qué enconado empeño puso siempre nuestro filósofo en sacudir de su secular letargo a la universidad española y hacerla salir al fin de su oscuro provincianismo. Sin embargo, quiero aún añadir a éste un tercer modo de personal tributo: el sutil y profundo homenaje de realizar sobre sus textos una lectura reflexiva que sea sobre todo una aplicación del estilo de pensamiento que nos enseñó a practicar. Una lectura que sea una asimilación concreta de lo que fueron sus ideas sobre la filosofía y su historia.

Para Ortega, en efecto, “la filosofía es una posibilidad histórica, como todo lo humano, y, en consecuencia, es algo a lo que se llega viniendo de otra cosa” (2). Es decir, no hay pensamiento a partir de la nada. Como tampoco lo hay terminal y último, en un mundo que es histórico por naturaleza. El pensar, todo humano pensar, es, por el contrario, continuo movimiento y avance. Es “progreso”, camino hacia adelante con la mirada

(*) Texto de la Lección inaugural del Curso Académico, pronunciada el día 10 de noviembre de 1983. Tomo el término “idealismo” en su más amplio sentido. Al transcribir en nota a pie de página las citas leídas, en lugar de citar simplemente —para no hacer farragosa la lectura— el título de la obra en que se encontraba el texto, he dado la referencia en toda su exactitud: de ahí las aparentes discrepancias entre lo leído y lo que aquí aparece. He introducido algún breve retoque estilístico, y he añadido alguna cita que, por mor del tiempo, no empleé en aquel momento.

(1) Ph. Silver, *FENOMENOLOGIA Y RAZON VITAL*, p. 163. Alianza Universidad, Madrid 1978.

(2) *LA IDEA DE PRINCIPIO EN LEIBNIZ*, O. C. vol. 8, p. 268. Alianza Editorial/ Revista de Occidente, 1983. (Todas las referencias a las O. C., vols. 5 y 8, se harán según esta última edición. Las citas del vol. 6 corresponden a la 7.^a edición de las O. C. de Revista de Occidente, Madrid, 1973.)

puesta siempre en algo distinto. No necesariamente algo “mejor”; tampoco “peor”: esos son valores que, amén de relativos, sólo en la posteridad tocará ponderar. Pero es, en todo caso, progreso en cuanto intento de lograr niveles más hondos de radicalidad (3). Y este propósito hace necesario que cada nivel se constituya “dialécticamente” sobre los anteriores. Es importante matizar esa “dialecticidad” orteguiana, que apenas tiene que ver con el inmanente fatalismo hegeliano (4). Por el contrario, es ésta una dialéctica abierta, mediada constantemente por el hombre mismo: porque “una idea de ayer no influye en otra de hoy (...) sino que aquélla influye en un hombre, que reacciona a esa influencia con una nueva idea” (5). Y esta mediación humana connota para Ortega, de una manera muy radical, una entraña histórica concebida en la libertad. Libertad incluso para la verdad transitoria, perecedera, ya que “el hombre es una entidad histórica y toda realidad histórica —por tanto, no definitiva— es, por lo pronto, un error. Adquirir conciencia histórica y aprender a verse como un error son una misma cosa. Y como eso —ser siempre, por lo pronto y relativamente, un error— es la verdad del hombre, sólo la conciencia histórica puede salvarle” (6).

Tomando así el término “error” en su sentido débil, el de un acierto transitorio y provisional abierto a nuevas evidencias y hallazgos, y con la actitud de una entidad que se sabe histórica de manera radical, me propongo hacer una breve “lectura progresista” sobre los términos en que Ortega elabora su crítica del idealismo. Digo “lectura progresista” porque, a través de los “poros” que su pensar —como todo pensar— deja abiertos, voy a intentar filtrar una serie de temas y motivos posteriores a Ortega a veces, aunque implícitos en él. Mi “tema” será así doble: me referiré a la crítica anti-idealista de Ortega en las que podemos llamar sus dos vertientes, la negativa —la crítica propiamente tal— y la positiva —la construcción de su teoría de la vida personal como verdad radical—; y exploraré, a la luz de tematizaciones posteriores, las puertas que nos dejó a mano aún sin abrir. Con ello intentaré poner en claro, a un mismo tiempo, cuál fue el sentido de la teoría orteguiana de la vida —lo que con ella anticipó— y el alcance real que en sí misma tuvo —por medio de lo que de alguna manera dejó pendiente.

(3) Véase A. Rodríguez Huéscar, *PERSPECTIVA Y VERDAD*, p. 212. Revista de Occidente, Madrid 1966.

(4) Ortega precisó este matiz en *ORIGEN Y EPILOGO DE LA FILOSOFIA*, p. 75 y nota 1. Colec. El Arquero, Revista de Occidente, Madrid 1967 (2.^a edición).

(5) *PROLOGO A LA “HISTORIA DE LA FILOSOFIA” DE EMILE BREHIER*, O. C. vol. 6, p. 393.

(6) *MISERIA Y ESPLENDOR DE LA TRADUCCION*, O. C. vol. 5, p. 450.

2.—La crítica al idealismo es una constante en la obra de Ortega. Es para él un tema temprano, inducido a modo de revulsivo tanto por su estancia en la escuela neokantiana de Marburgo, como por sus contactos con la obra del primer Husserl.

El error que básicamente comete todo idealismo —nos dice— es el de concebir la realidad “como algo que tiene en su entraña ...la misma condición ontológica que el concepto: ...la identidad, la invariabilidad radical, la estabilidad, la profunda quietud que, para el griego, significa el vocablo ser” (7). Porque “el concepto es una realidad, entre las realidades que tienen la peculiaridad de consistir en identidad” (8). Ortega encuentra el origen de tal forma de pensar en Grecia. Y su insistencia en el origen griego del idealismo adquiere el carácter de un *leit-motiv* en sus escritos. En *La idea de principio en Leibniz*, por ejemplo, nos dice que “la concepción griega de ser posee (...) un lado estático que le viene (...) de la fijación o “cristalización” que en ellos (en los objetos) pone el concepto. El concepto, en efecto, es inmóvil (idéntico a sí mismo); no varía, no se esfuerza, no *vive*. Es lo que ya es y nada más” (9). Ello parece deberse a su vez, a que el intelecto, por su propia consistencia, no puede evitar el empleo de estructuras estáticas. En todo caso, “poner como condición a lo real, para que sea admitido como tal, que consista en algo idéntico fue la gigantesca arbitrariedad de Parménides y, en general, del griego ortodoxo” (10).

Al mismo tiempo, la relación que hay entre el concepto y la palabra viene a ser, para Ortega, la tradicional. Hay un *decir* interno o mental que es el que dicta el decir proferido, oral o escrito. Esa cierta distancia entre ambos y, a la vez, su jerárquica dependencia se reflejan en otra de las múltiples críticas que Ortega dedica al eleatismo: “Esta es —nos dice— la efectiva innovación de Parménides: el descubrimiento de que hay un modo de pensar exacto frente a innumerables otros que no lo son (...). Este pensar exacto consiste en que el pensamiento se vuelve de espaldas a las cosas y se atiene a sí mismo, es decir, a las significaciones, ideas o conceptos que las palabras expresan” (11).

(7) HISTORIA COMO SISTEMA, O. C. vol. 6, p. 29. (Cuando este texto estaba ya prácticamente estructurado y elaborado, con una fecha precisa por delante, llegó al fin a mis manos el último libro de Antonio Rodríguez Huéscar, dedicado precisamente al mismo tema que aquí me había propuesto: LA INNOVACION METAFISICA DE ORTEGA. CRITICA Y SUPERACION DEL IDEALISMO, Breviarios de Educación, M. E. C., Madrid 1982. Como amateur que soy en el tema, remito al lector al libro del experto y conocedor.)

(8) *Ibidem*.

(9) LA IDEA DE PRINCIPIO EN LEIBNIZ, O. C. vol. 8, p. 278.

(10) HISTORIA COMO SISTEMA, O. C. vol. 6, p. 29.

(11) LA IDEA DE PRINCIPIO EN LEIBNIZ, O. C. vol. 8, p. 209.

Notemos, en fin, cómo esa exacta legalidad del pensar en sí se asimila al Lógos puro y absoluto que, en toda la filosofía griega, es el criterio último de la validación de lo verdadero: “desde Parménides —nos dice—, cuando el pensador ortodoxo busca el ser de una cosa, entiende que busca una consistencia fija y estática (...) el prototipo de tal ser era el ser de los conceptos y de los objetos matemáticos, un ser invariable, un ser-siempre-lo-mismo” (12). La razón humana se hace así coextensa y convertible con el Lógos universal. Y el propio Aristóteles, cuando integra el movimiento y el cambio en un cierto ámbito de la ciencia, viene a caer en el mismo error: en efecto, “la *physis* era el principio invariable de las variaciones. De este modo se hacía posible conservar el eleatismo fundamental del ser” (13). Porque “...el error profundo del naturalismo (...) no consiste en que tratemos las ideas como si fueran realidades corporales, sino, al revés, en que tratemos las realidades —cuerpos o no— como si fuesen ideas, conceptos”. (14).

La crítica de Ortega gira, pues, en torno a tres aspectos o caras de algo últimamente común: la tiranía de la Razón pura, del Lógos soberano. Estos aspectos serían: el concepto y, subsidiaria, aunque muy tenuemente, la palabra; el intelecto —como modo de pensar al servicio de la identidad—; y el Lógos-razón como ley universal —incluyendo ahí ese modo menor del mismo que es la “naturaleza”—. Otro texto orteguiano, especialmente gráfico y aun acre, nos resumirá esta crítica. Y una reflexión final, tejida con típicas expresiones de nuestro filósofo, nos abrirá al momento positivo de la crítica anti-idealista: la teoría de la vida. El texto es éste: “El ingreso ejemplar en la inmensa extravagancia que es la filosofía nos la ofrece Parménides, el loco de la Razón, que, con su radicalismo nunca emparejado, nos proporciona la impresión más vivaz, la experiencia drástica de la gran insensatez que es la Lógica” (15). Sin embargo, la Razón pura “desemboca siempre en lo irracional”; es, en definitiva, “una breve zona de claridad analítica, que se abre entre dos estratos insondables de irracionalidad”. Su supuesto, “caprichoso” y arbitrario, consiste en “creer que las cosas —reales o ideales— se comportan como nuestras ideas” (16). Y ello porque nuestras ideas participarían, a su vez, de un orden superior que sería, por esencia, “lógico”. He aquí algo que, para Ortega, carece de sentido.

(12) HISTORIA COMO SISTEMA, O. C. vol. 6, p. 28.

(13) *Ibidem*.

(14) *Ibidem*, p. 31.

(15) ORIGEN Y EPILOGO DE LA FILOSOFIA, p. 115. Colec. El Arquero, Rev. de Occidente, Madrid 1967 (2.^a edición).

(16) NI VITALISMO NI RACIONALISMO, en EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO, p. 183 (Apéndices). Colec. El Arquero, Madrid 1966 (17.^a edición).

3.--Porque si, libres de prejuicios, o de creencias de esas en que de algún modo estamos pero que íntima y personalmente no somos, si hur-gamos —digo— en el subsuelo de nuestras raíces, lo primero que habre-mos de encontrar es el hecho de *nuestra vida*, cada uno la *suya*. Ese es el hecho, el dato más radical que podemos llegar a poseer. Para nosotros, sujetos pensantes, no puede haber otro origen estrictamente propio. Des-de él podremos pensar el pasado en que no éramos, el presente que esta-mos siendo o el futuro que tal vez seremos. Pero, sin él, nuestra concien-cia es utopía.

Es preciso insistir en que se trata de un hecho, de un *factum* que con-diciona inequívocamente nuestro pensar. Eso, y no otra cosa, es lo que está ahí como raíz primera. Y ese rasgo es piedra de toque para entender a Ortega. Porque lo que diferencia profundamente a Ortega, no sólo del pensar idealista tan reiteradamente denostado, sino de otras formas de pensamiento llamadas “vitalistas”, está en que todos estos modos de pen-samiento parten, en definitiva, de un *concepto*, de modo que, aunque éste sea el “concepto vida”, no salimos del cerco idealista. Por el contra-rio, Ortega parte de la concreción de un hecho, de un algo que viene da-do *antes* de todo concepto. Porque no hay concepto sino en la mente de un sujeto que piensa; y no hay sujeto que piensa si previamente no vive. Lo radical, pues, lo previo a todo pensar, es que hay un vivir. Y un vivir que, como hecho concreto, es inexcusablemente individual, personal.

Esto implica, de entrada, dos cosas: que el punto de partida es la vi-da inmediata y personal de cada quien, con lo que todo “concepto” de vida será algo derivado y de segundo orden; y que, de manera ineludible, la filosofía supone “un punto de vista humano” sobre la realidad o lo que hay.

(Permítaseme aquí un breve interludio metodológico: no caigamos en la tentación de interpretar esto como una “petición de principio” o un “círculo vicioso”; Ortega no pretende probar algo que ya supondría; por-que no pretende probar nada en específico, sino explicar lo mejor posi-ble “lo que hay”; y porque no parte de ningún “supuesto”, sino de un simple hecho concreto e inmediato. Por lo demás, no debemos olvidar que es un principio clave, en el sistema de Ortega, que aquello de que par-te un pensamiento debe formar parte del mismo sistema en que este pen-samiento se desarrolla: “todo lo que induce al hombre a filosofar —nos dice— forma parte doctrinalmente de la teoría filosófica misma” (17). Hechas estas dos precisiones, podemos seguir el hilo de nuestro discurso.)

(17) APUNTES SOBRE EL PENSAMIENTO (Anejo), O. C. vol. 5, p. 542.

Las primeras consecuencias que podemos inferir de este planteamiento nos llevan a enlazar de forma directa con lo que antes nos decía Ortega sobre los abusos del concepto en el marco idealista. Una vez más nos encontramos ante una constante de los escritos de Ortega, de modo que las citas que aquí se recojan serán sólo una muestra más o menos al azar. “El intelecto —dice— ...es una función biológica como otra cualquiera y, por tanto, se ha formado bajo el régimen de las necesidades vitales” (18). “El pensamiento —nos dice también— ...no es el ser del hombre; el hombre no consiste en pensamiento; éste es sólo un instrumento, una facultad que posee... Sin embargo, pensar es lo primero que el hombre hace como reacción a la dimensión fundamental de su vida, que es tener que habérselas con su contorno” (19). Y en la misma obra: “El hombre no se ocupa en conocer ...porque tenga dotes cognoscitivas, ...sino, al revés, porque no tiene más remedio que intentar conocer, saber, moviliza todos los medios de que dispone” (20). En el mismo sentido, en *El hombre y la gente*, leemos que el hombre piensa “porque, no teniendo más remedio que vivir sumergido en el mundo y bracear entre las cosas, se ve obligado a organizar sus actividades psíquicas, no muy diferentes de las del antropoide, en forma de pensamiento —que es lo que no hace el animal—” (21). Y también: “mi pensamiento es una función parcial de mi vida que no puede desintegrarse del resto. Pienso, en definitiva, por algún motivo que no es, a su vez, puro pensamiento. *Cogito quia vivo*, porque algo en torno me oprime y preocupa; porque, al existir yo, no existo solo yo, sino que yo soy una cosa que se preocupa de las demás, quiera o no” (22). “Vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas. Los conceptos son el plan estratégico que nos formamos para responder a su ataque. Por eso, si se escruta bien la entraña última de cualquier concepto, se halla que no nos dice nada de la cosa misma, sino que resume lo que un hombre puede hacer con esa cosa o padecer de ella” (23). “Ni siquiera el pensar es anterior al vivir —porque el pensar se encuentra a sí mismo como trozo de mi vida—, como un acto particular de ella” (24). Y, de manera más particular en su referencia, nos dice

(18) PROLOGO A LA “HISTORIA DE LA FILOSOFIA” DE KARL VORLAENDER, O. C. vol. 6, p. 293.

(19) EN TORNO A GALILEO, O. C. vol. 5, p. 124.

(20) *Ibidem*, p. 22.

(21) EL HOMBRE Y LA GENTE, p. 35. Rev. de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 1980.

(22) KANT, HEGEL, SCHELER, p. 56. Rev. de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1983.

(23) LA REBELION DE LAS MASAS, p. 197 s. Colec. El Arquero, Rev. de Occidente, Madrid 1968 (40.^a edición).

(24) *¿Qué es filosofía?* p. 241, Colec. El Arquero, Rev. de Occidente, Madrid 1968 (6.^a edición).

que “los pensamientos y doctrinas” que constituyen una metafísica cualquiera que hayan construido los filósofos “carece de sentido y realidad, *si no se los toma* como reacciones de hombres parejos a nosotros ante esa sensación de inanidad, de inviabilidad de la vida” (25). Y un último texto aún que, al menos por el momento, cierre esta selección: “la Razón es sólo una forma y función de la vida. La cultura es un instrumento biológico y nada más. Situada frente y contra la vida, representa una subversión de la parte contra el todo. Urge reducirla a su puesto y oficio. El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo ...don Juan se revuelve contra la moral, porque la moral se había antes sublevado contra la vida” (26).

4.--Esta fase positiva o constructiva de la polémica anti-idealista nos indica suficientemente el sentido de la crítica orteguiana. El vector que nos muestra por dónde discurre su filosofar está nítidamente perfilado: en la medida en que toda filosofía quiere ser radicalidad crítica, no puede partir de lo que es derivado, de lo que no es raíz sino tallo; y el concepto —lo mismo que el intelecto que lo acuña y lo maneja— no es primero y radical. Lo primeramente dado no es un concepto o una idea, sino un hecho: la vida individual concreta. Ella es la que posibilita --y condiciona-- todo pensar, puesto que no hay pensar sin sujeto pensante. Aun para pensar un *hipotético sujeto puramente pensante*, libre de toda vinculación vital, tengo primeramente que vivir. Sólo lo podré pensar —dado el caso— desde mi pensamiento humano, que está inmerso en mi vida. Es decir, desde un ineludible punto de vista.

Recapitemos entonces los motivos clave de todo este planteamiento:

- todo pensar humano es posterior al hecho de la vida;
- todo pensar humano es, pues, parte de una vida individual y está inmerso en una vida individual;
- el complejo funcional intelecto-concepto es un instrumento al servicio de la vida individual y concreta;
- la función inmediata y primaria de la vida es “habérselas con su contorno”, “sostenerse entre las cosas”, etc.;
- el hombre se orienta entre las cosas y se enfrenta con ellas por medio de ese complejo instrumental que es el intelecto-concepto, que le proporciona el saber necesario para la supervivencia y aun una vida mejor.

Esto supuesto, nos toca ahora decir algo sobre el segundo aspecto de la disertación: calibrar el “alcance” de esa teorización orteguiana. Es decir,

(25) SOBRE LAS CARRERAS, O. C. vol. 5, p. 177 s.

(26) EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO, p. 57 s. (edición citada).

ver en qué medida, en qué nivel de opacidad o claridad “anticipa” temas posteriores a él. La conjugación de estos dos aspectos es lo que nos dará, además, lo que constituye a Ortega en un pensador rigurosamente “histórico”.

5.—Podemos afirmar que toda vida emerge y se forma en un medio, y en dependencia e interacción con el medio. En lenguaje de nuestros días, diríamos que toda vida es eco-sistémica. Ahora bien, ese “sistema” es *dinámico* —no reductible a la tradicional lógica estática—. Y por ello queda excluido de él el modelo de relaciones rectilíneas y unidireccionales —típicas de la analítica aitológica clásica—. Es esto algo análogo a lo ocurrido con la geometría euclidiana, forzada a dar paso a las geometrías curvas —Riemann, Lobatchevsky—. El modelo se hace también aquí curvo, con vectores de ida y vuelta, polidireccional, con propensión a los buclajes semicerrados sobre sí en múltiples formas —ver E. Morin.

De una manera acaso algo brumosa, eso lo anticipó Ortega: la vida consiste en una cierta coexistencia del individuo con las cosas. Antes de sernos puro objeto de conocimiento, las cosas se nos despliegan como “importancias”, como factores que vale la pena tener en cuenta; se nos dan como posibilidades de acción y de elección; y, sobre todo, nos son “facilidades y dificultades”: al hombre, “como encuentra facilidades en que apoyarse, resulta que le es posible existir. Pero, como halla también dificultades, esa posibilidad es constantemente estorbada, negada, puesta en peligro” (27). Esta coexistencia hombres-cosas consiste asimismo en una cierta actividad recíproca. Por parte de las cosas, “¿cuál es esa actividad sobre nosotros en que primeramente consisten? Muy sencillo: en sernos *señales* para la conducta de nuestra vida, avisarnos de que algo, con ciertas calidades favorables o adversas que nos importa tener en cuenta, está ahí, o viceversa, que no está, que falta” (28).

Sin duda, en términos un tanto abstractos late ahí algo muy actual: la información que nos llega del medio ambiente fuerza a la vida a una continua adaptación —que es una constante *autodiferenciación* para, pese a todo, llevar adelante lo mejor posible la tarea que le es propia—. Y esta diferenciación incide a su vez en el medio ambiente —por ejemplo, mediante el recurso a un consumo alimentario alterno, que altera el equilibrio ecológico del medio—. Tenemos ahí una reciprocidad espiralmente embuclada sobre sí...

6.—En el caso del hombre, además, es su misma forma de vida la que genera el pensamiento; que, a su vez, genera nuevas formas de vida. Nada

(27) MEDITACION DE LA TECNICA, p. 45. Col. El Arquero, Madrid 1968 (6.^a edición).

(28) EL HOMBRE Y LA GENTE, p. 75 (edic. citada).

de secuencias rectilíneas y unidireccionales. Una progresiva reducción del aparato instintual y un simultáneo y correlativo aumento de la disponibilidad y libertad de acción. Esta capacidad de acción, que supone también la de elección, sólo se hace posible con una concomitante capacidad de discernimiento de las alternativas. Y las posibilidades acumulativas de ese conocimiento empiezan a hacerse realmente incalculables, en progresión exponencial, en la interacción con el lenguaje-comunicación.

Este progreso, sin embargo, no nos ofrece hasta aquí más que su cara cuantitativa. Hemos de ver qué aspecto nos ofrece por su cara cualitativa.

Esta nos ofrece en seguida una cierta ambivalencia. Ortega detectó algunos de sus posibles aspectos negativos. Por ejemplo, en su crítica al idealismo nos ha dicho una y otra vez que el concepto "consiste en identidad", que pone en los objetos una como fijación o cristalización que de suyo no les pertenece, que el concepto "es inmóvil (idéntico a sí mismo); no varía, no se esfuerza, no *vive*". Más aún, asigna tal consecuencia a un cierto funcionamiento estructural propio del intelecto o la razón pura, la razón acuñada de espaldas a las cosas y a la vida.

En este punto nos parece que Ortega no pasa de la constatación. Constatación que podríamos prolongar en una vasta y radial multiplicación de exploraciones fascinantes. El intelecto-razón se nos mostraría como una capacidad desarrollada precisamente en interacción y *feed-back* con una determinada forma y estructura de lenguaje —acaso eso mismo que Ortega llama alguna vez el *dectr* interno, pero que parece entender como algo linealmente conectado a un pensar anterior o en sí—. Sin embargo, es el núcleo estructural y funcional de ese lenguaje —el propio planteamiento de Parménides parece evidenciarlo— lo que incide decisivamente en el desarrollo de esa pura razón o facultad lógica.

Pero, a su vez, esta estructura del lenguaje viene multilateralmente condicionada. La inmensa diversificación de las impresiones recibidas que puede operarse en el sistema nervioso aferente, deja allá, en el mundo exterior, a modo de residuo de identidad "en sí", un poso tan misterioso e inasible como pudo ser el noumeno kantiano. Y, en oposición, la rica coloración de la experiencia personal, tan fluida y tan capaz de enriquecerse de continuo, pasa a parecer algo meramente subjetivo. A su vez, el sistema nervioso eferente, al querer traducir en acción y producción la información recogida en el cerebro, tropieza con la inerte resistencia del mundo exterior a plegarse a los dictados de la imaginación y el pensamiento. Mundo exterior en el que, por otra parte, predominan cuantitativamente —a nuestra escala de percepción humana, claro— los resultados del segundo principio de la termodinámica, los productos de una avanzada degeneración de la energía en materia. De esta manera, en un sistema de información a doble entrada, resultaría reforzada en nosotros la creencia en el predominio de lo estático fuera de nuestro mundo interior.

Pero podría haber aún más. La propia dimensión “comunicacional” del lenguaje podría suponer, por diversas razones, un refuerzo de esta tendencia. Algo de esto podría estarnos diciendo Ortega, cuando escribe que “el otro” es el que responde de la misma manera que yo le respondo a él, como “reciprocante”, como “alter ego”. Y eso induciría en mí la idea de un mundo “objetivo”, un presunto “mundo único”, al que nos referimos por igual de manera válida para la existencia y la vida, y que compartimos en alguna medida a través de la palabra (29).

Este punto podría también recibir una rica amplificación en varios registros. Por una parte, en efecto, para que la comunicación fluya de un modo adecuado y eficaz, al menos en niveles mínimos vitales, se hace precisa una codificación convenida de signos, en número suficientemente amplio para dar cuenta de lo más posible de lo que hay, al tiempo que suficientemente limitado como para que sea posible su aprendizaje y uso por la mayoría. Y ello aun a costa de la amputación de amplios márgenes de lo subjetivo en toda información transmitida. Para dar paso, en estas condiciones, a la mayor cantidad posible de información, el lenguaje se desarrolla como un sistema de desintegración analítica de las cosas en aspectos homogeneizables, y la subsiguiente reintegración sintética de esos aspectos en forma combinatoria. De esta manera lo *decible* parece hacerse potencialmente ilimitado, con unos medios básicos limitados. Pero tales ventajas tienen sus contrapartidas negativas. Porque el sistema tiende a inducir en nuestro pensar una visión “deformada” de lo que las cosas nos son inmediatamente. Así, la estructura atributiva de la frase, por la que decimos que “algo es tal otra cosa”, nos incitaría —si el *lógos* se nos hace modelo de realidades— a la falsa imagen de ver la realidad despiezada en forma de sujetos y predicados. Y un escalón más abajo —hacia lo “profundo”—, nos la daría jerarquizada en una trama de sustancias y accidentes. Y aún, en un último desliz por esta pendiente, nos induciría el espejismo de creer que la cuestión más honda que nuestro pensar podría plantearse debía consistir en esa partícula *es*, que en principio no es otra cosa que una servidumbre de la tempórea y artificial analiticidad que el hecho lingüístico nos impone, una simple manera “nuestra” de *poner* el predicado como propio del sujeto o poner la cosa como real.

7.—Sin embargo, ni aun con esto explicamos del todo esta como “obsesión” por lo estático y lo idéntico a sí. Porque en el intelectualismo o idealismo inmovilizante no sólo encontramos esta tendencia intelectual a captar lo que hay *sub specie aeternitatis*, bajo el aspecto de lo duradero y permanente, sino que además esta supuesta constatación de la preeminencia de lo estable se nos convierte muy fácilmente en juicio de valor.

(29) Ver *ibid.*, pp. 109-117.

En otras palabras: no nos limitamos a afirmar que, al parecer, en el mundo predomina lo idéntico a sí y lo estático, sino que consideramos evidente que eso sea mejor que lo contrario; que no es una mera cuestión de hecho, sino una cuestión de derecho: que así *debe* ser y que hay *más ser* —o sólo hay ser— en lo idéntico que en lo que cambia.

Son muchas las razones que podrían probarnos que esto es un efecto inducido por una serie de factores que actúan a una, en una especie de sinergia fáctica. Voy sólo a rozar algunas de ellas que nos pueden permitir ver el “alcance” del principio de la razón vital de Ortega.

Ortega asignó al concepto, en el marco de su propia teoría, dos funciones capitales: la “cognoscitiva” —cuya meta es la *claridad*— y la “vital” —cuyo objetivo es la *seguridad*—. Así, en *Meditaciones del Quijote*, por ejemplo, nos dice: “sólo cuando algo ha sido pensado, cae debajo de nuestro poder. Y sólo cuando están sometidas las cosas elementales, podemos adelantarnos hacia las más complejas” (30). Y también: “toda progresión de dominio y aumento de territorios morales supone la tranquila, definitiva posesión de otros donde nos apoyamos. Si nada es seguro bajo nuestras plantas, fracasarán todas las conquistas superiores” (31).

Esa búsqueda de puntos de apoyo orientativos, de delimitación de puntos de referencia seguros respecto a los cuales “sabe uno a qué atenerse” es lo que en una etología humana podemos llamar “territorialización simbólica”. Las formas elementales de la creación religiosa de la humanidad nos brindan una clarificadora y fundamental expresión de ello, especialmente en la estructuración dialéctica de “lo sagrado y lo profano” (32). De una manera originaria parece haber asumido el papel de lo sagrado todo aquello que aún no había sido “integrado” por el hombre en lo que constituía su seguro habitáculo cotidiano. Fuera de ese marco, todo estaba poblado de potenciales amenazas. Amenazas ambivalentes que, con su excedente óntico sobre la realidad humana, podían destruir a ésta —bien por aniquilación directa, bien por asunción de lo humano a un nivel óntico superior—. Nótese que la relación entre lo sagrado y lo profano quedaba de esta forma abierta como la de unos vasos comunicantes: la ampliación de lo cotidiano y profano llevaba consigo la remoción concomitante de las fronteras de lo sagrado correlativo. Y la frontera entre ambos niveles se habría de poblar —en especuaciones ulteriores—, de numerosos seres intermedios que operaran la transición, cuando se radicalizaba la superioridad de lo sagrado: ángeles, daímones, semidioses, genios de todas clases,

(30) MEDITACIONES DEL QUIJOTE, p. 67. Col. El Arquero, Rev. de Occidente, Madrid 1956 (3.^a edición).

(31) *Ibidem*.

(32) Ver Mircea Eliade, TRAITE D'HISTOIRE DES RELIGIONS, Payot, París 1968 —especialmente el cap. 1.

etcétera. Lo importante es que no funciona así esa célebre formulación alterna del principio de no-contradicción, el que llamamos principio de tercero excluido... El hombre no había estrenado aún la flamante lógica parmenidiana.

No es nuevo que toda conciencia humana tiende a sentirse perturbada ante lo desconocido que la acosa o apremia (33). Una de las modalidades claras de lo desconocido es la "lejanía" —por muy próxima que esté en términos absolutos—. Y una de las formas simbólicas de "lejanía" más exasperantes para el hombre es la "diferencia". La "diferencia" tiende a presentarse, con frecuencia, entonada como una velada amenaza y una distancia difícilmente asimilables. En otras palabras, el hombre tiende a ver la diferencia valorativamente, con complejo o con menosprecio. Como si de entrada le fuera extraño ver la diferencia como *simple diferencia*...

Por otra parte, su íntima necesidad de afirmarse frente a lo que le rodea—amenaza, induce al hombre a sacralizar de alguna manera su propia y distintiva "diferencia": la palabra-pensamiento. La divinización del Lógos es un rasgo común a muchas formas de la teologización antigua. Con ello obtiene el hombre dos resultados positivos para su superación civilizadora: radicaliza y define su distancia respecto del animal y, al mismo tiempo, se hace pariente —por especial don o por participación— de la divinidad. El Lógos, como palabra y pensamiento supremos, le ofrece el modelo ideal de la inteligibilidad del todo —garantía, por tanto, de que el azar irracional y angustioso es mera cuestión de nivel de conocimiento—; y también unas pautas de conducta ideales. Se hace, pues, Ley y Modelo ejemplar del todo.

Pues bien, ésta es una vaga creencia en que ya está el hombre griego antes de inaugurarse la filosofía. El punto de partida del idealismo en su modo filosófico, con su peculiar lastre de logicismo abstracto, puede muy bien estar —como dice Ortega— en Parménides. Pero lo que éste realmente estrena es una forma específica de manipulación de la creencia. Como ya vio hace bastantes años Aram M. Frenkian (34), el idealismo nace de una extensa mitificación, que va desde la teología memfita —en el IV milenio antes de Cristo— hasta el prólogo del Evangelio de Juan; desde el egipcio

(33) En el contexto de la "temporalidad" vital, Ortega constata: "El porvenir es la inseguridad. Esta inseguridad está administrada, regida por el poder irracional del Azar. Si la vida, digamos antes, es un sistema de ocupaciones, nuestra primaria ocupación es ocuparnos de nuestro porvenir. (...) La ocupación con el porvenir es pre-ocupación (...). A esto —preocuparnos— reaccionamos buscando medios para asegurar esta inseguridad. (...) Pero es evidente que no podríamos hacer esto si antes la terrible inseguridad que es el Azar no hubiese en el hombre una última confianza tan irracional como el Azar mismo: es la Esperanza". GOETHE SIN WEIMAR, Conferencia en Hamburgo, 2 sept. 1949. En GOETHE, DILTHEY, p. 95. Rev. de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 1982.

(34) Ver A. M. Frenkian, L'ORIENT ET LES ORIGINES DE L'IDEALISME DANS LA PENSEE EUROPEENNE, T. I, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, París 1946.

Ptah el Grande, “corazón y lengua de la Enéada de los dioses” —según expresión de la estela del rey Shabaka— al Yhaveh bíblico de uno de los tres modelos cosmogónicos que yuxtapone el *Génesis*. Y entonces es todavía crípticamente mítico ese Lógos que, desde Parménides y Heráclito hasta los estoicos —por poner unos límites griegos—, pasando por el propio Aristóteles, ese Lógos —digo— que es siempre objeto de apelación última y de la última e inapelable utilización, sin ser nunca objeto de una definición en regla, tan formalmente estructurada como las que, en nombre de ese mismo Lógos, se exigen para cualquier otro concepto (35).

8.—Este *excursus* por las sendas de la mitificación del Lógos me apartó de Ortega sólo en apariencia. En realidad me va a permitir una última valoración de su teoría de la razón vital. Esa mitificación del Lógos, que se mantiene subrepticia aun en el marco del pensar logicista, está en la raíz de los numerosos fracasos a que han llegado ciertas formas de esa “extravagante actividad” —Ortega *scripsit*— que es la filosofía. Ella es la que dio pie a las tan agudas como insensatas aporías de Zenón de Elea contra el movimiento —como si éste, para ser posible realmente, tuviera que ser reductible al juego que se impone el lenguaje logicista—. Ella es la raíz del aporemático y frustrado empeño aristotélico en hacer del “ser” un predicado supremo mínimamente unívoco, para encontrarse al fin con la irónica paradoja de que sólo podía reducir su equivocidad mediante una de las formas del propio “ser” y aún, entre ellas, una de las más evanescentes: la volátil categoría de relación. Y —para no multiplicar los ejemplos— ella es también la que lleva al fracaso el denodado esfuerzo de Heidegger por clarificar el *es* del ente: fracaso en lo que era su pretensión, si bien iluminadora consecución para nosotros al situarnos finalmente el *es* en el hecho *eventual* primigenio —ese extraño *ereignis* de sus últimos escritos—, respecto del cual todo lenguaje es ya derivado y subsidiario. Tanto reiterado fracaso parece recordarnos algo ya muy viejo: que esa divinización del Lógos, que ese pretender ponerlo como pauta y ley de todo lo que hay, con capacidad para decirlo en su última radicalidad, fue no más que una especie de transgresión de las reales limitaciones y funciones del decir-pensar. Y toda transgresión de esa índole debía pagarse con el extravío de la razón...

(35) No resisto la tentación de añadir aquí este pasaje de Ortega, especialmente iluminador. Llama “logismo” al pensar lógico y puro. Y dice: “el logismo, merced a su carácter necesitativo, es idéntico en todos los hombres. No es, pues, un pensar proveniente del individuo, aun cuando en él acontezca. (...) En el logismo desaparece la subjetividad del individuo, y queda de ella la pura aptitud genérica de receptor. (...) Es la revelación en él de la Realidad misma. Ahora bien: revelación es una de las palabras que mejor traducen lo que él y Platón, y Aristóteles, llamaron *alétheia* o verdad. El pensamiento verdadero es verdadero porque deja de ser pensamiento y se convierte en presencia de la Realidad misma.” (LA IDEA DE PRINCIPIO EN LEIBNIZ, O. C. vol. 8, p. 210).

La "razón vital" orteguiana se nos ofrece así como una radical "desmitificación" del Lógos idealista. Un Lógos *humano* —simplemente humano—, una razón encadenada al hecho primigenio de la vida y subsidaria de la vida, nos sitúa de nuevo en nuestro verdadero *humus*. Nos libera de la insolencia transgresora de tomar como modelo de todo esa limitada y limitativa razón nuestra; y nos libera, de rechazo, de la *locura* con que, según la antigua sabiduría, castigan los dioses todo intento de saltarse los límites y fronteras establecidas para el hombre —¿no ha llamado Ortega a Parménides "el loco de la razón"?—. Y esto me abre a un tema que será ya epilogo. En efecto, al anatematizar Ortega tanto el idealismo absoluto del Lógos mitificado como también el polo contrario de la irracionalidad sin brújula —porque su razón es vital sin dejar de ser razón—, nos brinda una muy específica imagen del hombre: sitúa a ésta, gracias a esa su *razón vital*, en la laboriosa tierra del quehacer cotidiano, en la zona siempre opaca y siempre en premura de claridades nuevas que plantea la circunstancia que nos acosa por doquier; nos sitúa de nuevo en ese ancestral principio de la humana sabiduría, el "nada en demasía", el *medèn agân* de los viejos oráculos; y nos libera de la entrópica rutina de parecernos cada día más a "nosotros mismos" —como diría Rubert de Ventós (36)—, que es el sino que encierra todo ideal absoluto (37). Nos enfrenta por el contrario, de manera a un tiempo espontánea y razonable, con el variable compromiso de cada momento, con esa vida que nos es "siempre urgente", que "se vive aquí y ahora sin posible demora ni traspaso", que, minuto a minuto, "nos es disparada a quemarropa" (38).

Mi tema ha sido, en esta circunstancia, una pequeña parcela del pensar de Ortega. El tiempo es una grave servidumbre de nuestra razón vital y del discurso que de ella emana. Lo que la mente puede tal vez captar de golpe, se nos diluye en pacientes cadenas de términos. Términos, por añadidura, siempre insuficientes, siempre semánticamente cortos. Estamos atados a ese afán de Sísifo que es toda filosofía, en pos de una claridad en plenitud que siempre se nos escamotea. Al menos hemos intentado, orteguiamente, arrebatárle un puntual destello...

(36) En MORAL Y NUEVA CULTURA, Alianza Edit., Madrid 1971.

(37) En este sentido, Ortega escribió: "quien quiera entender el hombre, que es una realidad *in via*, un ser sustancialmente peregrino, tiene que echar por la borda todos los conceptos quietos y aprender a pensar con nociones en marcha incesante." (APUNTES SOBRE EL PENSAMIENTO, O. C. vol. 5, p. 540). Y también: "para hablar... del ser-hombre tenemos que elaborar un concepto no-eleático del ser... Ha llegado la hora de que la simiente de Heráclito dé su magna cosecha." (HISTORIA COMO SISTEMA, O. C. vol. 6, p. 34).

(38) MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD, p. 65. Rev. de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 1982.

Renovación pedagógica

Por *Marta Mata*

“Las palabras piensan” –dijo alguien apuntando a cómo el pensamiento colectivo que promoviera la formación y el uso de las palabras continuaba actuando y constituía una fuerza enriquecedora del pensamiento de los hablantes; cada palabra en nuestra opción, en nuestra boca, en nuestro diálogo, en nuestra pluma, cada palabra que recreamos, ya lleva de antemano consigo y nos entrega su valor, un tesoro humano que se transmite a lo largo de los siglos y a través de generaciones.

Algunas palabras no sólo piensan y viven, sino que sobreviven a la muerte de una o más lenguas para traspasar a sus herederas los avatares de una historia. Tal es el caso de la palabra “escuela”. Nacida junto al mar Egeo como σχολη, término con el que los griegos designaron algo tan querido por ellos como el tiempo libre, el ocio, el estudio en el más lúdico sentido de ejercicio intelectual. Luego los romanos la incorporaron a su acervo lingüístico como *schola*, la palabra que institucionalizaba aquella vertiente del ánimo griego, convirtiéndola ya en un sitio para estudiar, escuela con paredes y ventanas, más paredes que ventanas, aunque tuviera como primer maestro al *ludimagister*, el maestro de juego, en recuerdo del ocio que había presidido el nacimiento de la palabra y de la realidad.

Pero algunas palabras, a fuer de pensantes y de vivaces, resultan inquietantes y fértiles inductoras de discusión, contradicción y creación. Esta palabra, “escuela”, con su historia ya contradictoria en las playas lingüísticas del Mediterráneo, fue heredada por los romances ribereños junto a una realidad contradictoria también y siempre minoritaria. Contradictoria, porque casi todos los textos clásicos hablan de la educación como realización del hombre, como triunfo de la humanidad, mientras la mayoría de referencias reales a la escuela apuntan a su sordidez y hasta a su crueldad con respecto al niño. Contradictoria y minoritaria, repetimos, porque no hay texto clásico que no hable de la educación con amplitud de miras, pero en cambio no hay pueblo que realice la escuela con

miras de amplitud. La escuela nacerá y resistirá como una institución minoritaria, para unos pocos, no para realizar la humanidad de todos, sino para transmitir a unos pocos, unos determinados saberes.

Las palabras piensan y nos ayudan a pensar: nos refieren a una realidad viva y nos sugieren unos cambios vitales.

LA REALIDAD CAMBIA

“Escuela”, he aquí un término y una realidad de raíces antiguas y variadas que la sociedad moderna heredará; pero una realidad que ha sufrido una verdadera mutación en esta sociedad: la mutación, el paso, el cambio, de escuela minoritaria a escuela obligatoria, a escuela para todos.

Esta mutación que se da, país tras país, desde mediados del siglo XIX, es consecuencia y respuesta ciertamente a un conjunto de cambios sociales que van poniendo de manifiesto la necesidad para todos los ciudadanos de un mínimo común multiplicador —o denominador, quién sabe— cultural: leer, escribir, cantar, conocer algunos rudimentos científicos, quizá también religiosos y cívicos. Esta mutación culmina el siglo pasado en la aprobación de leyes, disposiciones y presupuestos para la construcción de la escuela obligatoria en cada país. Cada país tenía, empero, una escuela prehistórica minoritaria, más o menos implantada y definida ideológicamente, escuela que ahora será más o menos integrada, delimitada o aislada por una política oficial de construcción de escuela obligatoria.

No siempre las realidades cambian a fondo, de un plumazo, ni las palabras ayudan a pensar en un cambio; pueden utilizarse también para frenarlo. Fuera cuales fueran las actitudes y los resultados en forma de sistema educativo, la verdad es que la mutación social que significa el paso de escuela minoritaria a escuela para todos, durante el siglo pasado, no habrá afectado demasiado a la concepción y la realidad de la escuela; tanta puede ser también la inercia de las palabras y de las realidades... y tanta es a menudo la pobreza de imaginación del rebaño humano y sus pastores, en cuanto actúan como tales.

CAMBIO SIN PENSAMIENTO LLEVA AL FRACASO

La enorme mutación social que significa el paso de la escuela minoritaria a escuela para todos, no tiene un paralelo en una mutación de concepción y realidad de escuela; para construir la escuela obligatoria se multiplicará por X la escuela minoritaria, y asunto concluido. Dentro de ella se enseñará a leer con la misma sangre, a contar con las mismas tablas, a estudiar con los mismos textos y pautas de manera verbal; a lo sumo, se cambiará el Catecismo Cristiano por una laica Educación Moral y Cívica y se añadirán los rudimentos de la Enciclopedia, pero en unos aprendizajes igual-

mente lejos de la vida del niño. La mutación de la escuela como institución y como sistema no se planteó, ni se dio; la consecuencia no podía ser otra que la que ha llegado a nuestros días bajo el epígrafe de “fracaso escolar”, fracaso escolar de muchos de los niños.

La escuela obligatoria, cuya misión era precisamente elevar todo niño al nivel de igualdad ciudadana, aun poniendo este nivel muy bajo, dejaba una buena proporción de alumnos por debajo de él; es decir, les dejaba a las puertas de la sociedad en situación de inferioridad, difícilmente salvable; la escuela minoritaria, extendida, que no cambiada, o escuela obligatoria, continuaba seleccionando y discriminando, cumpliendo sus antiguos fines, no los nuevos. Y si la discriminación era congruente con el carácter minoritario, resultaba totalmente perniciosa en el funcionamiento de una institución mayoritaria o “totalitaria” en el sentido etimológico del término. He aquí el resultado de un cambio no pensado a fondo, de una mutación inacabada.

QUE FALTABA PENSAR Y CAMBIAR

Para que la escuela pudiera cumplir su nuevo cometido en la sociedad, era necesario terminar la mutación, era necesario que algo cambiara dentro de la escuela. Y este algo era mucho; no todo, que no cambia todo en ninguna mutación, y no tenía por qué ser así en el caso de la escuela.

La personalidad del maestro, la fuerza pensante de la lengua, la potencia liberadora de los libros —por encima de la inculcadora de el libro— y el propio mito de la educación, podían salir no solamente incólumes sino potenciados de la mutación, a condición de que la mutación afectara a la misma concepción gravitatoria de la escuela, que se realizara el giro copernikiano soñado por Rousseau.

En la escuela prehistórica, los niños darían vueltas alrededor del maestro, alrededor del saber; en la escuela histórica, en nuestra escuela para todos, el centro gravitatorio sería el niño, el desarrollo de la simiente humana, con toda su capacidad no sólo de recepción de conocimientos sino de creación humana global; precisamente en el niño es en quien se hace más potente no sólo la interacción de las tradicionales “memoria, entendimiento y voluntad”, sino también de: imaginación, sensibilidad, expresividad, afectividad, sociabilidad, creatividad, responsabilidad, cooperación, solidaridad, etcétera.

Todo ello se da o puede darse en la vida en una dinámica altamente potenciadora; pero raramente se dio, y nunca globalmente, en la escuela tradicional. Todo ello, integralmente, debía darse en la nueva escuela si tenía que cumplir con el cometido que le asignara la mutación social: convertir a todo niño en ciudadano. No podía hacerse de otra manera que consi-

derando cada niño en su globalidad, en la maravillosa complejidad de su construcción humana.

LA RENOVACION PEDAGOGICA

El convertir en realidad escolar tal concepción ha sido, es, el contenido del extenso y variado trabajo que llamamos Renovación Pedagógica, dentro de la inercia, por no decir reaccionarismo, del sistema que siente temblar sus fundamentos en cualquier cambio. “¿Pedaqué?” inquiría un catedrático de Universidad cuando le hablaron de una nueva especialidad. Peda-mucho, ciertamente, para aquellos a quienes la vieja escuela matara la natural curiosidad infantil.

Fueron precisamente quienes conservaron vivo el recuerdo y la curiosidad de sus primeros años, quienes en los distintos campos levantaron la bandera de la Renovación Pedagógica. Naturalmente, en el gran campo de la escuela misma y en sus muchos rincones de escuela rural, suburbial, internado, nacen y se extienden las experiencias y la concepción de Escuela Nueva, de Escuela Activa, la gran concepción de la educación escolar como desarrollo sistemático de toda la capacidad de actividad del niño, individual y colectivamente, de tal modo que su ingreso en la sociedad se realizara a través de un conocimiento objetivo, afectivo, crítico, creativo y solidariamente responsable; del *dominio de la realidad personal* puesta al servicio de la compleja realidad social. Palabras, muchas palabras, que traducen mucho trabajo, pensamiento y sufrimiento, pero también la gran alegría de contribuir a la formación humana.

Es de señalar la contribución a la renovación general de la escuela que ha sido propiciada por el trabajo en los márgenes de ella. La educación del niño considerado deficiente ha sido la fuente de superación de las deficiencias de todo niño; nombres como los de Montessori y Decroly nos lo recordarán siempre. La educación de los niños marginados en la sociedad será otra fuente de superación de la marginación de todo niño; y más nombres nos lo recordarán en cada catástrofe social: Pestalozzi, Makarenko, Deligny. La propia marginación de la cultura rural da un fruto muy superior en la renovación de la escuela, el del Movimiento Cooperativo Freinet en Francia, que conocemos, adaptado al suburbio, en el Movimiento Cooperativo italiano. La misma marginación del mundo del trabajo da reacciones de novedad pedagógica como las propugnadas por Kerschensteiner o Dewey.

El milagro del paso a la escuela nueva como reacción a la tradicional, del servicio de las situaciones marginales a la situación general, es un típico caso de posibilidad de cambio humano, el milagro base de la Renovación Pedagógica. Porque cada hombre puede ser destino de quienes le dieron vida y formaron su entorno, ha sido y es posible que los maestros formados en la vieja escuela realicen el cambio hacia la nueva escuela.

OBSTACULOS DENTRO DE LA RENOVACION PEDAGOGICA

Es posible, pero no fácil, realizar la nueva escuela. Obstáculos de todo tipo aparecen en el camino de la Renovación Pedagógica. Analicemos los más importantes, no siempre los más reconocidos, dentro del proceso renovador.

Un obstáculo: el apego a una fórmula de cambio. Es comprensible, cuando tanto han costado unas nuevas maneras de cálculo mental o de lectura, el aferrarse a ellas. Pero tal fijación impide un paso nuevo, y la corta historia de la Renovación Pedagógica ya nos ha dado ejemplo de ello. Nunca una fórmula puede dar solución final a un problema educativo, porque la raíz de la Educación está en el cambio. En el fondo de cada buena fórmula siempre hay apertura a un nuevo paso.

Otro obstáculo: la creencia en el funcionamiento del sistema escolar y sus circuitos de programación, en sí, aislados. Pueden dar tanta seguridad unos programas mejorados, que alejen al maestro de la necesaria aventura de sacar y adaptar elementos del trabajo escolar al medio social. Adaptarse al medio social concreto es algo que tiene que hacer siempre el maestro; no lo hará ni el más visionario pedagogo, ni el más especializado especialista, trabajando en el mejor Ministerio.

Otro obstáculo: los recursos, buenos, mejores, pero sólo recursos. Son necesarios los recursos, mejores libros, una buena biblioteca escolar. Nuevas técnicas: la imprenta, los audiovisuales, nuevos apoyos: los especialistas, el psicólogo, el asesoramiento. Todo ello es necesario, pero no bastará nunca, y puede sobrar algo, si merma lo que es la base de la Renovación Pedagógica, el trabajo y la responsabilidad del niño y del maestro. En educación tampoco la magia y los magos dan la solución.

Otro obstáculo: el buen maestro... solo. Aquel joven que la Escuela Normal francesa separó de su medio social y puso en un internado, y que luego las españolas oposiciones al Cuerpo convirtieron exactamente en eso, un opositor a sus compañeros, puede tener la tentación de quedar él sólo, maestro con una renovación que tanto le habrá costado en clase. Pero la renovación del solitario sólo es envejecimiento. Toda la dinámica de la Renovación Pedagógica se ha llevado históricamente en colaboración, en equipo; lo cual no ha sido obstáculo, al contrario, para que reconocamos en ella grandes personalidades que por añadidura no envejecieron, aún rondando el siglo. ¡Qué joven el encuentro entre el octogenario Jean Piaget y el nonagenario Pau Vila!

¿Otro obstáculo? Podríamos quizá citar algunos más, con peligro de sobrepasar el nivel de masoquismo que puede alcanzar el maestro renovador medio; o con el peligro de deslizarnos a hablar de posibles obstáculos ajenos al maestro: que si los padres, que si la "tele", el sistema, las estructuras... Pero éstos son precisamente los elementos sociales que se in-

tegran a su modo y manera en el cambio que es la Renovación Pedagógica, o no existen ni tal cambio ni tal renovación. Hablaremos de ello luego, de terminar pensando en esta dinámica propia de la renovación, capaz de vencer obstáculos internos y externos.

DINAMICA DE LA RENOVACION PEDAGOGICA

La dinámica interna de la Renovación Pedagógica se da en un circuito que se nos aparece triangular.

Un vértice del triángulo, una fuente de energía, es la propia **dinámica del grupo clase**; la Renovación Pedagógica nace y se hace no en la campana neumática de un laboratorio, sino en el trabajo de clase... a condición de considerar la clase como el verdadero laboratorio de pedagogía, según proclamaba el primero de los puntos de la Escuela Nueva. Pensar, proponer, preparar, realizar, comparar, valorar, el propio trabajo en clase es lo único que, evitando las rutinas, crea hábitos abiertos al crecimiento humano y consciente del niño y del maestro. Es la fuente de la Renovación Pedagógica y de la alegría del trabajo escolar por añadidura.

El segundo vértice del triángulo lo constituye la **reflexión compartida sobre el trabajo escolar**. Compartida con los compañeros que son, con los especialistas que son o que fueron y escribieron. Léase "grupo de trabajo", léase "investigación" según el modelo propio de investigación pedagógica, léase confección de nuevos modelos de "recursos", siempre en colaboración, siempre pasando y repasando de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica, meta final de cualquier proceso y progreso pedagógico.

Y el tercer vértice es casi una consecuencia silogística: la **formación del maestro**. Tal formación merecería no sólo uno sino muchos capítulos aparte; pero hablando de Renovación Pedagógica, el circuito de su dinámica, la formación inicial y permanente del maestro queda exactamente situada: se alimenta de, y revierte en, la práctica escolar y su reflexión y estudio compartidos.

Los vértices del triángulo renovador, práctica, investigación, formación, son **renovadores en tanto que son vértices del triángulo**. Sin su relación en ambos sentidos, sin que cada uno de los tres pueda ser considerado causa y efecto de los restantes, ninguno de los tres será renovador.

No renueva la práctica escolar que no viene y va de un estudio-investigación, que no va y viene de la propia formación del maestro. Y lo mismo ocurre con los demás vértices.

DINAMICA ESCUELA-SOCIEDAD

Pero la dinámica de la Renovación Pedagógica cuyo circuito describimos, la escuela, la buena escuela, cambia no sólo en este constante proceso de integración, de acumulación del trabajo educativo, sino que se alimenta también de la adaptación a las necesidades educativas de una sociedad cambiante. El triángulo funciona sobre una sociedad concreta, definida por unas coordenadas de espacio y de tiempo, de naturaleza y de historia, y por la coyuntura concreta de unas relaciones sociales. Y la falta de relación escuela-sociedad concreta impide la formación del triángulo renovador; además, no tener en cuenta correctamente esta relación podría dejar el triángulo renovador sin energía para funcionar, o funcionando simplemente en el vacío: escuela tradicional, atónita renovadora, o cantos celestiales pedagógicos referidos nadie sabe a qué realidad, serían posibles resultados de la mala relación escuela-sociedad.

Por ello conviene, ha convenido a todo maestro renovador, no quedar jamás encerrado en la escuela, ni aun en el triángulo renovador. Ha convenido mirar la escuela desde fuera, en su perspectiva social, y aun conocer a fondo las miradas críticas que otros le dedicaron.

La ambivalencia en la consideración de la función social de la escuela obligatoria aparece desde el primer momento. La función de la escuela obligatoria de asegurar a todos un denominador común cultural, función manchada ya por el pecado original de la inercia pedagógica que llevara a tan grandes proporciones de fracaso escolar, esta función ha sido vista en positivo y en negativo desde la sociedad. Pensamos en Jules Ferry, luchando para conseguir la realidad y la extensión de la escuela laica en Francia, en los juicios de Carlos Marx sobre la escuela burguesa, en la muerte de Ferrer y Guardia que tuvo el atrevimiento de realizar una alternativa con su Escuela Moderna... En el fondo, una crítica básica a la escuela burguesa, una crítica que mejorando la escuela se podía paliar, pero no desmontar: una escuela igual para todos los niños —en el supuesto que se diera esta igualdad de calidad pedagógica— sobre la realidad cultural desigual de estos mismos niños, puede tener y tiene muchos, desiguales y aun contradictorios resultados:

- la ascensión social de algunos, pocos o muchos,
- el abandono de los valores propios de algunos, muchos o pocos,
- la nivelación de diferencias sociales a costa de...
- el reforzamiento de las diferencias sociales con el fracaso de... y el éxito escolar de...

En nuestros años, Bourdieu y Passeron mostraron la llaga; Baudelot y Estabiet ahondaron en ella con estadísticas apuntando a la doble red escolar en la Francia, paradójicamente, cuna de la escuela obligatoria, igualitaria, laica.

Illich y Reimer hicieron parecido discurso con las perspectivas que permite una sociedad potente culturalmente como la norteamericana.

Propusieron la desescolarización de la sociedad, pero la conversión de la sociedad en escuela; desde América del Sur el mismo discurso llevaba a Freire a la proposición de una escuela liberadora, casi guerrillera.

Durante algunos años los maestros hemos tenido que conjugar la crítica interna con la crítica externa; buscar lo que podíamos avanzar dentro de la escuela y aislarlo de los límites que nos venían impuestos desde fuera; y además distinguir entre la crítica social, aquello que era crítica comprensible a una realidad escolar maleada, de lo que era crítica ideológica al modelo escolar en sí. Todo era respetable, a condición de no confundir los cuatro niveles de pensamiento, discusión y acción. A condición también de no negar ninguno de los cuatro niveles.

La historia personal de muchos maestros, la historia colectiva de sus movimientos en los últimos quince años en España, está plagada de los correspondientes conflictos cada vez que alguno de los niveles se olvida o sobrevalora; pero es una demostración de cómo se avanza, cómo se crean soluciones siempre que el trabajo interno y la crítica externa saben aunarse.

No otra cosa es la definición de la alternativa para una Nueva Escuela Pública que apareció en 1975.

RENOVACION PEDAGOGICA Y ESCUELA PUBLICA

Poner la partícula “y” entre dos términos, en este caso “Renovación Pedagógica” y “Escuela Pública”, y proponer el resultado como título de algo, es un procedimiento demasiado socorrido y poco orientador respecto lo que se va a escribir o leer. A estas alturas, empero, de una reflexión sobre la Renovación Pedagógica, esta sencilla “y” es el único nexo que nos permite afrontar en un título las distintas relaciones entre los términos mencionados, relaciones ya sea en el plano conceptual, ya sea en la variada realidad histórica. Muchos de los extremos que inciden en tal variedad han sido ya tratados y una relación de fondo ha sido clarificada por la Historia.

La Renovación Pedagógica es la respuesta interna de la escuela al planteamiento de su obligatoriedad, y la concepción de Escuela Pública es la única concepción de escuela obligatoria que asegura a todo niño la Renovación Pedagógica.

Cierto que la mayoría de las experiencias pedagógicas más difundidas han nacido en escuelas privadas, y no menos cierto que también se han dado en la escuela oficial, especialmente en la rural. Pero todas las experiencias han considerado como objetivo propio la transformación de toda la escuela; la cerrazón de la renovación negaría su propio origen y esencia que no eran otros que la necesidad de cambiar el planteamiento pedagógico de la escuela obligatoria.

La Escuela Pública no es otra cosa que aquel modelo de escuela que los poderes públicos ofrecen a todos los niños para su formación personal y ciudadana a través de una estructura y unas pautas renovadas.

Por ello, las notas características de la Escuela Pública son su accesibilidad, léase gratuidad y correcta distribución geográfica, su calidad pedagógica, léase Renovación como ya la definimos, léase adecuación a los distintos medios socioculturales, léase compensación de desigualdades sociales potenciada por el respeto y promoción de la variedad cultural.

LA PARTICIPACION

Y escríbase algo más para que pueda ser leído. Este algo más es el gran concepto de la participación profesional y ciudadana en todos los niveles del sistema educativo. No basta solamente con la participación establecida por la cumbre a través de la democracia parlamentaria, no basta que el pueblo vote una propuesta de Escuela que realiza el Ministerio del Gobierno que sale elegido de la votación. La tarea educativa tiene no solamente tal vertiente personal, sino tales componentes microsociales, que, o es querida, prevista o realizada con la participación activa de todos los niveles y sectores sociales, o no es efectiva ella misma.

La Renovación Pedagógica y la Escuela Pública, la Renovación Pedagógica dentro del marco de la Escuela Pública, que es el único que le permite plena y definitiva expansión, exigen un constante flujo y reflujo. Escuela-Sociedad en cada uno de los niveles en que se da una institución o estructura educativa; sólo así la necesaria autonomía de tales instituciones y estructuras tiene el correcto objetivo, el correcto fin... y naturalmente, los medios adecuados.

LA AUTONOMIA

Sin darnos cuenta, y proponiendo el término “participación”, se ha deslizado otro término definidor a la vez de la Renovación Pedagógica y de la Escuela Pública tal como las proponemos: el término **autonomía**.

Por mucha ordenación, por mucha imposición que haya habido en un sistema educativo, por muchos Programas, Inspectores, Titulares y Directores que tenga, el “momento” de la fuerza educativa se ha producido siempre en la relación ininterferible maestro-niños. En esta relación inevitablemente autónoma y en la que han podido darse extremos de refinada crueldad o de abnegada creatividad, es esta relación la que quisiéramos positivizar siempre, reconociéndola y dotándola de medios para ello a todos los niveles, desde el nivel de la programación general a la programación de las Comunidades Autónomas, a las Comunidades locales y sus libres y útiles agrupaciones; desde todos los sectores en general a los componentes de cada

sector en particular.

Para llegar donde tiene que llegar, a cada comunidad escolar, con todos sus miembros integrados en un proyecto común, propio y distinto, vivo y abierto al entorno; comunidad que enmarque todo acto educativo y lo llene de contenido, desde la organización interna, a una programación de departamento, a un comentario niño-maestro o maestro-padre.

La autonomía no puede ser meramente una palabra en el aire; es una creación colectiva, paulatina, con sus órganos vivos funcionando a cada nivel, o no es nada.

LA RENOVACION PEDAGOGICA EN ESPAÑA

La Renovación Pedagógica entendida como el cambio real y global de la escuela, consecuente al paso de la escuela minoritaria a la escuela obligatoria, esta Renovación no ha triunfado aún en España, como ha triunfado en extensión y con más o menos profundidad en muchos países. Desde la gran Ley ordenadora de la escuela obligatoria, la Ley Moyano, hasta el advenimiento de la II República, la extensión de la escuela se hace con una gran penuria presupuestaria y humana. Ello se enmarca en la penuria política general por la que pasa el país; se enmarca, pero no se explica y en modo alguno se puede considerar como "lo natural" el resultado de aquella pésima implantación, es decir, escuela oficial sin prestigio, para los pobres, escuela religiosa, con el prestigio del pago, para los pudientes; una y otra dentro de la concepción tradicional y obsoleta de la escuela.

La II República realizó el único período de verdadero cambio en el plano de la expansión cuantitativa y de la renovación cualitativa: Plan de construcciones escolares, Plan Profesional de formación del Magisterio, nuevo procedimiento de acceso a la escuela pública, potenciación de las Misiones Pedagógicas, etc., que constituyeron el impulso oficial a un verdadero cambio.

Tal cambio era posible entonces gracias a la inversión del capital ideológico y humano acumulado por la Institución Libre de Enseñanza desde 1875 por quienes habían sufrido las cortapisas de una Universidad oscurantista, pasando por la esperanza de la I República y el desencanto de la Restauración, y trabajaron en la formación humana del estudiante, con lo que se encontraron enzarzados en un modelo de cambio total del sistema educativo.

El trabajo de más de cuarenta años hacía triunfar unos postulados y unos hombres en aquella II República que pudo ser considerada como obra de la Institución.

Otro foco de cambio, con estrechas relaciones personales y parecida orientación de renovación pedagógica se daba en Catalunya a partir de

1898 y en la Escuela elemental y primaria, y triunfaba también allí en los años de la II República con la Generalitat; se recogía en este caso el fruto de treinta años de trabajo de muchos maestros abiertos a las corrientes de renovación en Europa, y trabajando en su adaptación a la realidad catalana a través de los encuentros en las Escoles d'Estiu que se realizaron del 1914 al 1923. Estulella, Galí, Martorell, Sensat, amigos de Cossío, Giner, y de los Ríos, son nombres de grandes maestros que en aquellos años pudieron ver realizado el cambio desde el Parvulario a la Universidad.

Todo ello iba a terminar violentamente en 1944; violencia fue el exilio, la depuración, la prisión o la muerte de aquellos maestros, pedagogos, conductores de niños, y políticos, demagogos en el gran sentido de conductores del pueblo, que realmente habían sido los adelantados del único cambio real de la escuela en España.

Las acusaciones de inmoralidad, irreligión, extranjerismo, rojo-separatismo, fueron anatema de cualquier orientación pedagógica con visos de calidad. Debía volverse a la "genuina tradición española", según se dijo, y se volvió, según se hizo, a la congelación de la creación de escuelas y del sueldo del maestro, a la rebaja en tres años de su formación, a los textos anacrónicos, a los métodos memorísticos y la inculcación política y religiosa más descarada que resultó ser lo más inútil. Util, empero, en el peor de los sentidos, fue tal política para retornar al sistema educativo anterior, a su parcelación y a su bajo nivel.

El resultado fue una tan escandalosa degradación del sistema educativo que en los últimos años del franquismo y ante las exigencias de la posible entrada en el Mercado Común, se hizo imprescindible un cierto acercamiento de los niveles de nuestro sistema a los europeos. Este fue el objetivo de la Ley General de Educación de Villar Palasí, del retorno al nivel del 1932 en formación del profesorado, aunque no a su calidad, de la configuración de una línea de Formación Profesional, de un plan de construcciones escolares y de la modificación de programas y recursos pedagógicos, así como la creación de nuevas instituciones, los Institutos de Ciencias de la Educación, por ejemplo.

Todos estos cambios lo fueron ciertamente en lo que se refiere a reforzar la estructura del sistema educativo, en la que, además, se reforzaba también la doble vía de escuela oficial-escuela privada a través de la política de subvenciones. Pero el tren de la Renovación Pedagógica que había transformado ya los sistemas educativos de muchos países, con más o menos profundidad, no era alcanzado por la reforma Villar Palasí, que barnizó la escuela con ciertos recursos tecnológicos en boga alrededor de 1970, medios audiovisuales, fichas, formica blanca, nuevos términos como "evaluación", "áreas", "impartir", etc., y cierta permisividad en programas y pautas; pero se soslayaba la existencia de un conjunto de iniciativas de renovación que en la década de los sesenta aparecieron a lo largo y ancho

de la piel de toro, y que en los años setenta se conocieron entre ellas y trabaron relaciones de colaboración.

LOS MOVIMIENTOS DE RENOVACION PEDAGOGICA EN ESPAÑA

Los Movimientos de Renovación Pedagógica merecen capítulo propio en la historia reciente de la Escuela en España.

Su aparición y crecimiento esporádico en los sesenta corresponde a un segundo paso, entre profesional y ciudadano, dado por unas minorías de la II República e intentaron rehacerla, privada y personalmente, en el momento de volver a la escuela, como maestros, en los años cincuenta. Fue un primer paso del que nacieron unas pocas escuelas más o menos cooperativas de maestros, que no satisficieron, antes aumentaron sus inquietudes profesionales y les llevaron al segundo paso, el paso del encuentro en pequeños grupos de profesionales supliendo las inevitables limitaciones de la institución escolar concreta.

Todos estos grupos tenían el carácter de oposición a la política escolar franquista vigente, y trabajaron inicialmente en la clandestinidad, dadas las limitaciones del derecho de reunión, hasta que alrededor de 1970 la misma evidencia del trabajo pedagógico y cierta laxitud ideológica oficial inherente a tensiones imperantes entre Movimiento, Iglesia en general y Opus en concreto, tuvieron por resultado cierta permisividad y aun el apoyo de actividades de los Movimientos de Renovación Pedagógica en algunos de los ICE creados por la propia reforma Villar Palasí.

Un primer ejemplo lo constituye la pequeña Escola de Mestres "Rosa Sensat" que nació como continuidad del Movimiento de Renovación Pedagógica de Catalunya en el primer tercio del siglo, en 1965, con quince alumnos-maestros y siete profesores, maestros con diez años de experiencia, que al final del primer curso organizaron su primera Escola d'Estiu de la postguerra, julio de 1966, con 150 asistentes escondidos en un convento. La mayoría de aquellos asistentes se convirtieron después en profesores y organizadores de Escuelas de Verano, de grupos de trabajo, seminarios y cursos de invierno, etc. En realidad, lo importante para que exista un movimiento es la constitución de un grupo coherente y abierto de profesionales de la enseñanza en el que funcione la dinámica triangular descrita, y de la cual las Escuelas de Verano son la actividad más aparente, pero no la más importante, reconociendo empero que sirvieron para que la Renovación Pedagógica encontrase eco y relación con grupos del País Vasco, Madrid, Galicia, Mallorca, Andalucía, País Valenciá, Canarias, etcétera.

Es de notar cómo en este eco era denominador común la contestación al abandono franquista de la escuela, al clasismo y la baja calidad pedagógica, a su reforma puramente tecnológica; también la definición y propuesta de una política de Escuela Pública, de calidad pedagógica,

y el reconocimiento de las características de esta nueva Escuela Privada relacionadas con las características de los distintos pueblos de España. La Fiesta de los pueblos de España que se celebró en la Escola d'Estiu de "Rosa Sensat" en 1976, levantó sobre las cabezas de 6.000 maestros y por vez primera juntas, las banderas de las actuales Comunidades Autónomas en un acto de descubrimiento emocionado para muchos y que resultó profético para todos; y lo fue no sólo en lo que a características y competencias autonómicas se refiere, sino en la definición de Escuela Pública y la prefiguración de algunos extremos del texto constitucional que casi milagrosamente teníamos ya aprobado treinta meses después.

La mayoría de los grupos iniciados en las Escuelas de Verano fueron ejemplo de cómo la función crea el órgano, de cómo la necesidad de la Renovación Pedagógica crea el Movimiento, aunque fuera con un triángulo descompensado de práctica-estudio-formación, con su ritmo de diástole en las Escuelas de Verano, y de sístole en los grupos de trabajo durante el curso, a menudo paralelo a un ritmo de ánimo y desánimo.

Un segundo ejemplo lo constituye el conjunto de grupos territoriales del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular, que en relación con el mismo movimiento Freinet, nacido en Francia, fue proliferando en España en la segunda mitad de los sesenta y pudo también enlazar con personalidades de la II República como Herminio Almendros.

El conjunto de los Movimientos fueron establecidos con las dificultades propias de la época, relaciones no solamente con el MCEP sino con los grupos de Pedagogía Institucional o el CRESAS francés, el MC italiano; visitaron también escuelas renovadas en Inglaterra, Suiza, Hungría, Alemania, Israel, Rusa, Estados Unidos de América, etcétera.

Y cabe notar finalmente el reconocimiento de la tarea y las antenativas de los Movimientos de Renovación Pedagógica, por parte de otras y distintas instancias que fueron definiéndose con respecto a la educación: las Escuelas de Padres, los Sindicatos, las Asociaciones de Padres, los Partidos Políticos... En el lento proceso hacia la democracia que hemos vivido, muchas de estas instancias, que no cabe confundir con los Movimientos mencionados, han asumido la Renovación Pedagógica en el marco de la Escuela Pública y han contribuido al inicio de su avance en las instancias de la Administración necesarias para que llegue a triunfar la Renovación. Así, por ejemplo, distintos sindicatos han colaborado a menudo en la organización de Escuelas de Verano, y algunos partidos políticos al llegar al gobierno municipal han creado servicios de apoyo a la Renovación Pedagógica: Instituto Municipal de Educación, Equipos Multiprofesionales, Gabinetes Psicopedagógicos, etcétera.

Pero, mientras la Administración Educativa no hiciera suya la bandera de la Renovación Pedagógica, su extensión en España quedaba limitada a la voluntad, al voluntarismo, de estos grupos profesionales que paga-

ban por trabajar en ella, estos Movimientos de Renovación Pedagógica, que han llegado a movilizar más de 30.000 enseñantes, sin reconocimiento oficial aún.

Ciertamente, los Movimientos han ido encontrando un reconocimiento no sólo en las instancias antes mencionadas, sino en algunas instancias académicas oficiales y personas trabajando en la Administración Educativa, pero siempre a niveles de relación personal.

Ello se ha dado en mayor o menor proporción en todos los supuestos. Ha habido Inspectores de Enseñanza General Básica que han colaborado y formado parte de algún Movimiento de Renovación Pedagógica, alguna Escuela Universitaria de EGB ha llegado a montarse, con éxito y riesgo, sobre concepciones y programas totalmente renovados, muchos Institutos de Ciencias de la Educación, han canalizado administrativamente subvenciones a cursos y grupos de trabajo de estos Movimientos, y quizá alguna Facultad de Ciencias de la Educación ha utilizado incluso humildes papeles ciclostilados en las Escuelas de Verano; pero la Renovación Pedagógica no ha triunfado ni puede triunfar mientras no cambie realmente la función de la Inspección, la formación inicial, permanente y superior del maestro, del profesor de todo nivel, mientras las condiciones de trabajo del profesorado no permitan, no fomenten su iniciativa, ni protejan su dignidad, mientras la programación general de la enseñanza sea centralizada y burocratizada. Mientras la dinámica triangular de la Renovación Pedagógica no se implante en la Administración Educativa y se convierta en la dinámica de todo el Sistema Educativo.

EL CAMBIO HACIA LA RENOVACION PEDAGOGICA

La Renovación Pedagógica es un componente esencial en el cambio general del Sistema Educativo definido por una política de Escuela Pública. Tal cambio consiste en poner realmente una escuela de calidad pedagógica al alcance de todo niño y al del conocimiento y valoración de todo ciudadano; éste es el reto que llamamos ahora cambio en educación.

Desarrollar el texto constitucional a través de una política educativa que consista en ir transformando el actual sistema sobre el diseño de Escuela Pública de calidad pedagógica. Una escuela que se ofrece al niño desde el primer momento en que además de la institución familiar es positiva educativamente la institución escolar, la Escuela Infantil de 0 a 6 años, y continúa como oferta para todos a lo largo de la infancia y de la adolescencia para dejar el joven ya mayor de edad, a sus 18 años, capaz de combinar responsablemente su propia formación y su propio trabajo.

Una escuela donde el educador, el maestro, el profesor, el trabajador de la enseñanza, de la educación, con el más alto nivel de formación, tenga vigentes sus derechos, su voz y su voto de trabajador en la industria más

delicada de un país, la de la producción del ciudadano, persona solidaria, culta y feliz.

Y todo ello, organizado por una Administración Educativa al servicio de la Renovación Pedagógica. La Inspección al servicio de la Renovación Pedagógica, la Universidad con sus Escuelas de Profesorado, sus Institutos de Ciencias de la Educación, sus Facultades o Departamentos de Ciencias de la Educación, al servicio de la Renovación Pedagógica. El Ministerio de Educación y Ciencia y las Consejerías de Enseñanza al servicio de la Renovación Pedagógica.

Y todo ello, dibujando muchos micro y un gran macromapa escolar, vivo y combatiente como la sociedad que lo mantiene. Una sociedad adulta que no ha tenido ni conocido la Renovación Pedagógica, que sólo ha conocido una Escuela partida y de baja calidad y que no ha podido valorar las posibilidades de Renovación de la Escuela Pública, antes al contrario, ha podido ser engañada por el barniz de la renovación de los primeros setenta.

En una propuesta política de Escuela Pública, o se consigue que el ciudadano descubra a través de ella la Renovación Pedagógica, o no se consigue que el pueblo asuma tal política, es decir, se fracasa. Un riesgo que ahora después de siglo y medio de fracasos y de tanto trabajo no reconocido aún, un riesgo que no puede continuar corriendo ni asumir un Gobierno que se reclame del cambio.

LA CONTRIBUCION DE LOS MOVIMIENTOS DE RENOVACION PEDAGOGICA AL CAMBIO

Tampoco pueden correr ni asumir el riesgo del fracaso, los Movimientos de Renovación Pedagógica en el momento en que finalmente son invitados a participar en la realización de tal Renovación en el marco de la Escuela Pública.

La invitación es nueva, insólita, y por tanto, no tiene canales establecidos. Pero habrá que diseñarlos sobre la marcha; el movimiento se demuestra andando y el camino se hace al andar; hay que hacer este nuevo camino de relación Movimientos de Renovación Pedagógica-Administración Educativa. Pero lo importante no es ni el movimiento ni el camino, sino la carga, la carga de Renovación Pedagógica que se vehicula a través de ellos, y quizá aún más, el talante con que se consigue hacerla llegar a toda escuela, a todo niño.

Y en la carga se contiene un claro y nuevo diseño de la vida del grupo-clase, de cómo se desarrollan en su seno no solamente los aprendizajes viejos y nuevos, sino la expresión, la creatividad, el compañerismo; luego hay toneladas y toneladas de estudio del medio, de relación escuela-medio, desde todos los ángulos, y un trabajo repleto de amor sobre la enseñanza

específica de todas y cada una de las lenguas finalmente reconocidas como riqueza de España.

Y en la carga, como consecuencia de las aspiraciones pedagógicas mencionadas, encontramos también diseños y esbozos de política educativa: la concepción de comunidad escolar y la gran variedad de esquemas organizativos; la aspiración a una correcta formación inicial del maestro, condiciones de acceso al trabajo y de colaboración en el trabajo, posibilidades de renovación, etc. Y naturalmente el diseño de algo ya iniciado en la Administración Educativa: su reforma en la línea de la participación y de las competencias autonómicas. Esta es la carga que acarrean los Movimientos de Renovación Pedagógica.

Y ciertamente, el momento actual es el del encuentro entre la petición de la Administración y la oferta de los Movimientos de Renovación Pedagógica. Pero un fracaso en la relación afectaría de distinta manera a cada una de las partes. Alejada la Renovación Pedagógica de la escuela, la Administración continuaría existiendo y funcionando; como sea, gris y polvorienta, sin cambiar, pero continuaría siendo necesaria mientras continuase el actual modelo de Escuela y de Estado. El fracaso de esta relación, perdida por vez primera, afectaría de raíz a los Movimientos de Renovación Pedagógica actualmente existentes, puesto que en gran medida nacieron para llenar el vacío del interés de la Administración. Repetimos: es comprensible la dificultad de establecer una relación positiva, pero es imprescindible establecerla.

Y en eso estamos a estas alturas de 1983 en España. Algunas canas, muchos recuerdos y el fruto del trabajo compartido, y más esperanzas aún nos dibujan un dintel largo tiempo soñado.

Una aproximación hispánica a Debora Barón

Por *Encarnación Varela*

Hacia fines del siglo XIX la vida judía tradicional, precaria y a la vez milagrosamente sostenida durante generaciones bajo el esquema de “sociedad cerrada”, parece llegar a su término.

Como en todos los eventos de la historia judía en que se marca de manera totalmente subjetiva y convencional el fin de una época y el comienzo de otra, son *utopías colectivas* las que arrastran grandes masas de población de un continente a otro (emigración a América de un tercio de la población judía mundial), de un *mesianismo milenario* y ritualizado a un *mesianismo moderno*, laico, estatista y sin Dios (el Sionismo realizador), y a la revolución inmediata realizada por el voluntarismo de unos pocos que aspiran a conseguir la solidaridad y el reconocimiento de muchos y crear el paraíso internacionalista.

Estas tres utopías, en el sentido que les da el sociólogo Karl Manhein de fuerza de avance o “imaginación social”, se harán realidad parcial y eclécticamente —como todos los eventos históricos— en los umbrales del siglo XX, y harán avanzar al pueblo judío hacia la modernidad dándole la configuración y el aspecto que más o menos conserva hasta la fecha en las tres comunidades más grandes del mundo, cuantitativa y cualitativamente consideradas: Estados Unidos, la URSS e Israel.

Pero este avance y paso en el tiempo y el espacio supone un trauma para los más sensibles a la memoria colectiva y una destrucción del individuo judío portador de valores y retroalimentado por toda la comunidad y el orden atávico de vida. Implica la destrucción del tejido milenario de tradiciones, a veces crueles y absurdas, pero casi siempre compensatorias por las ventajas y el clima íntimo de la “sociedad cerrada”. Este tejido social no será fácilmente reemplazado, y con rebeldía vuelve a aparecer en múltiples formas y conductas en la moderna Israel.

Entre los más sensibles portavoces de la memoria colectiva de esa época de transición se encuentra la escritora Débora Barón (1887-1956). Nacida

en Ozdah, uno de tantos pueblecitos perdidos en las nieves de la Rusia Blanca, le toca vivir el drama de la transición de épocas y compartir el dudoso pan de todas las utopías nombradas anteriormente, cuando su mundo subjetivo y su arsenal de imágenes y asociaciones está enteramente copado por la figura de su padre, rabino del pueblo que mantenía en su casa el *Bet Qahal* (Casa del Pueblo y Tribunal Rabínico).

Era un mundo armónico que respondía a un orden previamente establecido y avalado por la Historia y el consenso social, lo que no lo eximía de ser a veces cruel, jerárquico y machista.

Esos colores, tanto axiológicos como descriptivos, compondrán la rica paleta de Débora Barón.

Al amor por el pasado idílico, jerárquico y superprotector, al amor por la imagen del padre rabino, que aparece como numen de su comunidad perdida y como persistente *alter ego* de su obra y tal vez de su personalidad se une el rechazo de formas de vida que ya le parecen caducas y contra las que toda su generación se rebela.

Una de las formas de rebelión es la '*Aliyah* (ascenso, inmigración a *Eres Israel*) por la que opta una pequeña parte de la élite intelectual judía, y entre ellos, la escritora, que parte hacia Yaffo en 1911.

Eran los días de la ya mitológica *Segunda 'Aliyah*, la de los pioneros, soñadores y luchadores solitarios como Brener, A. D. Gordon Agnon, Berl Katzenelson, Raquel, Ben Gurión y un largo etcétera.

Eran también los días finales del corrompido Imperio Turco, de las conspiraciones probritánicas, del independentismo absoluto, del primer regionalismo mediterráneo y palestino. (M. Smilansky, Aronson, etc.), y del internacionalismo que en Yaffo, Jerusalén y Raml hablaba en *Yiddis*, tremolaba banderas rojas y pretendía redimir a árabes y judíos a un mismo tiempo por medio de fórmulas "científicas".

Ya en Israel se instala en la incipiente y futurista ciudad de Tel Aviv, recostada entre el mar Mediterráneo, la vieja "*kasbah*" árabe de Yaffo y los naranjales de *Petaj Tikva* (Portal de la Esperanza), primera colonia agrícola moderna construida por pioneros e hijos rebeldes del asentamiento ultraortodoxo de Jerusalén.

De Yaffo vienen las llamadas del *muezn* a la oración de la Media Luna; también llegan aquí barcos cargados de nuevos colonos idealistas, y parten a Rusia y a América barcos cargados de derrotados, febriles y hambreados por la realidad del país-utopía. De Yaffo vienen caravanas de camellos y asnos cargando cemento, piedras y arena, y durante todo el día no cesan los martillos y el fragor de las máquinas que construyen la ciudad de Tel Aviv, blanca novia mediterránea y futurista prometida al hombre nuevo que tienen que engendrar los hebreos —cada 2.000 años engendran uno—. Ese hombre nuevo ya no exige virginidad a su novia; sí le exige vigor, experiencia, iconoclastia y corta memoria.

Es cuando Shlonsky canta al "Nuevo Pacto" del "Nuevo Génesis", y Alterman en términos casi eróticos dice: "Te queremos, patria mía / echada y surcada de arados. / Te vestiremos con vestido de hormigón y de cemento...".

Por entonces se casa nuestra escritora con Yosef Aharonowitch, activista de la *Segunda Aliyah* y del Sionismo Obrero, y editor del periódico y de la editorial *Hapo'el Hasair* ("El Joven Obrero", Partido Socialdemócrata de *Eretz Israel* fundado por Berl Katzenelson). Eso le permite colaborar durante diez largos años con el periódico, publicar sus primeros cuentos y estar activamente ligada a la vida del Sionismo Constructivista.

Pero es asombroso que en este clima proyectado hacia el futuro donde "recordar con ira" es la norma, Débora Barón se niegue a olvidar, y así se erige en la fina estilista del pasado judío y del hogar irrecuperable. Por esa época escribe también Y. D. Berkowich, de intachable prosa hebrea, yerno y fiel traductor de Shalom Aleijem. También él intuye que la nueva creación de un Estado judío no es más que apiñar junto al mar a un gran campamento de refugiados.

Pero Débora Barón se queda a mitad de camino entre Méndele y Bashevis Singer. Al decir que se queda a mitad de camino no pretendemos mediatizarla ni disminuir su mérito, sino colocarla en uno de los vértices del triángulo de la vida judía y sus grandes críticos, en realidad de sus detractores-amantes y verdugos.

Méndele es puro conocimiento, sarcasmo y crítica, último coletazo de la *Haskalá* (Iluminismo) regeneracionista. Bashevis Singer, contemporáneo, radicado en Nueva York, escribe en *Yiddish* y se traduce al inglés, folkloriza su mercancía, la erotiza, la exorciza, la demoniza, es consciente de que "escribe en una lengua muerta sobre un pueblo de fantasmas" —según sus propias palabras al recibir el Premio Nobel.

En Débora Barón encontramos la dimensión de la ternura y algo más, hay una necesidad de cantar y prologar lo que ya va siendo epílogo.

Encontramos varias líneas rectoras en la obra de esta poetisa en prosa del pasado inmediato judío que perecerá luego en las llamas:

1.—*La identificación con la Tradición como Ethos colectivo*, con aquellos ancestrales valores de la Ley judía que fueron operativos y dieron luz y calor de fe a tantas generaciones. Pero aún rescata el precio del valor del individuo, generalmente mujer, que rinde y sojuzga sus propias apetencias y deseos ante esa Ley, que en realidad es consenso de la comunidad. Aquí hay tema para los freudianos, gustosos de buscar el papel de la cultura, el inconsciente y la neurosis, y tal vez (¡nuevamente Freud!) la riqueza espiritual y la entereza de su padre, el rabino Shabtay Eliezer Barón, frente a los balbuceantes y frágiles personajes del nuevo *ethos* palestino que surge en Tel Aviv, como de la nada.

2.—*El Hombre contra su Destino*, el viejo tema existencial del sufrimiento gratuito, del hombre a quien parecen caerle todos los anatemas del cielo y de la gente sin que se sepa claramente el porqué.

En esa línea se enmarca el cuento que hemos elegido y traducido, pero a diferencia del Job bíblico —que ya se sabe que no es judío, pero que inaugura la vieja costumbre judía de inquirir a lo Insondable— este *hacedor de ladrillos* que mientras vive “enmudece como Arón” y que muere sin un quejido, encuentra un consuelo póstumo (¡flaco consuelo!) y deja un mensaje que al menos no es tan forzado como el del Job de la Escritura: “No sabía que el destino del ladrillero es el destino de la mayoría de seres que habitan la tierra: esfuerzos, fatigas y envilecimiento en el barro, y todo esto en una existencia de sufrimientos que los va envolviendo poco a poco como las ramas del árbol prodigioso que llaman *Arbol de la Muerte*. Y sin embargo esto es bueno para el que dejó al menos algo que pudiera emanar un poco de luz y calor para los que vienen detrás.”

Las gentes del lugar tomaron sus ladrillos para hacer hornos y chimeneas; sin saberlo las pobres gentes, egoístas y atareadas como todos los mortales, fueron más que los amigos teólogos de Job, se quedaron en ese sitio, habitaron sus casas, dieron sentido a su muerte. ¿Y quién de nosotros no está inmerso en el barro hasta la cintura? —pregunta Débora Barón, preguntamos nosotros, recogiendo sus ladrillos.

3.—*El conflicto entre el hombre judío y la Legislación judía*, que culminará con la dispersión hacia los cuatro vientos de la Historia, con el total abandono del hogar paterno, con el imposible retorno y la memoria necesaria.

4.—*La embozada lucha de clases en el seno de la comunidad judía*. El tema es viejo, y ya desde los días de los Profetas se le viene tratando; pero por primera vez y por manos de esta frágil y sensible mujer cargada de asociaciones sacrales y litúrgicas, adivinamos “el clamor del pueblo que subió desde la servidumbre de Egipto”, sólo que ahora no aparece un Moisés; hay una protesta muda como en otra de sus obras, *Ba'al Ha-toḳaḥot* (El Sermoneador), o un activismo inútil y casi suicida, pero mesiánico aun desde su bolchevismo, como en *Garinim* (Semillas). El credo socialdemócrata de la autora y de su esposo les hace creer que *Eres Israel* renovada será la panacea para todos los conflictos sociales. Pero ese mismo credo les hace ignorar el camino para conseguirlo —de ser posible conseguirlo.

5.—*La identificación con la mujer*. En Débora Barón esa identificación surge de la natural identificación con el débil, pero podemos llamarla con justicia *escritora feminista*, pues de la mera defensa del infeliz pasa a una fina captación del alma femenina, sus conflictos con la Ley, escrita por y para hombres, el desamor que espera amor sin desesperar, la vida en gracia y casi siempre la gracia de la muerte, y en última instancia una

agria crítica a la falocracia semítica, al poder omnipotente del hombre, del Dios que es masculino porque no puede ser humano, y que por eso inspira la *Halakah* (Ley Rabínica).

Débora Barón es una crítica sutil de la cultura judía tal como se presentaba hacia fines del siglo XIX.

Hoy semitas van quedando pocos, pues el Medio Oriente es un *Babel* que confunde lenguas y razas, pero sospechamos que, sin *Kratos*, el *falo* sigue flotando en ambas riberas del Mediterráneo, tan nuestro y tan borracho de sol y represiones.

Por todo esto Débora Barón es una escritora feminista, profundamente femenina, profundamente judía, trabajosamente israelí.

Muere en 1956, construido el Estado Judío y ahíto de guerras y asedios. Es trabajosamente israelí como el ladrillero es trabajosamente un ser a quien el dolor mantiene humano.

No hemos escogido su mejor cuento por motivos técnicos y de espacio, sólo nos hemos limitado a calentarnos a la luz y al calor de sus ladrillos.

EL HACEDOR DE LADRILLOS

Débora Barón

Ladrillos de arcilla para los hornos solía hacer en el pueblo de Ana el ladrillero Libke, diminutivo con el que la pequeña le llamaba, parece que por su miserable aspecto, ya que se trataba de un hombre adulto y tampoco era pequeño de estatura.

A través de la ventana de la cocina del *Bet Qahal* (1) podía verle Ana cuando caminaba descalzo y medio desnudo junto al pozo y cuando trabajaba en la arcilla ajena, porque Libke era solamente un asalariado, la alfarería era de Yehiel-Ber, dueño de los hornos.

Al igual que sus antepasados en Egipto Libke amasaba y pisoteaba en la arcilla, y levantaba con gran esfuerzo el molde, mientras también él suspiraba en su interior: “¡Lo mismo que ellos en aquel tiempo!”, pues padecía reumatismo y los bruscos movimientos le causaban dolor.

A mediodía aparecía allí a veces su patrón Yehiel-Ber, hombre despótico bajo cuyo rico traje Ana se imaginaba ver una especie de látigo. Con pasos acelerados atravesaba la alfarería —en su casa, por detrás de cuya cerca se oía ya el alegre tintineo de las campanillas de plata que anunciaban la

(1) Bet Qahal: Casa del pueblo, lugar de reunión de la Comunidad.

preparación de la mesa para el almuerzo—, miraba por debajo del cobertizo hacia el centro, al pozo, y caminaba hacia él mientras lanzaba contra su asalariado palabras de reconversión —seguramente porque no había hecho una suficiente cantidad de ladrillos—. Y aquél, con su probreza de espíritu, sólo acertaba a encogerse, vacilaba por momentos en medio de la arcilla blanda, y al inclinarse para levantar el molde lo veía Ana como si estuviera pegado a la tierra.

—Se inclina bajo el peso de sus angustias—, se compadecía de él la mujer del rabino, la madre de Ana, al verle así. Pues la verdad es que en un corto espacio de tiempo se le habían muerto su mujer y sus dos hijos. Los muchachos, Abramillo y Jonás, eran los dos de carácter agradable, y maravillaban a su maestro Levi Yishaq por la agudeza de su inteligencia. Y en un solo día le fueron arrebatados.

Era un frío día de invierno, y cuando Libke salió con sus compañeros a la blancura de la nieve se sintió como encandilado. No elevó ninguna lamentación ni dejó escuchar un gemido... como si no oyera nada. Escuchaba cuando le recordaban a la niña Mirel, su hija única, a la que en el tiempo de la enfermedad de la madre se llevaron los parientes a su casa, al pueblo de Kaminkah.

—Es una prueba semejante al “Enmudeció Arón” (2), le explicó el maestro Levi Yishaq, que estaba entre los que consolaban al afligido.

A través de las rejas de la valla había visto Ana la mirada del hombre al interior del pozo abierto cuando éste llegó por primera vez, en la primavera, a su lugar de trabajo. El jardín de Levi Yishaq que estaba enfrente ya tenía preparada en esta época su cerca, y con ojos asombrados miraba él los surcos, que mostraban, como siempre en esta estación, su cobertura verde. Y he aquí que los alumnos salían del otro lado, del *heder* (3); entonces él alargaba su cuello, se detenía y los contemplaba un momento con una mirada en la que se adivinaba algo de esperanza.

En su cuarto, en la barraca, estaba la cama de los muchachos sin extender, sobre la mesa aparecían tirados los libros escolares, en los que por la noche, en sus pesadillas, oía el hombre a veces como un susurro que viniera del pasar las páginas —en el *Bet Qahal*, a la hora del *hatabat halom* (4), él contaba esto—. Se despertaba y se daba la vuelta vigilante sobre el jergón, en el cual le parecía flotar en medio de un negro vacío.

Cuando despuntaba por fin la mañana se levantaba y salía a pisotear en la arcilla con sus pies doloridos, porque lo cierto es que tenía que pagar su deuda en la tienda de comestibles, y comprar sal, cebolla y un trozo de queso para añadir al pan.

(2) Alusión bíblica a la prueba que sufrió Aarón al serle arrebatados sus hijos (Lv 10, 3).

(3) Escuela básica de enseñanza rabínica.

(4) Oración contra los malos sueños.

Ana, en momentos de desaliento de su vida, se sentía unida a este hombre. No estaba sola.

Ahí estaba; realmente era un hombre colmado de amargura, y con todo, se levantaba cada mañana y clamaba con temor y devoción:

“Te doy gracias a Ti, Rey vivo y existente,
porque me has restaurado y has derramado misericordia sobre mí...”

A mediados del verano trajeron del pueblo de Kaminkah a la pequeña Mirel, de 11 años. Su pariente la llevó a la alfarería con su hatillo y se apresuró a volver a la plaza del mercado, donde había quedado su carro sin vigilancia.

El padre se quedó sorprendido cuando apareció la niña, y se apoderó de él una especie de locura. Parecía que solamente ahora, ante la aparición de ella, comprendía todo lo que le había ocurrido. Y soltando el molde alzó sus manos, volvió a bajarlas y ocultó en ellas su rostro. Entonces lloró.

Las mujeres que se habían reunido y que llegaban allí le decían que pecaba contra Dios:

—¿Es que no ves lo que tienes aquí? —Exclamaban—. Pues la niña era verdaderamente admirable, deliciosa. Su cabello era dorado, y su mirada triste y ardiente; tal vez se le conmovía el corazón por su padre.

Algunas vecinas deseaban ayudar al hombre en el recibimiento de la recién llegada, pero ella, después de despojarse de sus hermosos vestidos, se paseó dos o tres veces con los pies descalzos por el enlosado de arcilla. Había vuelto a casa.

De lo que había sido un vestido viejo de su madre se hizo un delantal, se ató un pañuelo a la cabeza, y no había pasado mucho tiempo cuando la barraca abandonada tomó de nuevo el aspecto de un hogar. Las almohadas de los jergones fueron recogidas y ordenadas en la cabecera de la cama, los estantes vacíos se llenaron de ollas y platos limpios, y al final del día el recinto brillaba con el fuego de la chimenea, donde la muchacha cocinaba la cena —la sopa de granos de cereal o de espigas de avena, preparada al estilo de su madre.

En la casa de sus parientes, en Kaminkah, un profesor particular le había enseñado a leer y escribir, y ahora, al anochecer, se sentaba a la mesa a la luz de la lámpara y llenaba los cuadernos vacíos de sus hermanos de líneas de una escritura perfecta, o bien, buscando algo para ejercitarse en la lectura, hojeaba los libros escolares.

El padre, sobre el jergón de enfrente contenía su respiración para escuchar este susurro del pasar las hojas, y cuando se dormía sentía que se había llenado el vacío de su alrededor, y que la habitación se inundaba totalmente de luz.

Pero todo esto pasó pronto y desapareció como un sueño. Una vez, en un día tórrido por la tarde, marchó la chica con sus amigas al río a bañarse y ya no volvió. Temiendo que pasaran por allí los labradores se retiró a un

lugar en el que sólo había aguas estancadas. Los que estaban en el puente la vieron hundirse en las profundidades del abismo, pero cuando llegaron hasta allí no encontraron más que algunas burbujas en la superficie del agua y unas cuantas cañas de junco que había recogido antes en un campo de la pradera.

El padre, lavado ya después del trabajo, estaba a punto de salir hacia la sinagoga para la oración cuando vio a Petak, el muchacho de los pastores, empujado hasta su patio por los que vivían en la llanura, y reconoció en sus manos la tela del vestido de su hija.

Después fueron apareciendo los demás desde la callejuela de la Comunidad, desde la plaza del mercado, desde la calle larga... La gente acude al olor de la desgracia ajena —cuando están ellos a salvo— como al olor del humo del incendio. Se apresuran a llegar al lugar del suceso; se conmueven sin duda por lo que ven, pero al mismo tiempo, como ante un edificio en llamas, también se calientan un poco con su luz.

Todavía no había terminado el hombre su año de luto cuando en el *Qadiš* (5) la incluía también a ella, a su niña.

A pesar de todo iba y venía de acá para allá en la alfarería, aunque ahora sin seguridad en sus pasos, como si se encontrara sobre la superficie de un río. Hasta que un día, al ponerse en pie apoyándose en el carro cargado de ladrillos que se tambaleaba, tropezó y se cayó para no levantarse más.

Por la noche, al oscurecer el día de la *Gran Feria*, murió, y los hombres se apresuraron a sacarlo de madrugada, pues les preocupaba que al pasar por el mercado se les juntara con los carros, y además tenían prisa por volver el uno a su taller y el otro a su tienda.

Recordaba Ana el aspecto de la barraca cuando iba a verla después de esto, su brillo anterior descubierto por la ventana, frente a la alfarería, silenciosa; ahora reinaba allí el vacío, un vacío negro como aquél sobre el que se hablaba en el *Bet Qahal* a la hora del *hatabat halom*. Todo esto ocurría frente a la plazoleta del mercado con sus tumultos y el bullicio de las voces de los feriantes... eso que escuchaba es lo que llaman “vida”...

Aún no había pasado un mes cuando la barraca fue alquilada a otros inquilinos, y también la alfarería había sido evacuada, porque su dueño trasladó el cobertizo con los útiles de trabajo a otro lugar.

Los vecinos de la calle trajeron cada uno su montón de basura y taparon el pozo, y después esparcieron por encima un poco de arena. Y Ana, con un sentimiento cuyo nombre no conocía, examinaba los cambios en

(5) Oración judía por los difuntos.

medio de este hueco vacío en el que le parecía escuchar aún el eco de los suspiros del hombre, y del que no quedaba ya ningún recuerdo, excepto unos pocos ladrillos que los habitantes del lugar tomaron para arreglar los fogones y las chimeneas.

Todavía se apenaba ella cada año junto a su madre. No sabía que el destino del ladrillero es el destino de la mayoría de los seres humanos que habitan la tierra: esfuerzos, fatigas y envilecimiento en el barro, y todo esto en una existencia de sufrimiento que los va envolviendo poco a poco como las ramas del árbol prodigioso que llaman *Arbol de la Muerte*. Y, sin embargo, esto es bueno para el que dejó al menos algo que pudiera emanar un poco de luz y calor para los que vienen detrás.

BIBLIOGRAFIA

- BARON, Débora, *Yalqut Sipurim*, Tel Aviv, 1971.
GOLDBERG, Lea, *Parsiot liDorah Ba'ron*, "'Orlogin" II, 16-32.
KASENELSON-SAZAR, R., *al'adamat ha-'hrit*, Jerusalem, 1966.
FIKMAN, Y., *Bene dor*, Tel Aviv, 1952, 254-287.
ZMORA, I., *Sifrut 'al parsat dorot III*, Tel Aviv, 1950, 113- 30.

Historia geológica de la Luna

Por *Simón Benguigui Levy y Miguel García Carrascosa*

PROCEDENCIA DE DATOS

Los astronautas del Apolo 14 toman muestras de rocas lunares en seis puntos de la cara cercana de la Luna. Poco después los ingenios rusos no tripulados Luna 16 y Luna 20 toman muestras en otros dos puntos.

En 1968 el vehículo estadounidense Surveyor 7 (no tripulado) analiza remotamente el suelo lunar, en puntos sencillos de las altas montañas meridionales.

* * *

Los comandos y módulos de servicio de los Apolos 15 y 16, llevaban instrumentos para hacer análisis químicos de rocas. El comando es el vehículo en el cual el tercer astronauta viaja en órbita alrededor de la Luna, mientras los otros dos astronautas exploraban la superficie lunar. El vehículo conserva una batería de sensible elementos entrenados en la superficie lunar. Entre ellos un detector de Rx secundarios, que capta los rayos emitidos por los elementos en el suelo lunar como resultado de la estimulación producida por los Rx primarios desde el Sol. Este detector diferencia entre Rx emitidos por el Mg, Al, y Si en el suelo lunar.

Otros instrumentos utilizados fueron: Detectores de Rayos Gamma, Fluorómetros del Rx y Magnetómetros orbitales.

Los astronautas también realizaron medidas de flujo de calor, medidas de la radioactividad en las zonas de alunizaje, medidas de la velocidad de las ondas sísmicas en la región del Océano Procellarum, y posteriormente se han seguido haciendo medidas gracias a las estaciones geofísicas dejadas por los astronautas en la Luna.

DATOS OBTENIDOS CON ONDAS SISMICA

La distribución de la velocidad de las ondas sísmicas en la Luna se ha obtenido a partir del estudio de los tiempos de recorrido y de la amplitud de las ondas sísmicas producidas por impactos artificiales en la superficie del satélite.

Estos datos reflejan la disposición química en capas y la composición aproximada de los 100 kms más externos de la Luna.

El rápido incremento de velocidad con la profundidad en los primeros 10 kms, puede atribuirse a un efecto de autocompensación.

La velocidad refleja la existencia de tres capas petrológicamente distintas:

- Capa de unos 25 kms de espesor con velocidad de compresión de 5,6 kms/sg (a baja porosidad). Esta capa se denomina Corteza Superior.
- Capa de 40 kms de espesor, con una velocidad de 7 kms/sg, es la Corteza Inferior.
- Manto con velocidad aparente de 8 kms/sg, también una capa de 20 kms con alta velocidad = 9 kms/sg. Esta capa puede también presentarse entre la Corteza Inferior y el Manto.

Comparando los perfiles de velocidad con medidas de laboratorio para velocidad de compresión en rocas lunares y terrestres, dan la principal roca que compone cada una de las distintas capas.

Las velocidades en la corteza superior varían entre los basaltos de los mares y las Krep-noritas.

La corteza inferior, tiene una velocidad similar a la de los gabros terrestres y la de las anortositas.

La capa de alta velocidad inmediatamente inferior, es una amplia característica de la Luna. Por la velocidad se cree que puede estar formada por una variedad de la corteza inferior rica en Al y bajo una alta presión.

La velocidad del manto permite un amplio margen que va desde Dunitas y piroxenitas a eclogitas.

QUIMISMO Y MINERALOGIA DE LA LUNA

Los datos más directos de la composición de la Luna vienen de la química, mineralogía y supuesta petrogénesis de las muestras traídas de la superficie lunar.

También tienen gran importancia los experimentos de espectometría de Rayos X y Rayos Gamma, realizados en vuelos orbitales alrededor de la Luna.

Por el análisis de las muestras lunares, se deduce que la superficie de la

Luna presenta los siguientes tipos de rocas:

- Mares basálticos ricos en Fe.
- Krep-noritas: basaltos ricos en elementos radioactivos y elementos traza refractarios.
- Grupo Anortosítico.

Las muestras de basalto de los mares fueron recogidas de cuatro lugares cercanos de un mar. Estos ejemplares fueron sometidos a estudios experimentales de alta presión y temperatura. Los resultados obtenidos indican que los mares de basalto se formaron, probablemente, por fusión parcial en varios episodios y a profundidades que oscilan entre los 100 y 500 kms, en el Manto lunar compuesto por Piroxeno y posiblemente Olivino.

Para las Krep-noritas, se han propuesto varios modelos de formación, incluyendo un pequeño grado de fusión parcial de una roca madre superficial y rica en plagioclasa. También una más extensa fusión de una corteza de plagioclasa, piroxeno y olivino, seguida de un fraccionamiento en cristal.

También se ha propuesto una posible fusión de los primeros kms de la corteza, rica en plagioclasa, por los impactos de meteoritos sobre la corteza lunar. Esta teoría parece la más probable (Green et al 1972).

El Grupo Anortosítico es un constituyente importante de las rocas de los páramos lunares.

Esto fue confirmado por los Apolos 15 y 16, por medio de fluorescencia de Rayos X. Así se vio que en estos páramos existían grandes concentraciones de aluminio en los feldespatos.

El origen parece ser una completa o casi completa fusión de las regiones más externas de la Luna.

POSIBLE CRONOLOGIA LUNAR

La datación de las muestras lunares por métodos radioactivos como: Rb/Sr y Ar/K (Papanastassiou et alii., 1970; Turner et alii., 1971; Husain et alii., 1972) han proporcionado un buen esquema de la actividad ígnea de la Luna.

Un esquema aproximado aparece en la figura II. El fraccionamiento de Rb/Sr requiere un episodio amplio de fusión y diferenciación muy cercano a la formación del satélite.

Gran parte de la corteza lunar puede datarse de este tiempo. Sin embargo, el intenso bombardeo de la superficie produce una refusión y brechificación de los materiales, pudiendo alterar la mayoría o todas las rocas de las primitiva corteza.

El registro de la actividad entre 4,5 y 3,7 miles de millones de años es

confuso y supuesto, pero se ha establecido alguna forma de actividad ígnea a 4,1 y 3,9 miles de millones de años (muestras de Apolo 14).

Los grandes mares lunares deben haberse formado en algún estadio de este intervalo (3,9-4,1 m.m.a.). La edad relativa de la excavación de los mares está, relativamente, bien definida, pero las edades absolutas son controvertidas. La datación del basalto de los mares da un estrecho margen de tiempo que va de 3,2 a 3,7 m.m.a. (Wasserburg y Papanatassiou, 1971). Las anomalías de gravedad atribuidas a mascons probablemente se originó en este tiempo. No se han encontrado rocas ígneas anteriores a los 3,2 m.m.a.; esto es importante, en cuanto a la historia térmica de la Luna, ya que si se ha dado fusión después, serían muy locales o confinadas a profundidades de varios cientos de kms.

HISTORIA GEOLOGICA DE LA LUNA: DIVERSAS TEORIAS

Tras los viajes Apolo, actualmente podemos diferenciar seis estados por los cuales ha pasado la Luna.

Estos estados o sucesivas etapas son:

- Origen de la Luna.
- Separación de la corteza lunar.
- Etapa temprana de vulcanismo.
- Período de bombardeo masivo por planetesimales.
- Segunda etapa de vulcanismo.
- Declinación de la actividad hasta el aparente estado quiescente actual.

El origen de la Luna es el estado sobre el que menos se conoce, las muestras lunares recogidas por los astronautas, han dado pocas indicaciones. Estas muestras han sido movidas tras su formación, no obstante, son parte del material originario que formó la Luna.

Conocemos ciertas cosas acerca del origen de la Luna.

Primero: La Luna y la Tierra se formaron en la misma región del Sistema Solar. Esta suposición está basada en la composición isotópica del oxígeno en las muestras lunares, la cual es distinguible de la del oxígeno terrestre.

El estudio de meteoritos muestra que las proporciones de los isótopos del oxígeno (16, 17 y 18) varían en las muestras de las distintas regiones del Sistema Solar. Esta observación nos limita muchas hipótesis acerca del origen de la Luna.

La Luna puede haber sido formada por fisión de la Tierra, o por acreción de pequeños objetos, que han sido trasladados en órbita alrededor de la Tierra.

El dato del oxígeno, sin embargo, da la posibilidad de que la Luna fue capturada (al decir capturada, nos referimos a que fue puesta en una po-

sición igual o parecida a la actual-NT.) por la Tierra después de haber sido formada lejos, posiblemente cerca de Mercurio o de Júpiter, o incluso fuera del Sistema Solar.

Segundo: Cuando las rocas lunares se comparan con las terrestres (los basaltos), o con los meteoritos, se ve que se encuentran disminuidas sistemáticamente en los componentes químicos volátiles. La disminución puede ser evidente si comparamos la abundancia de estos componentes en basaltos lunares y terrestres. Las diferencias de composición entre los basaltos sería un reflejo de la diferente composición de los materiales planetarios primitivos, de los cuales se han derivado los basaltos.

Los planetas terrestres (Mercurio, Venus, Tierra, Marte) corrientemente se entiende que se han formado por un proceso envolvente, primero por la condensación de pequeños granos minerales en una nebulosa gaseosa, que rodearía a un sol joven y segundo por acreción mecánica de granos minerales en los planetas.

Cuando la nebulosa inicial caliente se enfría, los minerales más refractarios se condensan primero. Incrementando los componentes volátiles habrían precipitado consecuentemente. Si la condensación y acreción se producen simultáneamente, ciertas circunstancias podrían haber "conspirado" a variar las proporciones variables de minerales de alta-baja temperatura condensando los diferentes planetas.

El descubrimiento de que la Tierra y la Luna contienen proporciones bastantes diferentes de elementos de alta y baja temperatura, hace pensar que la fraccionación ocurrió cuando los planetas estaban formados.

Las teorías acerca de la formación de la Luna como satélite de la Tierra, conocidas antes del Proyecto Apolo, pueden todavía ser consideradas.

En opinión de muchos científicos lunares, el modelo de acreción en la órbita alrededor de la Tierra, con ciertas variantes, es el considerado como el más correcto. El modelo de captura intacta presenta dificultades, en lo concerniente a la dinámica. La idea de la Luna fisionada de una temprana Tierra, también presenta dificultades. En el comienzo puede ser asumida una gran cantidad de momento angular (spin) después de la ruptura del sistema Tierra-Luna, con una cantidad de momento angular doble, podría ser siniestra, una cantidad tan grande como la que tiene ahora el sistema.

Parece preferible adoptar la hipótesis de la Luna acrecida, tal y como estaba en órbita alrededor de la Tierra, pero, ¿desde dónde han venido las partículas acrecidas? Estas partículas, probablemente, se condensaron en el sistema solar, y fueron capturadas subsecuentemente en una órbita alrededor de la Tierra. Resulta fácil capturar un gran número de pequeños objetos. Esta captura preformó la Luna.

Varios mecanismos naturales habrían atraído a las partículas, y éstas serían capturadas por la Tierra. Los gases nebulares habrían resistido y re-

trasado la captura de las diminutas partículas, o bien su moción, pero ¿un objeto tan grande como la Luna?

Otra hipótesis acerca del origen de la Luna, es la que habla de colisiones entre partículas. Aproximándose a la Tierra desde todas las direcciones algunas partículas habrían pasado alrededor en una dirección como la de las agujas del reloj y otras en sentido contrario. Las colisiones entre miembros de esas dos poblaciones habrían retrasado su velocidad de avance. Las colisiones habrían continuado, las partículas seguirían perdiendo velocidad y cayendo a la Tierra, o bien seguirían siendo lanzadas a órbitas próximas y tomando el mismo sentido de rotación. La Luna capturaría las partículas acrecidas.

Respecto a la evolución interna de la Luna, hay que hacer un stock de los distintos tipos de rocas encontrados en la Luna.

Aunque los astronautas de la misión Apolo tomaron gran número de rocas, todos los especímenes pueden ser incluidos dentro de uno de los tres siguientes grupos:

1.—Mares basálticos.

2.—Kreep Noritas (denominadas así por su bajo contenido en Potasio (K), elementos de las tierras raras (REE) y Fósforo (P).

3.—Grupo anortosítico.

Los mares basálticos constituyen la sustancia oscura de las mareas lunares o “mares”, los otros dos grupos forman las tierras altas o luminosas. Ninguno de los tres grupos pueden ser considerado por cualquier extensión de la imaginación, como muestras de material planetario primordial. Su abundancia de elementos produce un reagrupamiento de la abundancia de elementos metálicos, en la atmósfera del sol o en meteoritos condíticos, los cuales se consideran muestras del material planetario primordial.

Estos tres tipos de rocas han sido también encontrados en la Tierra. Está claro que los procesos ígneos en la Luna establecieron la composición de las tres categorías de rocas lunares.

El mar de basalto y la kreep norita, tienen características de composición de baja fusión y por consiguiente podemos decir que fueron producidos por fusión parcial en el interior de la Luna. Estos representan lo último de evolución de la Luna y serán discutidos más adelante.

Las rocas anortosíticas, sin embargo, tienen composiciones salidas, lejanamente, de los líquidos de baja fusión. Estas son producidas por el segundo tipo de procesos ígneos, o sea, la fraccionación del cristal.

Cuando un fundido ígneo comienza a cristalizar, los cristales formados, no tienen el mismo peso específico que el líquido residual. Si la cristalización no es rápida, los cristales densos tienden a hundirse, mientras que los más ligeros flotan.

Las rocas anortosíticas se caracterizan por la superabundancia de plagioclasas (Ca AL₂ Si 208). Es fácil describir la formación de este tipo de

roca por fraccionamiento de cristales en "charcos" de lava en la Luna. La dificultad está en que en la Luna hay gran cantidad de este tipo de roca, las cuales ocupan vastas extensiones.

Aparentemente, la Luna en su corteza y hasta una profundidad de 50-100 Kms es anortosítica. La fraccionación local en charcas de lava es un mecanismo inadecuado para explicar la formación de las rocas anortosíticas. Entonces, ¿cómo podemos decir que la Luna tiene gran abundancia en este material?

Después de todo, los astronautas de Apolo sólo tocaron y tomaron muestras en seis puntos de la parte más cercana de la Luna. También digamos que el ingenio ruso no tripulado, Luna 16, y el Luna 20 tomaron muestras sólo en dos puntos. En 1968 el vehículo americano Surveyor 7, no tripulado, analizó remotamente el suelo en un punto sencillo de las altas montañas meridionales.

Se pueden hacer consideraciones sobre la corteza hasta una cierta profundidad, pues aunque los astronautas no profundizaran, los primeros impactos lunares si lo hicieron. Las grandes cavidades formadas por los impactos, revelaron decenas de kilómetros de profundidad y dispersaron los trozos excavados, por la superficie. La mayor parte del material recogido por los astronautas es de este origen, y el material predominante es anortosítico.

Los astronautas de la misión Apolo dejaron en la Luna sismómetros, mediante explosiones deliberadas, las ondas producidas pasaban a través de distintos materiales, en el trayecto hacia las distintas estaciones sísmicas. Mediante esto se ha obtenido una escala de velocidades sísmicas de los distintos materiales.

Cuando distinguimos un modelo de estructura de la Luna, éste consiste en los tiempos de viaje o trayectos de las ondas sísmicas desde los distintos impactos hasta los sismómetros. Se encuentra que esto implica una discontinuidad física de la roca a una profundidad de 60 kms, por encima de esta profundidad las velocidades sísmicas son coincidentes con la de la roca anortosítica. Por debajo de los 60 kms. las velocidades sísmicas son más altas (aquí son de 8 kms/sg. mientras que en la anortosita es de 6,5 kms/sg.). La velocidad que se da por debajo de 60 kms de profundidad, es la típica de un material de alta densidad. Es de suponer que éste sea el material del manto lunar.

Si pensamos que la roca anortosítica sólo puede ser producida por fraccionamiento de cristales procedentes de un fundido que se enfría, y si las capas de anortosita tienen un espesor de más de 50 kms, se ve uno obligado a postular la existencia temprana en la historia de la Luna de una capa de magma, de una magnitud asimilable a la de un océano, tendríamos, pues, un océano de roca fundida, de aspecto blanco, que una vez cubrió la superficie lunar.

La actual corteza lunar debió separarse de este "infernol" océano cuando se enfrió. El acto de separación de la corteza fue la segunda etapa de la historia de la Luna.

Todos los planetas terrestres, incluida la Tierra, pueden haber pasado por una etapa similar, aunque los antecedentes de la corteza primaria de la Tierra fueron borrados hace gran tiempo. Probablemente la separación de la corteza lunar tuvo lugar en una forma temprana, después de la formación de la Luna.

Esta hipótesis no está claramente demostrada por la edad de las muestras anortosíticas lunares (datadas por métodos radiactivos).

Las edades de las muestras son de 4 mil millones de años, comparadas con una edad de 4,6 mil millones de años asignados al Sistema Solar y sus planetas. Las edades radiométricas probablemente no reflejan el tiempo en que se formaron las rocas de las tierras altas lunares. Los últimos acontecimientos energéticos han reducido la acción de los relojes radiométricos de las rocas.

La razón más fuerte para situar la separación de la corteza lunar al principio, es porque es más fácil demostrar entonces porque los estratos o capas de la luna podrían haber fundido. Si la acreción lunar procediera más rápidamente, entonces el valor sería disipado (se debe tener en cuenta que la acreción pudo haberse completado durante 1.000 años-N.A.). El valor resultante de los impactos podría haberse conservado y fundir los cientos de kilómetros más externos de la Luna.

Resulta difícil explicar una extensa superficie de la Luna fundiéndose en el último tiempo. La superficie, en un estado normal, al estar expuesta al espacio, se enfriaría.

La tercera etapa en la historia de la Luna es la separación de la krep-norita.

El contenido del elemento mayor no es extraordinario, pero el contenido de cierto elemento menor, y huellas de elementos como: K, P, Ba, U, Th y Tierras Raras, es de 50 a 100 veces más alto que en las rocas anortosíticas lunares.

Como ya se dijo anteriormente, la krep-norita tiene una composición de baja fusión y posiblemente fue producida por fusión parcial en el interior de la Luna.

Estudiando el diagrama de fases, aparentemente el lugar más apropiado para la formación de la krep-norita fue la corteza anortosítica después de ser separada.

El elemento menor y las huellas de elementos en los que se encuentra enriquecida la krep-norita, tienen bastantes iones (átomos en la estructura cristalina que han perdido o ganado electrones. N.T. y N. A.). Tales iones no tienen fácil acomodo en la estructura cristalina de los minerales mayores en las rocas anortosíticas. El resultado es que tales elementos

podrían haber estado entre los últimos a solidificar, cuando el sistema anortosítico enfrió, y podrían estar, asimismo, entre los primeros a ser removilizados, si fueron calentados otra vez.

La alta concentración de elementos de grandes iones está de acuerdo con la hipótesis de que la kreek-norita fue producida por fusión parcial de las rocas anortosíticas. Posiblemente el aspecto más complicado de la kreek-norita es localizar su ocurrencia en la superficie lunar.

Los detectores de Rayos Gamma en el comando orbital y módulo de servicio, notaron una alta concentración de elementos radiactivos en el área ancha del Mar Imbrium y Océano Procellarum, particularmente en los puntos donde los terrenos de las regiones altas, de coloración clara, protuberan a través de las franjas de mar basáltico que cubren el área.

Evidentemente, las regiones altas son de kreek-norita. Dicha norita aparece algún tiempo después de la formación de la corteza anortosítica de la Luna, pero antes que la erupción del mar basáltico, que ahora blanquea el área. Una lava de kreek-norita inundó esta sección de la Luna.

La fuente de calor necesaria para refundir parcialmente el material anortosítico de la corteza es todavía desconocida, ni es la razón de la erupción concentrada en un área.

Es tentador suponer que un brutal impacto planetesimal produjera la energía y una gran hondonada, pero un cráter tan grande como el Océano Procellarum podría haber producido surcos en la corteza en algunas áreas y habría promovido una fusión de masa en otras partes. Esto no habría producido el pequeño grado de fusión necesario para generar la kreek-norita.

El origen de esta roca constituye una de las más importantes y complejas cuestiones de la ciencia lunar.

La cuarta etapa en la historia de la Luna consiste en una época de impactos, por planetesimales mayores, en la superficie de la Luna.

Una descripción del origen del Sistema Solar implica la gradual acumulación de pequeñas partículas en el presente conjunto de planetas y satélites.

El primitivo Sistema Solar debería haber sido un lugar desarreglado hasta que los restos perdidos fueron inundándolo, al mismo tiempo que los restos bombardearon a los planetas jóvenes sin cesar. Las superficies con hoyos craterales de las tierras altas lunares presentan la existencia de esta primitiva barrera de proyectiles interplanetarios. Ello constituye el carácter de las rocas en las tierras altas lunares, la mayoría de ellas como brechas uniformes, aglomeraciones de minerales, y fragmentos de rocas. La pulverización de los impactos ha destruido toda evidencia textural que pusiera de manifiesto que las rocas antiguas de las tierras altas tuvieran en su origen cristales fraccionados o lava en erupción sobre la superficie.

Los impactos mayores no sólo fraccionaron las rocas, sino que también las calentaron. Un fuerte calentamiento de una roca, tiene el efecto de bo-

rrar todo vestigio isotópico que conservara del momento en que se formó, o sea, cuando fue dotada de la actual composición química. Diríamos que el reloj isotópico fue renovado.

Esta es la interpretación encontrada en las edades de las rocas de las tierras altas lunares. La edad de 4 mil millones de años a la cual tienen tendencia a apiñarse, no refleja el tiempo en que se formaron, hay una evidencia isotópica (de carácter un poco equívoco) que nos dice que tanto el material anortosítico como el norítico son de edad superior a 4 mil millones de años. Los violentos procesos, en cuestión, fueron los colosales impactos que excavaron las enormes brechas circulares en la superficie de la Luna. Los residuos resultantes de los impactos, blanquearon gran parte de la cara cercana de la Luna.

Muchas de las muestras recogidas en las tierras altas de la Luna deben haber estado implicadas en estos impactos y calentadas por ellos.

Aparentemente, una nueva población de planetesimales fue hallada perdida en el Sistema Solar hace 4 mil millones de años, resultado de un cataclismo surgido de los cráteres en la Luna y otros planetas. Es posible, también, que una actividad de los cráteres fuera más intensa aun en el período anterior a los 4 mil millones de años.

Puede ocurrir que la primitiva historia de la superficie lunar fuera tan violenta que la edad de las rocas fuera constantemente eliminada, hasta que tal actividad no declinó hace 4 mil millones de años, y fué cuando llegó la oportunidad de que tales rocas permanecieran indestruidas hasta nuestros días.

Después de la lluvia de planetesimales la Luna entra en la quinta etapa de su historia. En esta etapa, vastas coladas de lava erupcionadas sobre la superficie lunar, flotarían en las cuencas previamente excavadas por los impactos. La lava solidificaría, formando los oscuros planos que aparecen y que a simple vista son como "tiznaduras" de la Luna.

Los mares de lava no surgieron en una época de actividad volcánica, se fueron formando en el interior de la Luna en un período al menos de mil millones de años.

Como consecuencia de estos mares en la superficie, se formó un complicado complejo de corrientes de lava cubriéndola.

Los mares de basalto cambian de composición con la edad. Las muestras recogidas de edad mayor presentan alta abundancia en Titanio. Parece que fueron producidas por fusión parcial a una profundidad de 150 kms o más y que los basaltos menos titaníferos fueron generados a profundidades de 250 kms o más. La fuente de basaltos parece que fue hundiéndose con el tiempo. Este fenómeno puede explicarse por el hecho de que la superficie original cálida debió enfriarse como consecuencia de las radiaciones de calor al espacio, mientras que en el interior el calor crecía debido a la desintegración de los elementos radiactivos. El efecto total debió haber si-

do la emigración de la temperatura mayor hacia el interior, a través del tiempo.

La etapa final de la historia de la Luna es reposada. A través del tiempo los mares de basalto erupcionaban la densidad de los planetesimales mayores, en el Sistema Solar, habiendo caído tan bajo a la vez que los grandes impactos cesaban, los cuales habían sido contribuyentes importantes a la actividad superficial.

Las alteraciones internas y externas fueron disminuyendo durante el último capítulo de la evolución lunar. La corteza externa de frías y rígidas rocas —la litosfera— crecía con más espesor, a la vez que el calor se iba perdiendo de la superficie.

Masas de roca más o menos plásticas tienden a elevarse dentro de posiciones de equilibrio. Cuando tales movimientos son frustrados por la bruta fuerza del calor, las rocas rígidas y las masas densas son situadas en una posición alta innatural, tales masas causan irregularidades en el campo de gravedad de la superficie planetaria. Son anomalías de gravedad de signo positivo.

Antes del Programa Apolo ya era conocido que dichas anomalías estaban asociadas con las mareas circulares.

Actualmente la litosfera lunar ha crecido a un espesor de unos 1.000 kms. La profundidad de la transición de la rígida litosfera a la más interior, la astenosfera plástica, puede apreciarse por la conducta de las ondas sísmicas.

La presencia de tan poderosa capa blindada en la Luna, prohíbe absolutamente fracturas en la litosfera, empujando a las capas fragmentadas y el transporte de lava desde la astenosfera a la superficie, proceso que ocurre inversamente en la tierra, donde la litosfera es sólo de 70-150 kms de espesor.

La vitalidad de la Luna, actualmente, se ha retirado sólo a una pequeña zona central.

A todos los efectos como cuerpo que actúe en la escena de la actividad termal, química o mecánica en escala gigante, la Luna está muerta.

LA SUPERFICIE LUNAR

Vamos a hablar de la superficie, pues es la parte mejor conocida y quizá la más importante de la Luna.

Más de las tres cuartas partes de la superficie lunar están cubiertas por un paisaje de cráteres, de singular homogeneidad y uniformidad. El paisaje cubre la parte trasera y gran parte de la región frontal, conocida como tierras altas.

Hay gran diferencia entre el tamaño de los cráteres, no obstante son

distinguibles como elementos de construcción.

La extraordinaria uniformidad de la estructura de cráteres sugiere que fue formada en un corto intervalo de tiempo de la historia lunar, y desde entonces se ha conservado a través del tiempo.

La continuidad estructural y la densidad del cráter, así como la mayoría de las formas sin base de las construcciones individuales, implican que la superficie podría haber sido preconditionada y parcelada, y que en el último tiempo los cráteres fueron fijados dentro de la superficie preconditionada.

Los cráteres pueden haber sido formados por impactos meteóricos, o por actividad volcánica. Las opiniones que existen presentan cierta vaguedad sobre el predominio de estos dos procesos de formación, o respecto a la diferencia cualitativa entre cráteres meteóricos y volcánicos.

Se sabe que la anortosita es el mayor componente de las tierras altas lunares, y que consecuentemente la evolución térmica de la Luna debe haber incluido una fase líquida o parcialmente líquida de extensión global. La existencia de rocas ígneas es un hecho que pone de manifiesto una actividad volcánica en algún momento de la historia de la Luna, y es más importante que las teorías que pudieran sugerir una Luna fría.

Mantenemos la hipótesis de que los cráteres de las tierras altas fueron creados por una acción volcánica de acuerdo con el siguiente mecanismo: al enfriarse la Luna de su estado líquido original y una vez obtenida una superficie sólida, ésta se fragmentó por una reducción térmica y se obtuvo un aspecto agrietado en la superficie. Las grietas que separaban los fragmentos de la superficie no dejaron penetrar a lo largo de todo el camino a los líquidos bajo las capas, pero esto pudo ser más fácil por acción de las sacudidas sísmicas, sobre todo cuando las capas sólidas eran finas.

Las rocas lunares contienen pequeños porcentajes de gases disueltos como: CO_2 , S_2 , N_2 , parte de los cuales precipitan sobre la solidificación. Los gases fueron liberados en la interfase sólido-líquido y pudieron escapar originalmente a la superficie. La capa sólida fue engrosándose en una capa gaseosa, y desde entonces en la superficie lunar hay un estado altamente explosivo.

Si una onda sísmica consigue propagar un endurecimiento de grieta en el núcleo-magma, tendrá lugar una erupción, y el líquido y alguna masa líquida serán propulsados por la descarga de gas comprimido. Esta erupción es a su vez la causa de un choque sísmico secundario quien a su vez produce otra descarga volcánica en una grieta vecina.

Es posible que la superficie lunar, actualmente cubierta por cráteres, se produjera por una singular reacción en cadena.

Cuando el sistema de grietas es destruido por el proceso de erupción puede formarse un segundo sistema de grietas. Es dudoso saber si tal proceso puede repetirse sobre una base global, porque las ondas de la super-

ficie pueden ser difactadas por la forma del cráter, siendo necesarios muchos grandes choques para propagar grietas profundas.

En orden a la sustanciación de este proceso de formación, hay tres cosas necesarias:

- 1.—Determinación de las tasas de crecimiento de las capas de la superficie sólida y su conección con el proceso de formación de gas.
- 2.—Determinar la medida media de los fragmentos contraídos, que deben tener una relación con la medida media de los cráteres.
- 3.—Obtener una idea de cómo las ondas interaccionan con las grietas y bajo qué condiciones las grietas pueden propagarse dentro del núcleo líquido.

BIBLIOGRAFIA

EOS, Vol. 59, n-1, enero 1978, "Comparasion of Mercury & the Moon".

PHISICS OF THE EARTH AND PLANETARY INTERIORS, Vols. 7 y 8, 1973-1974, "Internal constitution and evolution of the Moon", by Sean C. Solomon & M. Nafi Toksöz. "The origin of the lunar surface", by B. Steverding.

SCIENTIFIC AMERICAN, septiembre 1978, "The Moon", by John A. Wood.

Aproximación al Impuesto sobre el Patrimonio Neto

Por *Javier Gutiérrez Pellejero*

NATURALEZA Y CARACTERÍSTICAS

Este impuesto se implantó en España a raíz de la Ley 50/1977 de 14 de noviembre, de Medidas Urgentes y, desde un punto de vista estrictamente legal, con base en los artículos 1 y 2 de la citada ley, podemos calificarlo de excepcional y transitorio, directo y personal, que grava el patrimonio Neto de las Personas Físicas.

Excepcional, pues nació como consecuencia de unas Medidas Urgentes y, además, así se le califica en el art. 1 de la ley. Por otra parte, es excepcional en cuanto supone una gran novedad en el Sistema fiscal español, que nunca había contado con un impuesto de esta naturaleza.

Transitorio, pues está prevista su sustitución por el Impuesto sobre el Patrimonio Neto, un proyecto que fue publicado en el Boletín Oficial de las Cortes el 11 de enero de 1978, sin que, hasta la fecha, haya sido aprobado. Asimismo, se le da este carácter en la exposición de Motivos de la ley 50/77, justificando, por esta causa, la simplificación del gravamen y la sencillez de sus normas de valoración.

Directo, porque así lo afirma la ley en su art. primero y además impide su traslación jurídica, esto es, trasladar la carga del Impuesto a otras personas.

Y por último, *personal*, ya que tiene en cuenta las condiciones personales del sujeto pasivo, además de estar configurado en torno a una persona.

Más ampliamente se le podría caracterizar como un tributo ordinario, excepcional, transitorio, directo, personal, general, principal, nominal, progresivo, base de datos del sistema, que incide sobre las personas físicas; subjetivo, simple, sensible a las coyunturas económicas y que recae sobre el Patrimonio Neto de las Personas Físicas.

Ampliando estos caracteres podemos decir:

El impuesto sobre el Patrimonio es un tributo *ordinario*, aunque la ley lo califica de extraordinario. Varias notas que en él concurren inducen a calificarlo así:

- Su periodicidad.
- El hecho de que el Impuesto haya sido concebido para pagarse con la Renta y no con el Patrimonio.
- Su vocación de permanencia. No olvidemos que, a pesar del largo tiempo transcurrido desde su entrada en vigor y pese a estar prevista su sustitución desde su nacimiento, ésta no se ha producido.

Excepcional, transitorio, directo y personal, por las características antes apuntadas.

General, puesto que el hecho imponible está formado por toda clase de bienes y derechos del sujeto pasivo.

Principal, pues nació sin conexión con el Impuesto sobre la Renta.

Nominal o Formal, por la pequeñez de los tipos, que hacen que, en realidad, este impuesto se pague con la renta.

Progresivo, puesto que la escala de tipos aplicable tiene este carácter.

• *Base de datos*, fundamentalmente, a causa de su relación con el IRPF y el Impuesto sobre Transmisiones.

Que recae sobre las personas físicas, pues sólo tributan éstas y no las personas jurídicas.

Subjetivo, porque tiene en cuenta para las deducciones de la base imponible, las circunstancias personales y familiares del sujeto pasivo.

Simple, prefiriendo para las valoraciones los criterios prácticos, buscando para cada elemento del Patrimonio el de más fácil cumplimiento, lo que origina que haya valores administrativos, históricos, medios y actuales.

Sensible a la coyuntura económica, sobre todo a la inflación, pues ha permitido por dos veces la actualización de valores administrativos, favoreciendo al contribuyente en el IRPF al disminuir la tributación en los incrementos de Patrimonio de las rentas nominales producidas por el alza de precios.

En cuanto a su ámbito espacial, se exige en todo el territorio nacional sin perjuicio de lo establecido en relación a los regímenes especiales por razón del territorio y de los tratados y convenios internacionales, según se establece en la O. M. de 14.01.78.

España tiene suscritos convenios de doble imposición con Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Noruega, Países Bajos, Reino Unido, Suecia, Suiza, Canadá y Rumanía.

HECHO IMPONIBLE DEL IMPUESTO

Está contemplado en el art. 2 de la Ley 50/77. "Constituye el hecho

imponible del impuesto la propiedad de toda clase de bienes y la titularidad de derechos de contenido económico atribuibles al sujeto pasivo, conforme a los preceptos de esta ley en el momento del devengo.”

“Se presumirá que también forman parte del Patrimonio los bienes y derechos de todas clases que hubieran pertenecido al sujeto pasivo durante el plazo transcurrido desde el primer o, en su caso, anterior devengo, salvo prueba de transmisión o reducción patrimonial.”

Siguiendo a Breña, comentamos este artículo en tres aspectos principales: objeto imponible, hecho imponible y la presunción de pertenencia de bienes al sujeto pasivo establecida en el mismo.

Objeto imponible: El objeto imponible es el Patrimonio Neto, que podemos definir como el conjunto de bienes y derechos atribuibles al sujeto pasivo, conforme a la ley, con deducción de las deudas. La ley no admite al objeto imponible como categoría independiente del hecho imponible, aunque de forma indirecta alude a él en el art. primero y sexto.

En cambio, el Proyecto de Ley sobre el Patrimonio Neto sí que definía expresamente el objeto imponible en su art. segundo: “Constituye el Patrimonio Neto del Sujeto Pasivo el conjunto de bienes y derechos de que sea titular con deducción de las cargas y gravámenes, que disminuyan su valor y de las deudas y obligaciones personales de que deba responder el sujeto pasivo.”

ASPECTOS DEL HECHO IMPONIBLE

Consideraciones al artículo segundo de la ley.

1.—La ley lo define como la titularidad de bienes y derechos, desvinculándolo del objeto imponible que es el Patrimonio Neto. Así, en la definición del hecho imponible no se tienen en cuenta las cargas o deudas que se relegan a elementos de cuantificación de la base imponible.

2.—Al mencionar la ley el contenido económico de los derechos, excluye todos aquellos derechos que carecen de él.

3.—La ley no hace una lista cerrada de los bienes y derechos sujetos al impuesto; no obstante, presenta una enumeración abierta en las normas de valoración de la base imponible.

La ley no presenta supuestos de no-sujeción, lo que podría dar lugar a disquisiciones sobre si está o no sujeto el capital humano, entendido éste como el valor capitalizado de las ganancias que la persona espera obtener en el futuro como consecuencia de sus servicios personales. Atendiendo al tradicional concepto de Patrimonio, ha de entenderse que no está sujeto. El Proyecto de Ley declara expresamente la no sujeción del capital humano.

Por tener la misma configuración que el capital humano, los derechos

de autor han de entenderse no sujetos, lo que ya considera el Proyecto de Ley cuando indica que no está sujeta a gravámenes “la titularidad de derechos que constituyan fuente de estrictas rentas de trabajo”.

Con estas excepciones quedan sujetas al impuesto la titularidad de toda clase de bienes y de toda clase de derechos de significación económica, deduciendo de su valor las cargas y las deudas y obligaciones personales.

En cuanto a las exenciones, de forma poco técnica, se regulan en el art. sexto de la ley, que trata de las normas de valoración de la base imponible.

Se declaran exentos:

- Los inmuebles urbanos declarados expresa e individualmente monumentos histórico-artísticos.

DEVENGO DEL IMPUESTO

La Ley 50/77, en su art. 8, indica que el impuesto se devengará el último día de cada año natural. La O. M. de 14 de enero de 1978 es más explícita e indica que “el impuesto se devengará el 31 de diciembre de cada año y afectará al patrimonio de que en dicha fecha sean titulares los sujetos pasivos”.

Estos preceptos nos permiten hacer las siguientes precisiones:

- Los bienes y derechos computables son aquellos de los que es titular el sujeto pasivo a 31 de diciembre de cada año.
- Sólo deben existir declaraciones por las personas vivas en 31 de diciembre. En el año, cada heredero o legatario debe añadir a su patrimonio el que le corresponda por sucesión y, si desconoce la cuantía, debe indicar este hecho en la declaración.
- No se admiten, en general, fórmulas de promediación, salvo en los saldos de cuentas corrientes y libretas de ahorro.

ELEMENTOS PERSONALES

Sujeto Pasivo y Contribuyente.

La ley indica en su art. tercero que “serán sujetos pasivos las personas físicas...”, por lo que no son sujetos pasivos las sociedades ni las entidades a que se refiere el art. 33 de la LGT. Se excluyen de gravamen el patrimonio de las sociedades, para evitar la doble imposición que se produciría al gravar el patrimonio de la sociedad y los títulos representativos de su capital en manos de los accionistas.

En este impuesto, y salvo algunas obligaciones formales que regula

la ley en determinados supuestos, obligando a cumplirlas a persona distinta de la destinataria última del impuesto, el sujeto pasivo es también contribuyente.

Llama la atención el distinto tratamiento del elemento personal en este impuesto con referencia al Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas, ya que en el primer caso es la persona física individual y en el segundo la unidad familiar.

MODALIDADES DE EXACCION

El impuesto puede exigirse por obligación personal y por obligación real.

Obligación personal: En esta modalidad se grava la totalidad del Patrimonio del sujeto pasivo, con independencia del país en que esté situado (Patrimonio Mundial).

Son sujetos pasivos por obligación personal:

- a) Los que tengan su residencia habitual en territorio español.
- b) Los representantes y funcionarios del Estado español en el extranjero que indica el art. 5.º de la O. M. de 14 de enero de 1978.
- c) Los sujetos no residentes, sujetos por obligación real, que tengan la nacionalidad española en el caso de que ejerciten el derecho de opción el art. 4.º de la orden citada anteriormente.

Los sujetos pasivos a los que afecta la obligación real de contribuir son:

- a) Las personas físicas, no residentes, que sean titulares de bienes en territorio español o de derechos que en él pudiera ejercitarse.
A este respecto, se ha criticado por la doctrina el hecho de que no se grave el patrimonio en España de las sociedades extranjeras, pues en este caso, ya no se da el clásico argumento de la doble imposición.
- b) Los representantes de los Estados extranjeros, acreditados en España, a condición de reciprocidad.

En el caso de *obligación real* de contribuir los bienes poseídos en España y los derechos que aquí puedan ejercitarse.

Cuando la obligación adquiere este carácter, el tributo toma carácter real, por lo que se deben tener en cuenta estas consideraciones:

1.—Solamente son deducibles las cargas y gravámenes que afecten a los bienes y derechos sitos en territorio español y las deudas por capitales invertidos en esos bienes.

2.—No se aplican ni los mínimos de exención, ni las deducciones en la

base imponible que previene la ley.

3.—Tampoco procede la acumulación prevista en el art. 4 de la ley de los bienes del matrimonio e hijos menores no emancipados.

4.—Existe obligación de declarar siempre, sea cual sea el valor de los bienes y derechos, lo que está en consonancia con la no-aplicación de los mínimos de exención.

5.—No puede aplicarse la reducción por doble imposición en el extranjero.

6.—Los sujetos pasivos en los que incida la obligación real de contribuir vienen obligados a designar un representante con domicilio en territorio español, a efectos de sus relaciones con la Hacienda Pública (art. 46 de la LGT).

RESIDENCIA HABITUAL

La ley, en su art. 3, considera sujetos al impuesto “por obligación personal a los que tengan su domicilio o residencia habitual en España”, lo que nos obliga a profundizar en los conceptos de domicilio o residencia habitual, a efectos de la aplicación del impuesto.

Para atender el concepto de domicilio debemos atender a la LGT, que en su art. 45 dice: “El domicilio, a los efectos tributarios será:

a) Para las personas naturales, el de su residencia habitual, lo que nos indica la coincidencia del criterio de domicilio con el de la residencia habitual. A los efectos de determinación de la residencia habitual la Ley 50/77 se remite al ya hace tiempo desaparecido impuesto general sobre la Renta de las Personas Físicas, en cuyo art. 8 se indicaba: “Se entenderá por residencia habitual la permanencia por más de seis meses, durante el año natural, en territorio español. Para computar el período de residencia no se descontarán las ausencias cuando por las circunstancias en que se realicen deba introducir la voluntad de los interesados de no ausentarse definitivamente.”

Es destacable la no conexión en este aspecto con el IRPF que ofrece una mejora técnica en el tratamiento de la residencia habitual, lo que aparece obviado en el Proyecto de Ley sobre el Impuesto sobre el Patrimonio Neto.

ATRIBUCION E IMPUTACION DE PATRIMONIOS

— Normas de atribución: El impuesto no grava la unidad familiar, pero establece unas normas de atribución de patrimonio en relación con la socie-

dad conyugal, acumulando los bienes y derechos de determinados miembros de la unidad familiar.

La doctrina distingue tres supuestos:

— *Acumulación absoluta*: Se refiere al caso del matrimonio en régimen de sociedad legal de gananciales, viene recogido en el apartado 2 del art. 4 de la ley: “En caso de matrimonio en régimen económico de sociedad legal de gananciales o de comunidad de bienes se acumulan en la persona que tenga su administración, los bienes y derechos pertenecientes a los cónyuges y a la sociedad conyugal, así como los pertenecientes a los hijos menores no emancipados”.

— *Acumulación relativa*: Se relaciona con matrimonio en régimen de separación de bienes no judicial.

En este caso se acumulan los bienes y derechos pertenecientes a ambos cónyuges y a los hijos menores no emancipados en la persona del marido, y si éste estuviera incapacitado, en la de la mujer, sin perjuicio del prorrateo de la exacción, según el patrimonio de cada cónyuge que lo efectuará en sujeto pasivo.

En este caso, el sujeto pasivo será el marido o la mujer, y contribuyente cada cónyuge por su parte de cuota correspondiente.

— *Tributación independiente*: Se usa en el supuesto de separación legal de bienes o divorcio. En este caso cada cónyuge hace declaración independiente, incluyendo sus bienes y los de los hijos que se encuentran bajo su patria potestad, siendo cada cónyuge sujeto pasivo del impuesto por separado.

Es de destacar que la normativa del impuesto en este campo ha sido superada por las leyes civiles, que han establecido tres regímenes económicos del matrimonio: régimen de gananciales, régimen de separación de bienes y régimen de participación, que es una auténtica novedad y que funciona como uno de separación de bienes durante su vigencia y como uno de gananciales a su extinción. Es obvio que en el caso de este Impuesto este régimen ha de hacerse como el de separación de bienes.

NORMAS DE IMPUTACION

Dado que la ley sólo considera sujetos pasivos a las personas físicas, no lo son las Entidades del art. 33 de la L.G.T., y la ley del Impuesto atribuye el Patrimonio de éstas a los componentes de tales entidades, según las normas aplicables a cada caso y, si éstas no constaran en forma fehaciente a la administración, por partes iguales.

Recordemos que el art. 33 de la L.G.T. indica: “Tendrán la consideración de sujetos pasivos, en las leyes tributarias en que así se establezca, las herencias yacentes, comunidades de bienes y demás entidades, que, carentes

de personalidad jurídica, constituyan una unidad económica o patrimonio separado susceptible de imposición.”

Es preciso abordar en este apartado determinadas reglas especiales de imputación de patrimonios:

— En el caso de un bien adquirido con precio aplazado había que distinguir dos casos:

a) que exista cláusula de reserva de dominio.

Cuando concurre esta circunstancia, el bien se imputa al vendedor, que considera las cantidades que ha recibido del comprador, como deudas.

En cuanto al comprador, considera como activo las cantidades entregadas.

b) Que no exista cláusula de reserva de dominio.

En este caso el comprador incluye en su activo el valor total del bien y deduce en el apartado de deudas, la cantidad aplazada.

El vendedor incluye en su activo las cantidades recibidas y el derecho de crédito contra el comprador.

En el caso de existencia de cuentas corrientes, libretas de ahorro o similares de titularidad múltiple, su saldo se prorratea entre los cotitulares a partes iguales, salvo que a la administración le conste fehacientemente que han establecido diferente proporción.

Los certificados de depósito o documentos equivalentes se imputarán a la persona cuyo nombre figure en el Banco emisor, salvo prueba de que existe otro titular en el momento de devengo del impuesto.

La ley presume que forman parte del patrimonio del sujeto pasivo los bienes y derechos que hubieran pertenecido al mismo durante el tiempo transcurrido desde el anterior devengo, salvo prueba en contrario.

DETERMINACION DE LA BASE IMPONIBLE

A estos efectos el art. 5 de la Ley indica: “Constituirá la base imponible del impuesto la diferencia entre el valor de la totalidad de bienes y derechos atribuibles al sujeto pasivo de acuerdo con las normas anteriores, y el importe de las deudas acreditadas por documento público o por documento privado, que reúna los requisitos del art. 1.127 del Código civil, o de otro modo justifique la existencia de aquélla.”

Además, la Orden Ministerial de 14 de enero de 1978, desarrollo de esta ley en lo que se refiere al Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio, dice en su art. 10:

“1.—La base imponible estará constituida por el valor del patrimonio neto del sujeto pasivo.

2.—El patrimonio neto se determinará por diferencia entre:

- a) El valor real de los bienes y derechos que sean atribuibles al sujeto pasivo, y
- b) Las cargas y gravámenes de naturaleza real, cuando disminuyan el valor de los respectivos bienes o derechos y las deudas u obligaciones de carácter personal.”

Vemos que la Orden Ministerial añade calificativos a la ley. Donde ésta habla del valor de bienes y derechos, aquélla indica “el valor de bienes y derechos”. Donde la ley habla de deudas, la O.M. habla de deudas u obligaciones de carácter personal y añade una referencia a las cargas y gravámenes de naturaleza real.

Definida la base imponible como la diferencia entre el valor de los bienes y derechos y las cargas y deudas, es obvio que para especificarla será necesario un proceso de cuantificación del valor, tanto de los bienes y derechos como de las cargas y deudas, proceso que precisará de unas normas detalladas, encuadradas por unas características generales y comunes a todo él.

Estas características son:

1.—No existe un único criterio de *valoración*, sino muchos. Como inconveniente se puede apuntar el que no todos los bienes soportan la misma carga tributaria.

2.—Tasación legal de los bienes. Ni la administración ni el sujeto pasivo tienen libertad de valoración, debiéndose ajustar a los métodos que indica la ley.

3.—Subsidiariedad del criterio del valor del mercado. Pese a que la O.M. de 14 de enero de 1978 habla de “el valor real...”, sólo se aplicará éste en el caso de no existencia de normas de valoración legales para cada caso específico.

Es de notar que las valoraciones legales suelen ser muy inferiores a los valores de mercado, dándose el caso de que un bien sea valorado por menos valor que las deudas contraídas para adquirirlo, sin que en la ley haya ningún mecanismo que pueda evitarlo.

4.—Criterios de valoración propios. Los criterios de valoración de este impuesto son distintos de los que tienen otros tributos. Sin embargo, hay mecanismos de relación intentando superar el problema causado por la variedad de criterios valorativos.

Los mecanismos de relación con los distintos impuestos son:

— Con el Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas: Influyen en cuanto al cálculo de los incrementos y disminuciones de patrimonio por cuanto éstos se determinan, con carácter general, por la diferencia entre valor de enajenación y de adquisición del bien, y la ley del I.R.P.F. consideró como valor de adquisición el que figurase en la declaración del Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio, posterior a la entrada en vigor de la ley. Ocurrirá que el valor real será muy superior al valor declarado en Patrimonio, lo que provocará una plusvalía inflacionista. Con el ánimo

de corregir este inconveniente se permitió la actualización de valores en el Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio del año 1978 (declaración de 1979), con estos requisitos:

1.—Que fueran bienes adquiridos con anterioridad al 11 de septiembre de 1983.

2.—Que tuviesen un valor real superior al de compra.

3.—Que no se declarara un valor superior al de mercado.

4.—Los valores declarados han de mantenerse en posteriores declaraciones, a menos que se pruebe que la minoración obedece a la aplicación del mismo criterio adoptado en su día.

Respecto a esta condición, debemos entender que, dada la subjetividad del criterio aplicado, esta misma opinión personal del sujeto pasivo debería bastar para minorar el valor ya actualizado.

Estos valores actualizados carecen de cualquier influencia en las contribuciones Urbana y Rústica y Pecuaria, que tienen normas específicas de valoración.

En cuanto a los que no tenían obligaciones de declarar por el Impuesto sobre el Patrimonio en 1978, pudieron consignar el valor actualizado de sus bienes en la declaración del I.R.P.F. correspondiente a dicho año, y si no lo hicieron, se tomará como valor de esos bienes el que resulte de aplicar las normas de valoración del Impuesto sobre el Patrimonio, siempre que resultase un valor mayor que el de adquisición.

En el caso de personas que no estuvieron obligadas a declarar por ninguno de los dos Impuestos en 1979 y 1980, y para las transmisiones efectuadas durante 1980 y 1981, el valor de los bienes será el de mercado a 31 de diciembre de 1978.

Otra acción del valor fijado en el Impuesto sobre el Patrimonio sobre el I.R.P.F., a efectos del cómputo de un incremento o disminución patrimonial, se produce en el caso de aportación no dineraria, en que se tomará como valor de enajenación el mayor de estos tres:

1.—Valor nominal de la aportación.

2.—El valor de cotización en Bolsa de los títulos recibidos; y

3.—El valor obtenido según las normas del Impuesto Extraordinario sobre las personas físicas.

Otra influencia es en la renta imputada a la vivienda propia.

Se considera renta el 3 por 100 del valor fijado en el Impuesto sobre el Patrimonio, en la vivienda propia o utilizada a causa del cargo.

Por último, a efectos del cálculo de las amortizaciones en el I.R.P.F., podría hacerse éste sobre el valor con que figuren los activos fijos materiales en la declaración del Impuesto sobre el Patrimonio de 1978. Si se hubiesen actualizado los valores, las amortizaciones podrán calcularse sobre el valor actualizado.

El Reglamento del I.R.P.F. en su art. 52, K, indica: "Las cantidades

destinadas a la amortización de bienes, ...

Cuando se trate de inmuebles no afectos a actividades empresariales..., el 1,5 por 100, sin incluir el valor de los terrenos.

Este porcentaje se aplicará sobre los siguientes valores:

1.—Si el sujeto pasivo está obligado a presentar declaración del Impuesto sobre el Patrimonio, sobre el valor que conste o debería constar en la declaración de dicho Impuesto correspondiente al período impositivo en que deba estimarse la amortización como gasto deducible."

— Con el Impuesto sobre Sociedades:

Hay en este impuesto, una norma similar a la existente en el I.R.P.F., en relación con los incrementos y disminuciones de Patrimonio, en caso de aportaciones no dinerarias a Sociedades, computándose el valor de enajenación como el mayor de los tres siguientes:

— Valor de los bienes aportados en Impuesto

1) Extraordinario sobre el Patrimonio.

2) Valor nominal de la aportación.

3) Valor de cotización en Bolsa de los títulos recibidos.

— Con el Impuesto sobre transmisiones Patrimoniales y actos jurídicos documentados.

Existe una relación estrecha entre este impuesto y el del Patrimonio Neto.

Tanto en el texto refundido de la ley como en el Reglamento del Impuesto sobre Transmisiones se indica que la base imponible será el valor real del bien determinado con arreglo a las normas de valoración del Impuesto sobre el Patrimonio, lo que puede plantear la duda de si la administración puede o no modificar estos valores mediante la actividad de comprobación.

La Dirección General de lo contencioso del Estado, en una disposición interpretativa, indica que la comprobación de valores "se concibe como una facultad del liquidador para el caso de que el valor declarado por los interesados o el resultado de la aplicación de las normas del Impuesto sobre el Patrimonio no refleje el valor real de los bienes y derechos transmitidos, de la operación societaria o del acto jurídico documentado".

No obstante lo anterior, si el sujeto pasivo se hubiere ajustado en su declaración a las normas de valoración del Impuesto sobre el Patrimonio no procederá la aplicación de sanción.

Además, el valor resultante de la comprobación en el Impuesto sobre Transmisiones y Patrimoniales y Actos Jurídicos documentados será el que habrá que tomar en el Impuesto sobre el Patrimonio, en el año en que tenga lugar la comprobación y en los siguientes, en caso de bienes adquiridos después del 1 de julio de 1980, y que hubieran tributado por Impuesto de Transmisiones Patrimoniales y Actos Jurídicos Documentados.

NORMAS ESPECIFICAS DE VALORACION

a) *Bienes de naturaleza urbana*: La ley indica en su art. 6:

a) "Los bienes de naturaleza urbana se computarán por su valor catastral, multiplicado por los coeficientes que a continuación se relacionan, según el año de la implantación:

AÑOS	COEFICIENTE
1968-1969	2
1970-1972	1,8
1973	1,55
1974	1,35
1975	1,23
1976	1,08
1977	1

No obstante, cuando la renta catastral sea inferior al 4 0/0 del valor catastral, los bienes se computarán capitalizando al 4 0/0 la renta catastral correspondiente al período en que se devenga el impuesto, sin que proceda la aplicación de los coeficientes a que se refiere el apartado anterior.

Cuando en el momento del devengo del impuesto existan en el Patrimonio del contribuyente bienes de naturaleza urbana pendientes de valoración catastral, se estimará como valor de los mismos el de adquisición, sin perjuicio de la posterior adquisición y actualización de valor, si procediese.

La O. M. de 17 de enero de 1983 añade a lo anterior la norma siguiente referida a bienes urbanos en construcción: art. 11.1 a) párrafo sexto: "Cuando los bienes de naturaleza urbana estén en fase de construcción, se estimará como valor patrimonial las cantidades que efectivamente se hubieren invertido hasta la fecha del devengo del impuesto, además del correspondiente valor patrimonial del solar, y en caso de propiedad horizontal, la parte proporcional en el valor del solar según el porcentaje fijado en el título."

Además, en el párrafo k) indica esta norma referente a los bienes de naturaleza urbana y rústica. k) "En el caso de siniestro y otra causa que origine la pérdida total o parcial de los elementos a que se refieren las letras a (urbana) y b (rústica) de este apartado, el valor de las mismas se reducirá en el importe del deterioro sufrido."

Según vemos, la titularidad de los bienes urbanos puede encontrarse en distintas situaciones, tales son:

a) Valor actualizado. Si los bienes urbanos se actualizaron en la declaración de 1978, en general se declararán por el mismo valor actualizado en 1978, siempre que el valor actualizado sea mayor que el resultante de aplicar la norma general de valoración que indique la ley de computación por su valor catastral. Si fuera menor se utilizará para la valoración el valor catastral.

b) Bienes con valoración catastral:

En caso de que los bienes a declarar ya tenga fijado el valor catastral deberá examinarse ese recibo y determinar si la Renta Catastral es mayor, igual o inferior al 4 0/0 del valor catastral.

- Si la Renta Catastral es mayor o igual que el 4 0/0 del valor catastral, se consignará en la declaración este último.
- Si la Renta Catastral es inferior al 4 0/0 del valor catastral, el valor a consignar es la Renta Catastral capitalizada al 4 0/0, lo que equivale a multiplicarla por 25.

c) Bienes pendientes de valoración catastral:

Se declararán por su coste de adquisición, rectificándose este valor en cuanto se conozca el Valor Catastral.

En el caso de que el bien en cuestión se hubiera adquirido después de julio de 1980, se declarará el valor comprobado en el Impuesto sobre Transmisiones Patrimoniales.

d) Bienes urbanos en construcción:

Se declarará el valor del solar según la norma general de valoración de los bienes de naturaleza urbana, y en caso de que no se conozca el valor catastral se valorará por su coste de adquisición, con la salvedad antes apuntada de bienes comprados después de julio de 1980, más el importe de todas las cantidades efectivamente empleadas en la construcción del bien.

Recordemos que los bienes urbanos declarados monumentos histórico-artísticos están exentos del Impuesto. Deben declararse, pero no debe consignarse por ellos valoración alguna.

b) *Bienes de naturaleza rústica.*

La valoración de estos bienes se regula en el art. sexto, apartado 6 de la ley y en el art. 11 b) y k) de la O. M. de 14 de enero de 1978.

Debemos tener en cuenta, antes de efectuar cualquier valoración de estos bienes, que al valorar una finca se entienden incluidos en el valor todos los bienes que usan para su explotación, como maquinaria, abonos, pienso, silos y construcciones similares.

Las distintas situaciones en que se pueden encontrar estos bienes a efecto de su valoración por este Impuesto son:

- a) Que se hubiera procedido a la actualización de valores en 1978, en

cuyo caso se declarará este valor salvo que fuera inferior al valor catastral de la finca.

b) Valoración de las explotaciones agrarias.

La regla general de valoración de estos bienes es la de capitalizar al 4 % (multiplicar por 25) la base imponible de la Cuota Fija de la Contribución de Rústica y Pecuaria.

La ley considera grandes explotaciones a las que tienen un valor a declarar superior a 7.500.000 pesetas, sin incluir la ganadería independiente, y que pertenezcan a un mismo propietario. Nótese que no se acumula el valor de las explotaciones agrarias de los miembros de la unidad familiar, sino solamente las de cada miembro independientemente de los demás.

Cuando el valor de todas las fincas de un mismo propietario supera el valor que hemos dicho, el exceso se multiplica por tres, y este producto, sumado a los 7.500.000, es el valor a incluir a efectos de este impuesto.

A efectos de la aplicación de la norma, es de notar que las fincas pertenecientes a una sociedad de gananciales no se consideran pertenecientes a un mismo propietario, sino a dos, al marido y a la mujer.

c) Ganadería independiente

Por ganadería independiente se entiende a efectos fiscales el conjunto de cabezas de ganado que esté comprendido en alguno de estos casos:

- 1.—Que pade en tierras no explotadas por el dueño del ganado.
- 2.—Que esté estabulado fuera de las fincas rústicas.
- 3.—El transhumante.
- 4.—El que se alimente fundamentalmente con piensos no producidos en la finca en que se críe.

Se valorarán aplicando la regla general de valoración (capitalización al 4 % de la base Imponible de la Cuota Fija de la Contribución Rústica y Pecuaria), con la salvedad de que si se trata de ganado de reproducción, cuyo ciclo pueda repetirse en el año, sólo se declarará la mitad del valor obtenido, según la norma anteriormente indicada.

d) Fincas situadas en zonas declaradas catastróficas.

En estos casos se declara el bien pero sin valorarlo.

Esta situación se refiere al momento del devengo. Es entonces cuando la finca debe estar en zona catastrófica.

c) Bienes afectos a actividades empresariales.

El conjunto de los bienes afectos a estas actividades, no se valoran según las normas generales del impuesto, sino que se valoran por su valor *neto y conjunto* que resulte de la contabilidad llevada con arreglo al Código de Comercio.

De acuerdo con lo anterior, no se valorará cada bien independiente-

mente, sino el *neto patrimonial de la actividad empresarial*, que resulte de la aplicación de las normas contables de general aceptación, de acuerdo con los requisitos del Código de Comercio.

Como es lógico, esta rúbrica sólo tiene sentido en caso de empresas individuales, pues en caso de empresas con forma de sociedad, la parte correspondiente del capital de la sociedad que tuviera el sujeto pasivo se incluiría en el apartado de "títulos de renta fija y variable".

Cuando no se lleve una contabilidad con arreglo a las normas anteriormente citadas, habrá que declarar todos los bienes afectos individualmente, como si no estuvieran afectos a una actividad empresarial, lo que constituye una penalización a la no llevanza de contabilidad, toda vez que es sabido que las contabilidades reflejan valores históricos y la mayor parte de los activos empresariales (equipos, maquinaria, etc.) al no tener norma específica de valoración, se valorarían al valor de mercado en la fecha de devengo del Impuesto, en caso de que, a causa de inexistencia de contabilidad, hubiera que valorarlos independientemente unos de otros.

d) Depósitos bancarios.

Es de tener en cuenta que no se consideran los depósitos por cuenta de terceros, y en el caso de Libretas de Ahorro, Cuentas Corrientes o Plazos Fijos con varios titulares, a efectos de su imputación habrá que atenerse a los pactos entre partícipes, y caso de que no existan o no se puedan probar, se dividirá el saldo en tantas partes como titulares.

Como excepción a la norma general, no se declara, según la ley, el saldo a 31 de diciembre sino el saldo medio anual ponderado con los días que están impuestos.

Este saldo medio ponderado debe corregirse:

a) En caso de compra de bienes con cargo a estas cuentas. Para evitar considerar duplicados el valor del bien —una vez por el propio bien y otra por el saldo de la cuenta— se resta del saldo de la cuenta, desde el 1 de enero hasta que se retiraron los fondos el valor o la parte del valor del bien que se pagó con dichos fondos.

b) En caso de cancelación de deudas y con la misma justificación que en el caso anterior, también procederá la corrección por el mismo sistema.

c) En cuanto a las deudas que existan en 31 de diciembre hay que distinguir:

- Deudas basadas en préstamos obtenidos durante el año e ingresado en c./c. o libreta de ahorro. En este caso la deuda deja de computarse en el saldo de la cuenta desde la fecha de su ingreso hasta el 31 de diciembre, y tampoco se computa en el apartado deudas.

- Deudas provenientes de ejercicios anteriores o que, obtenidas en éste, no hayan sido ingresadas en c./c.

En este caso, la Ley 50/77 art. 6 apartado k) indica: “Los saldos acreedores al 31 de diciembre de las cuentas corrientes y otros depósitos bancarios se aplicarán a las deudas y el resto, en su caso, se valorará por su saldo medio.”

Observamos que si esto se realizara obtendríamos ya un Patrimonio Neto, pues ya habíamos descontado las deudas; por tanto, este Patrimonio no serviría para calcular el ajuar doméstico, ya que éste se calcula mediante la aplicación de un porcentaje sobre el Patrimonio bruto.

A causa de esto, es un criterio ya general, pese al art. 6 k de la Ley 50/77, no tener en cuenta estas deudas a efectos de la valoración de los depósitos bancarios, teniéndose en cuenta, en cambio, en el apartado deudas minorando el Patrimonio Bruto en el que ya estaría comprendido el ajuar doméstico.

Pese a lo dicho anteriormente y para saldo de pequeña cuantía, con el fin de evitar estos cálculos engorrosos, existe la posibilidad de utilizar el saldo final al 31 de diciembre, no legalmente, pero sí utilizando una consulta no vinculante al año 1977 que permitía esto.

En caso de utilizar el saldo final, no procedería efectuar en el mismo ninguna corrección.

e) Certificados de depósito.

Se valoran por su *nominal*.

Hay dos cautelas legales: 1.^a) se imputará la persona en cuyo nombre aparezcan en el registro del banco emisor, salvo que se pruebe que se transmitieron a otra persona. 2.^a) los Bancos deben anotar el titular inicial y los sucesivos titulares por transmisiones.

f) Seguros de vida.

Se valoran por su valor de rescate en la fecha de devengo del impuesto, es decir, en 31 de diciembre.

g) Títulos de renta fija y variable.

En caso de poseer este tipo de bienes, pueden darse las siguientes circunstancias:

a) Títulos de renta variable cotizados en bolsa. Se valoran según la cotización media del último trimestre anterior al trimestre del impuesto.

b) Títulos de renta variable no cotizados en bolsa. Se computan por el

valor teórico que resulte del último balance aprobado.

c) Títulos de renta fija. Si cotizan en bolsa, se valoran según la cotización media del último trimestre del año. Si no cotiza en bolsa, se valoran por el nominal.

d) Cualquier otra obligación, beneficio o derecho de crédito por deuda pública o privada se valorará por su nominal.

h) Derechos reales de disfrute.

Se valorarán de acuerdo con las normas del Impuesto sobre Transmisiones Patrimoniales y Actos Jurídicos Documentados que dice:

- En caso de usufructo temporal se multiplica por 2 el número de años de duración del usufructo, y éste es el porcentaje que del valor del bien corresponde al usufructuario. El porcentaje nunca podrá ser mayor que el 70 % del valor del bien.
- En caso de usufructo vitalicio se resta de 90 los años que tenga el usufructuario, y éste es el porcentaje que le corresponde. Este porcentaje no puede ser inferior al 10 % ni superior al 90 %.
- En caso de derecho de uso o habitación, se aplican las normas anteriores, pero referidas al 75 % del valor total del bien.

i) Ajuar doméstico.

Se puede decir que el ajuar doméstico está constituido por:

- Efectos personales.
- Utensilios domésticos.
- Bienes, muebles de uso particular del sujeto pasivo, joyas, obras de arte, automóviles y embarcaciones cuyo valor unitario no exceda de 250.000 pesetas.

Hay que hacer constar lo siguiente:

- No se incluyen en el ajuar las colecciones de sellos y monedas por lo que se valoran a precio de mercado.
- Las obras de arte incluidas son las no exentas.
- En caso de bienes pertenecientes, según la descripción anterior, al ajuar con valor unitario superior a 250.000 pesetas se excluye el exceso de esta cantidad.

La norma de su valoración se recoge en el art. 6, apartado h) que indica:

El ajuar doméstico se estimará en los siguientes valores respecto del resto del Patrimonio:

- El tres por ciento de la parte del Patrimonio con valores comprendidos entre cero y veinte millones de pesetas.
- El cinco por ciento en lo que exceda de veinte millones de pesetas.

Se incluirán en ambos casos dentro del ajuar las joyas, obras de arte, automóviles o embarcaciones, en cuanto su valor unitario no exceda de doscientas cincuenta mil pesetas.

—Otros bienes y derechos.

Se valoran por su precio de mercado en la fecha de devengo del impuesto.

Dada la dificultad de determinar su valor, hay que tener en cuenta la posibilidad de la Administración de realizar una tasación pericial contradictoria, en caso de no estar de acuerdo con dichas valoraciones.

—Deudas.

Se valoran por su nominal. No se incluyen los intereses. Hay que cuidar de no confundirlas con las cargas reales. La hipoteca sobre un bien inmueble se considera deuda y no carga, si garantiza el precio aplazado en la compra del inmueble.

Es preciso justificarlas para poder deducirlas. Los contribuyentes por obligación real sólo podrán deducir las deudas que afecten a los bienes o derechos situados, o que puedan ejercerse en territorio español.

No se pueden deducir como deudas las cantidades avaladas, en tanto en cuanto no esté obligado el avalista al pago de la deuda por falta de pago del deudor.

—Base imponible.

La constituyen la suma del valor de los bienes y derechos numerados en el importe de las deudas.

Un esquema del cálculo de la base imponible sería el siguiente:

URBANA
 RUSTICA
 B. AFECTOS A NEGOCIO
 DEPOSITOS BANCARIOS
 CERTIFICADOS DE DEPOSITO
 SEGUROS DE VIDA
 TITULOS DE RENTA FIJA Y VAR.
 OTROS BIENES

3 % ó 5 %

AJUAR DOMESTICO

DEUDAS

PATRIMONIO BRUTO

—

DEUDAS

BASE IMPONIBLE

—*La base liquidable.*

Resulta de restar a la base imponible las reducciones de mínimo exento y familiares.

Las reducciones establecidas en la ley son:

- 1.—Mínimo exento: 4.000.000 pesetas.
- 2.—Matrimonio: 2.000.000 pesetas.
- 3.—Por cada hijo menor con deudas a desgravación en el IRPF: 500.000 pesetas.
- 4.—Por cada hijo invidente, gran mutilado o gran inválido con derecho a desgravación en el IRPF: 1.000.000 pesetas.

La Ley de Presupuestos Generales del Estado para 1980 modificó estas deducciones estableciéndolas en:

- 1.—6.000.000 pesetas.
- 2.—3.000.000 pesetas.
- 3.— 750.000 pesetas.
- 4.—1.500.000 pesetas.

Estas últimas son las aplicables en la declaración correspondiente al año 1983.

—*La cuota tributaria.*

Resulta de aplicar el tipo de gravamen a la base liquidable, dentro del

Límite máximo establecido.

El tipo de gravamen es una escala progresiva por escalones. Esta escala es:

Porción de base liquidable comprendida entre:

0 y 25 millones:	0,20 ‰
25 y 50 millones:	0,30 ‰
50 y 100 millones:	0,45 ‰
100 y 250 millones:	0,65 ‰
250 y 500 millones:	0,85 ‰
500 y 1.000 millones:	1,35 ‰
1.000 y 1.500 millones:	1,35 ‰
1.500 y 2.500 millones:	1,70 ‰
Más de 2.500 millones:	2 ‰

—El límite máximo.

Para respetar el mandato Constitucional de que los impuestos no tengan alcance confiscatorio, o sea, que el impuesto sobre el Patrimonio debe ser pagado con la renta obtenida por los bienes y no con el producto obtenido por la venta de éstos, por lo que se establece un límite, estimado en porcentaje sobre la Base Imponible del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas, de las cuotas íntegras conjuntas de este impuesto y el Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio.

Este límite, que fue establecido por el Reglamento del IRPF, en su art. 116, en el 55 por 100, ha sido elevado por la ley 9/80 de 13 de julio de Presupuestos Generales del Estado para 1983 hasta el 65 por 100.

Si ocurre que las cuotas íntegras de ambos impuestos superan el porcentaje establecido, se deberá reducir la cuota íntegra del Impuesto sobre el Patrimonio hasta alcanzar este límite.

Para hacer este cálculo hay que tener en cuenta que no se considera la parte de cuota que corresponda a bienes no susceptibles de producir renta, pues para estos bienes no hay límite.

—Deducciones por doble imposición.

Se deducirá de la cuota íntegra la menor de estas dos cantidades:

La cantidad pagada en el extranjero por impuesto de la misma naturaleza, o el resultado de aplicar el tipo medio efectivo del impuesto a la parte de base liquidable gravada en el extranjero.

Esta deducción trata de evitar que por la tenencia de un mismo bien un contribuyente se vea gravado dos veces, en el caso de que tribute en España por obligación personal, por el hecho de tener bienes en el extranjero (donde tributa por obligación real).

—Deducción por Ceuta y Melilla.

Se estableció por la O. M. de 9 de mayo de 1978. Se gira sobre la cuota íntegra por la parte de cuota que corresponde a bienes o derechos que radican o sean exigibles en Ceuta y Melilla. Es el 50 o/o.

Vista ya una panorámica del Impuesto, vamos a resolver un supuesto práctico referido a 1 año, 1983, que sirva para ilustrar lo expuesto.

Supuesto

Enunciado:

Dña Paquita Cerezo, de 31 años, que a pesar de sus intentos sigue soltera, habiendo conocido en la discoteca “Zodiaco” a don Alfonso Recámez, del que ella desconoce su condición de Inspector de Hacienda, y con el avieso propósito de obnubilarle con sus “encantos”, le cuenta que posee los siguientes bienes:

1.—Un piso en Guadalajara comprado en 1977 en 5 millones de pesetas, y valorado en el Impuesto sobre el Patrimonio de 1978 en 3.798.240 pesetas, con valor catastral en 1983 de 3.000.000 de pesetas.

2.—Un piso en Melilla que tiene alquilado a dos estudiantes, por el que recibe 300.000 pesetas anuales y que tiene un valor catastral de 750.000 pesetas (1976 año de implantación de la CTU).

3.—Además, posee un cortijo en Córdoba denominado “La Bruja” con una base imponible de la Contribución Territorial Rústica y Pecuaria de 1983 de 300.000 pesetas.

4.—Posee los siguientes depósitos bancarios o en la Caja de Ahorros de Antequera, oficina de Melilla.

CUENTA CORRIENTE

Saldo a 31-XII-83	Saldo Medio
1.800.000	1.250.000

LIBRETA DE AHORROS

Saldo a 31-XII-83	Saldo Medio
1.725.000	1.325.000

PLAZO FIJO (Constituido en 1-7-83)

Saldo a 31-XII-83	Saldo Medio
1.000.000	500.000

5.—Tiene 1.000 acciones de 500 pesetas nominales de la empresa “Construcciones Barrendero, S. A.”, de la que por la calle se dice:

“Si le compras un piso a Barrendero,
te quedas sin piso y sin dinero.”

El valor teórico de las citadas acciones, según comunicación de la ci-

tada sociedad es del 85 %, aunque el capital social más las reservas de la citada sociedad son de 3.000.000 de pesetas, siendo el número de acciones de 4.700.

6.—Posee dos coches:

Un “Alfa Romeo” valorado en 500.000 pesetas.

Un Seat 600 valorado en 25.000 pesetas.

Como doña Paquita se administra bien, no tiene deudas.

Don Alfonso, tras darse a conocer, le conmina a que declare este año por el Impuesto Extraordinario sobreel Patrimonio, tras levantarle un acta “in situ” por los dos últimos años que doña Paquita, ocupada buscando novio, no había tenido un huequecito para cumplir sus deberes fiscales.

Doña Paquita, al día siguiente, le encarga a usted le haga su declaración del año 1983 por el Impuesto sobre el Patrimonio.

SOLUCION

—URBANA		4.891.740
Piso Guadalajara	3.798.240	
Piso Melilla		
(750.000 x 1,08 x 1,35)	1.093.500	
—RUSTICA		7.500.000
Cortijo Córdoba		
300.000 x 25	7.500.000	
—DEPOSITOS EN C./C.		3.075.000
C./c.	1.250.000	
Libreta de Ahorros	1.325.000	
Plazo Fijo	500.000	
—PARTICIPACIONES SIN COTIZACION		
EN BOLSA		425.000
Construcciones Barrendero		
(1.000 x 500 x 0,85)		
—DEMÁS BIENES Y DERECHOS		250.000
Alfa Romeo	250.000	
TOTAL SUMA (1)		16.141.740
AJUAR 3 % de (1) 0-20 m		484.252 (7)
TOTAL BIENES Y DERECHOS		16.625.992
DEUDAS		—

BASE IMPONIBLE		16.625.992
REDUCCIONES		
Contribuyente soltero		6.000.000 (8)
		<hr/>
BASE LIQUIDABLE		10.625.992
CUOTA 0,20 %	21.252(a)	21.252
REDUCCION CEUTA Y MELILLA (10) .		

$$\frac{\text{Tipo medio efectivo de gravamen}}{\text{CI} \cdot 100} = \frac{21.252 \cdot 100}{16.625.992} = 0,1278239 \%$$

Parte de Base Imponible en Melilla:	5.327.752
Parte de cuota correspondiente a los bienes y derechos situados en Melilla: (11)	

$$\frac{5.327.752 \cdot 0,1278239}{100} = 6.810$$

Deducción 50 % de 6.810	3.405	3.405
		<hr/>
CUOTA LIQUIDA		17.847

- C. I. Cuota íntegra
B. I. Base imponible

NOTAS

(1) Para los bienes comprados con anterioridad a 1978 se considera valor adquisición el valor declarado en el Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio de las Personas Físicas del año 1978, siempre que sea superior al que resultaría aplicando la regla de capitalización del Impuesto sobre el Patrimonio. Norma: Ver disposición transitoria 2.^a del Reglamento del I.R. P. F.

(2) Dado que es en 1976 el año de implantación de la Contribución Territorial Urbana, hay que actualizar el valor catastral por el coeficiente recogido en el art. 6.º de la ley 50/77, que es el 1,08 y el producto resultante por el coeficiente 1,35 señalado en la ley 74/80 de 29 de diciembre de Presupuestos Generales del Estado para 1981. Norma: art. 6.º a) de la ley 50/77.

(3) La capitalización al 4 % de que habla la ley da idéntico resultado que multiplicar por 25 la Base Imponible de la Contribución Territorial Rústica y Pecuaria. Norma: art. 6.º b) de la ley 50/77.

(4) No obstante, existe una consulta no vinculante en el sentido de que podrían utilizarse los saldos finales del ejercicio, pero entendemos que lo dicho en esa consulta tiene como finalidad evitar lo engorroso de los cálculos correctores de los saldos medios en caso de compra de bienes o de cancelación de deudas. Como en este supuesto no se da lo mismo de los dos casos, y además los saldos no son de pequeña cuantía, entendemos como más correcto la aplicación del criterio de valoración de la ley. Norma: art. 6; d) de la ley 50/77.

(5) Con arreglo a la norma legal la valoración de estas participaciones ha de hacerse a valor teórico, resultante del último balance aprobado. Norma: art. 6 f) párrafo 1.º de la ley 50/77.

(6) El art. 6.º h) párrafo 4.º de la ley 50/77 indica:

"Se incluirán en ambos casos o dentro del ajuar las joyas, obras de arte, automóviles o embarcaciones, en cuanto su valor unitario no exceda de 250.000 pesetas."

A "Sensu contrario" de este precepto, parece que en cuanto el valor unitario de las joyas, obras de arte, automóviles o embarcaciones superará las 250.000 pesetas no deberían incluirse en el ajuar, sino en otros bienes y derechos por su totalidad.

Sin embargo, la O. M. de 14 de enero de 1978 determina que se excluye del ajuar no el total, sino sólo el exceso de las 250.000 pesetas.

Pese a la objeción expuesta, en la resolución del supuesto hacemos caso de la norma reglamentaria.

(7) Norma: art. 6 h) de la ley 50/77.

(8) El art. 7.º de la ley 50/77 indica las reducciones en concepto de mínimo exento, que es el caso a aplicar, ya que doña Paquita no está casada ni tiene hijos, de 4.000.000 pesetas.

Sin embargo, esta reducción fue elevada a 6.000.000 pesetas por el art. trigésimo de la ley 42/77 de Presupuestos Generales del Estado para 1980.

(9) Norma: art. 9.º de la ley 50/77.

(10) Se ha utilizado el mismo procedimiento de cálculo que se desprende de la ley para el caso de deducción por doble imposición internacional.

Es de notar que el impuesto del Impuesto al calcular el tipo medio de gravamen no utiliza en el denominador la base imponible, sino la liquidable, quizá a causa de una interpretación de la O. M. 14-1-78, lo que es preciso tener en cuenta al liquidar el impuesto en su impuesto oficial.

(11) Los bienes y derechos que se consideran situados en Melilla son:

- El piso situado en ésta plaza	1.093.500
- Los depósitos en cta./cte.	3.075.000
- Acciones construcciones Barrendero, S. A.	425.000
- Demás bienes y derechos	250.000
- Ajuar.	484.252

TOTAL. 5.327.752 Pts.

(Si reside en Melilla, su ajuar doméstico debe estar aquí)

BIBLIOGRAFIA

BREÑA CRUZ, Fernando A.: *Impuesto Extraordinario sobre el Patrimonio de las Personas Físicas*. Ed. Ministerio de Hacienda. Servicio de Publicaciones. Colección: Legislación Tributaria Comentada. Madrid, 1982.

BANACLOCHE PEREZ, Julio; GONZALEZ GARCIA, Angel Luis; SARMIENTO CASTAÑON, Rufino: *El Impuesto extraordinario sobre el Patrimonio*. Ed. Banco Hispano Americano. Madrid, 1981.

Varios: *Curso de Tributación*. Ed. Instituto de Estudios Financieros. Madrid, 1981.

Varios: *Compendio de Derecho Tributario Español*. Manuales de la Escuela de Inspección Financiera y Tributaria. Madrid, 1979.

Melilla en la visión de la novela histórica: 1921 (Aproximación en tres textos)

Por *Vicente Moga Romero*

“Pasa el tiempo la lluvia de los días
todo lo borra, ¿quién recuerda ahora
los Ambar, y Taxuda, y Casabona,
Tauriat-Hamet, y el Blocao de la Muerte...?
¡Hojas arrebatadas por ardiente
ábrego; agua pasada que no muele...!” (1)

I. LA NOVELA HISTORICA COMO PRE-TEXTO

Asistimos hoy al resurgir de la llamada novela histórica. Para algunos no es más que la moda del neorromanticismo que quiere envolvernos. Para otros, no sería más que el desarrollo de un género que apenas si tiene limitaciones. En efecto, desde la *Ciropedia* de Jenofonte, la novela histórica se ha ido afirmando hasta poderse decir que “toda novela es historia, toda noveda es novela histórica... Todo escritor escribe en la historia, aunque ciertamente no todos los escritores hagan historia ni tengan por qué hacerla: la relación del escritor con la historia es, ni más ni menos, su relación con la realidad. No se está en la realidad, es decir, no se está en el mundo, si no se está en la historia” (2).

Por supuesto la novela histórica puede constituir una deformación de la verdad histórica, pero la misma Historia ha de incluirla entre sus fuentes, aunque con la consideración de fuentes “indirectas” y sujetas a todo tipo de comprobaciones. Además, los historiadores han sentido la tentación de

(1) SANTA MARINA, Luys, *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*. Ed. Planeta, Barcelona, 1980, pág. 199.

(2) HINTERHAUSER, Hans, *Los Episodios Nacionales, de Benito Pérez Galdós*. Gredos, Madrid, 1963. Citado en SUEIRO, Daniel: *La novela histórica como forma de acción*. Historia-16, núm. 73, Madrid, 1982, págs. 110 a 114.

novelar la historia, porque así encuentran "la oportunidad de sumergirse en la experiencia emotiva y sus sugerencias, en un contexto dado" (3). En este sentido, la novela histórica ha evolucionado desde el Romanticismo hasta hoy. Y lo ha hecho, en primer lugar, apoyando la vocación por los estudios históricos en la época del Romanticismo, reflejando los progresos de la ciencia histórica en el siglo XIX (Flaubert, Tolstoi, Pérez Galdós...), generando una biografía novelada que aporta tanta historia como recibe (4).

Marguerite Yourcenar en el "Cuaderno de notas" que sirve de apéndice a su novela sobre Adriano aclara el panorama, situándolo en sus coordenadas más actualizadas: "Los que consideran la novela histórica como una categoría diferente olvidan que el novelista no hace más que interpretar, mediante los procedimientos de su época, cierto número de hechos pasados, de recuerdos conscientes o no, personales o no, tramados de la misma manera que la Historia. Como *Guerra y Paz*, la obra de Proust es la reconstrucción de un pasado perdido. La novela histórica de 1830 cae, es cierto, en el melodrama y el folletín de capa y espada; no más que la sublime 'Duquesa de Langeais' o la asombrosa 'Niña de los ojos de oro'. Flaubert reconstruye laboriosamente el palacio de Amfícar con ayuda de centenares de pequeños detalles; del mismo modo procede con Yonville. En nuestra época, la novela histórica, o la que, por comodidad, puede denominarse así, debe desarrollarse en un tiempo recuperado, animada por la presencia de un mundo interior.

El tiempo no cuenta. Siempre me sorprende que mis contemporáneos, que creen haber conquistado y transformado el espacio, ignoren que la distancia de los siglos puede reducirse a nuestro antojo" (5).

Hoy se escribe buena novela histórica (Robert Graves, Mújica Láinez, Umberto Eco, Alejo Carpentier, Abel Posse, Denzil Romero...), pero, sobre todo, "ahora el novelista no recrea la historia de forma novelesca, ateniéndose fielmente al hecho o a la anécdota, ahora la distorsiona, la inventa, llega a jugar con lo que es la más fuerte vertebración de la historia: el tiempo" (6).

Hemos llegado al núcleo central de la cuestión: la distorsión del parámetro tiempo, para fabular y recrear la historia. Las posibilidades son in-

(3) JACKSON, Gabriel, *Por qué escribí una novela histórica*. Historia-16, núm. 30, Madrid, 1978, págs. 129 a 132.

(4) Véase: LUKACS, George, *La novela histórica*. Era, México, 1966. RAMA, Carlos, *La historia y la novela*, Tecnos, Madrid, 1975.

(5) YOURCENAR, Marguerite, *Memorias de Adriano*. Edhasa, Barcelona, 1982, págs. 247 y 248.

(6) CAMPOS, Jorge, *Nueva relación entre la novela y la historia: Abel Posse y Denzil Romero*. Insula, núm. 440-441, Madrid, 1983, pág. 19.

mentas. La novela, como la historia, son totalmente subjetivas, pero ambas pretenden ser fieles al suceso histórico. Pensamos, por ello, que el momento elegido para examinar algunos aspectos de determinadas novelas históricas, es especialmente propicio. Asistimos, ya lo decíamos al principio, a una renovación del significado de la novela histórica. Que está apoyada por la labor divulgativa de diversos medios culturales. Pensemos, por ejemplo, en el coloquio, que bajo el título *Histoire et roman historique*, tuvo lugar en el Centro "Georges-Pompidou", de París. En él participaron eminentes historiadores (G. Duby, M. Pierre, E. Vigne) y conocidos "roman-ciers" (J. Benzoni, M. Rayons), que coordinados por Jean-Jacques Brochier abrieron, el 2 de febrero de este año, un debate público.

Pensemos, también, en el periódico *El País* que dedicó la sección de "El País-Libros" del domingo 5 de febrero del año en curso, a la novela histórica. Lluís Racionero y Rafael Conte explicaron las relaciones entre "La historia, nuestra madre", y la novela, en "El difícil ejercicio de reinventar el pasado."

Pensemos, por último, en la edición realizada por Alianza Editorial, de la Historia Universal "Asimov". ¿Habrá utilizado Isaac los recursos fundacionales de la psicohistoria de Harri Seldon?

II. MELILLA EN LA VISION DE LA NOVELA HISTORICA: 1921

El presente estudio pretende centrarse en la novela histórica en torno a la guerra de Marruecos. Concretamente en la guerra de 1921 y sus secuelas. El análisis tiene su nudo central en Melilla, sede de la comandancia militar de la zona oriental Marruecos, y se articula en torno a tres obras fundamentales:

- Ernesto Giménez Caballero: *Notas marruecas de un soldado*. 1.^a edición: 1923.
- Ramón J. Sender: *Imán*. 1.^a edición: 1930.
- Arturo Barea: *La forja de un rebelde*. 1.^a edición —en castellano—: 1951.

Las ediciones manejadas por este trabajo han sido: para *Notas marruecas de un soldado*, Planeta, Barcelona, 1983; para *Imán*, Destino (2.^a edición), Barcelona, 1983; y, para *La forja de un rebelde*, Losada (4.^a edición), Buenos Aires, 1966. A ellas van referidas cuantas notas aparecen en el desarrollo de este artículo.

Para centrar el tema cabe decir que la "cuestión marroquí" ha suscitado bastante literatura. El período reseñado, 1921, tiene sus antecedentes más claros, en la relación novela-historia, en la guerra de Africa de 1859-1860.

Benito Pérez Galdós con su *Alta Tettauén*, 1905, en el contexto de sus *Episodios Nacionales*; y Pedro Antonio de Alarcón con su *Diario de un testigo de la guerra de África*, 1860, serían exponentes y precursores de los autores escogidos para ilustrar los trágicos sucesos de 1921. De esta manera, como afirma Juan Goytisolo, "la denuncia de la guerra se integra en una corriente temática que ilustrarán más tarde con éxito autores como Sender o Barbusse..." (7).

Por otra parte, a la nómina de autores antes reseñada es posible añadir algunos otros, aunque sea de una forma más incidental, pero que tratan, igualmente, la cuestión suscitada. Así Víctor Ruiz Albéniz, que ha centrado buena parte de sus obras en la antigua zona del Protectorado español. Citaremos sus obras *Ecce homo: las responsabilidades del desastre*, Madrid, 1922, y su novela de ambiente marroquí, *¡Kelb Rumi! La novela de un español cautivo en los rifeños en 1921*, Madrid, 1921. Curiosamente, el propio Ruiz Albéniz denomina específicamente muchas de sus obras. Así: *La carga de Taxdirt* ("Narración histórica"); *Los hijos de Allha* ("Narraciones, tipos y costumbres de Marruecos"); *Ben Alí Sherif, guerrero y redentor* ("Novela sociológica del Mogreb"); etcétera.

Igualmente, hay que mencionar a Díaz Fernández, autor de *El Blocao*, titulada, "Novela de la guerra marroquí", en la edición de Historia Nueva de 1928.

La obra de Luys Santa Marina, *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*, editada por vez primera en 1924, y reeditada por Planeta en 1980, contiene anotaciones sugestivas para nuestro estudio.

Por último, queremos reseñar dos novelas distanciadas en el tiempo —sus autores las han escrito mucho después de que los acontecimientos acontecieran—, pero no exentas de interés. Estas son, *El Desastre de Annual*, de R. Fernández de la Reguera y Susana March, editada por Planeta, y que forma parte de los llamados *Episodios Nacionales Contemporáneos*, del que forma el volumen núm. 7, y que apareció, en su primera edición en 1968; y, *Kábila*, de Fernando González, editada por Debate, Madrid, 1980.

Estas dos últimas novelas "históricas" son reconstrucciones muy posteriores a los hechos, pero que tienen interesantes perspectivas. *El Desastre de Annual* está concebido dentro de un aceptable rigorismo histórico, con un empeño voluntarioso y concienzudo de seguir la pista de Pérez Galdós. *Kábila* debe su mayor aporte de originalidad al tipo narración que el autor ha escogido. Así, será un auténtico kabileño el que hable en primera persona. Y es a través de las andanzas del tuzaní Ahmed Ben Haki como vamos conociendo el desarrollo de la evolución del personaje desde su en-

(7) GOYTISOLO, Juan, *Crónicas sarracinas*, Ruedo Ibérico. Barcelona, 1982, pág. 66.

trada al servicio de los españoles —como “echador” de “kahua-el-halib” en el Casino Militar de Melilla— hasta su incorporación a las tropas nacionales que un 17 de julio se alzaron en Melilla, por supuesto, pasando por su activa participación en la guerra de 1921. Todo ello hace que “en *Kabila* se da un enfoque heterodoxo a los ‘hechos de armas’ acontecidos en el antiguo Protectorado español en Marruecos, por eso es un relato de malditos” (8).

1

La obra de Ernesto Giménez Caballero es la de un soldado de cuota que pasó dos años en Marruecos, en plena juventud, entre campamentos y hospitales.

La Ley de Bases de 29 de julio de 1911, la Ley del Servicio Militar de 12 de febrero de 1912, habían suprimido la redención en metálico por el servicio militar, pero creaba el “soldado de cuota”. Este podía acortar su estancia en el Servicio mediante el pago de cierta cantidad al Estado. Así, el pago de 1.000 pesetas, reducía el Servicio a 10 meses; el pago de 2.000 pesetas lo reducía a solo 5 meses. Además de estas cantidades, el “cuota” debía pagarse el equipo, la manutención y el caballo. La alternativa al cuota era el Servicio militar de 3 años para los menos afortunados.

De todas maneras una cosa era la teoría y otra la realidad, Giménez Caballero, que llegó a África para sólo 5 meses, estuvo dos años.

La obra de Giménez Caballero tuvo mala aceptación por el Gobierno, dado que abanderaba el autor la postura abandonista. De todas maneras, a la hora de señalar diferencias, hay que decir que, al contrario de Sender y Barea, Giménez Caballero mantendrá una postura política —ya en la época franquista— que engarzarán perfectamente en el franquismo, mientras que Barea y Sender tendrán que elegir la calle del exilio.

La sutil pluma del lector de Estrasburgo va cayendo sobre los tópicos y las realidades de la guerra de Marruecos, sobre “el héroe de los tres años en tierras africanas, sometidos a todos los trabajos y penas” (9). Las descripciones, aunque concisas, son reales. La inquietud de los soldados que en el campamento despierten sorprendidos por una “ensalada de tiritos”; la pobreza del botín que hace que “los soldaditos españoles en Marruecos se conformen con unos cuantos higos que birlan al Mohamed”; la presencia constante de la cantina junto a las guarniciones, en el campamento, en la plaza, figurando ser “un modesto templo de alguna divinidad bené-

(8) GONZALEZ, Fernando, obra citada, pág. 7.

(9) GIMENEZ CABALLERO, E., obra citada, pág. 31.

vola *ad usum plebis*"; la evocación de los compañeros caídos como "el humilde Fernández, semilla de menestral o de burócrata, destrozada por el plomo"; el "Tercio de extranjis", repleto de "panteras africanas", etcétera.

Melilla se muestra ante sus ojos al final de una travesía en el "Giralda", acompañando al Alto Comisario con su séquito. Melilla aparece al doblar el cabo de Tres Forcas, con el faro destacado en la ciudadela vieja.

"Un antiguo teatro provinciano, enclavado en el casco de la Melilla vieja, allá en lo alto, como la atalaya de la ciudadela, fue habilitado para Residencia de nuestro más alto representante.

...En la fachada, encalada de rosa, con desconchones, aún se conserva intacto en letras grandes el título completo del teatro: "Teatro Alcántara" (10).

Pronto, Giménez Caballero siente la atracción de la Melilla vieja, a la que observa desde su alojamiento:

"Nosotros, la *tropa vulgaris*, estamos alojados en un caserón frontero a la Residencia, que debió ser Casa Consistorial o algo así; pues tiene una torre con reloj y grandes salas destartadas... Abajo está la plaza en silencio... A la izquierda hay un palacio provinciano a cuya puerta espera un coche de mulas... A la derecha se abre el horizonte magníficamente. El puerto, moderno, agradable, con algunos barcos de carga y de correo, con lanchones de pesca de mástiles abatidos, con dos navíos de guerra, y, a lo último, el "Giralda", negro, de tres altos palos, que cabecean suavemente. El mar está violeta, delicado. El Atalayón parece en él una colina encantada. Más a la derecha se alza el Gurugú famoso. Y bajo él, la ciudad nueva, impecable y, a esta hora, llena de vida, sobre todo en el muelle, donde descargan fardos, barricas, pacas, donde la gente pasea" (11).

Melilla se presenta así como una ciudad salvada, aunque la población ha olvidado los sucesos de julio, el pánico, el deseo irrefrenable de huir.

"Me cuentan... cómo la población, ante el bombardeo, comenzó a refugiarse aquí, en este casquete de antiguas murallas, que tendría entonces el aspecto de la Melilla vieja de Estopiñán."

"Esta Melilla vieja tiene encanto... Piedras venerables, doradas por los años, con inscripciones de tiempos de los Austrias en letras sugestivas. Callejones con sorpresas al mar... Hay casas con lápidas recordando refugios de castizos liberales españoles. Callecitas que, iluminadas por un sol matinal, con sus geráneos en los balcones chiquitos, sus gatos y su soledad, huelen a Andalucía; Aquí está el arcaico caserón del Hospital, con galerías de arcadas. Aquí está el Faro..." (12).

(10) *Ibidem*, pág. 68.

(11) *Ibidem*, págs. 70 y 71.

(12) *Ibidem*, págs. 71 y 72.

Decididamente Melilla la vieja cautiva a nuestro autor. Pero no podía faltar un "Paseo provinciano" por las calles de la Melilla nueva. Una ciudad que anuncia en la cotidianeidad de sus ruidos la atmósfera de paz.

"La Melilla nueva es una población seria. Tiene hermosas casas y hermosos comercios, algunos magníficos. Es limpia, amplia, desarrollada. Por la noche, su calle central es una arteria llena de vida. Escaparates radiantes, cafés y kioscos de bebidas atestados... Las mujeres van a las compras de anochecer. Algunas visten muy bien y son bonitas. Suena el timbre del teatro de varietés. Y se olvida uno por un momento que está a dos pasos de ese Gurugú, que ayer ocupaban hostilmente los moros" (13).

Es, en definitiva, una bella imagen de la ciudad, desmitificada porque el imponente y temido Gurugú es apenas un cerro. Este monte, cuyo nombre aterra al peninsular, en realidad, "no llega a ser una montaña". Sin embargo, Giménez Caballero se sorprende del descuido de no fortificar el Gurugú".

Una vez más aparece la visión de Melilla arraigada en el mediodía peninsular.

"El parque... es un jardín de pruvicias del Sur o levantinas" (14).

Tras la estancia de unos pocos días en Melilla —incluida una visita a Nador— Giménez Caballero se aleja de nuevo en el "Giralda". Luego vendrán otra serie de descripciones, fundamentalmente de Tetuán, aunque no olvida Tamuda o Ceuta, o la transcripción de romances que conservan las hebreas xexuanfes. Al final realiza una delcaración de intenciones:

"He tenido gusto en recoger cosas que me han parecido pudieran servir como una modesta contribución a nuestra escasa literatura colonial. En el fondo, mi intención al publicarlas no es otra que dar testimonio de que en las generaciones de juventud española que hemos pasado por allí, hay alguien que diga algo" (15).

A la plácida visión de Giménez Caballero, Ruiz Albéniz añade una visión distinta, vista desde el prisionero de los Faquelán. Pero ésta es una visión anterior en el tiempo. Giménez Caballero habla después de pasado el desastre. Ruiz Albéniz, como Sénder, como Barea, hablan del desastre en sí, de la pesadilla del soldado. Melilla aparece entonces como una remota esperanza, como el punto de enlace hacia la aflorada Península. Muchos pasarán antes por el Purgatorio de la ciudad sitiada. Los enfermos "con pavor se ven luego en Melilla alojados en los pabellones Döcker, donde parece que no se respira que todo habla de dolor y muerte" (16).

(13) *Ibidem*, pág. 73.

(14) *Ibidem*, pág. 74.

(15) *Ibidem*, pág. 185.

(16) RUIZ ALBENIZ, Víctor, *¡Kelb Rumí! La novela de un español cautivo de los rifeños en 1921*. Librería y Editorial Rivadeneyra, Madrid, 1922, pág. 50.

Peor suerte les esperaba a los cautivos. Abd-el-Krim los había concentrado en Annual en su mayoría. Al desconsuelo de su situación se añadía la intoxicación propagandística de los rifeños que afirmaban que “Melilla estaba medio derruida por efectos de los disparos de los cañones que Abd-el-Krim había ordenado emplazar sobre el Gurugú” (17).

Giménez Caballero nos describe a Ruiz Albéniz, con el que coincide en un hotel de Tetuán. Lo describe como periodista “del que dicen que es muy entendido en cosas africanas. Su aspecto es el de un estudiante juer-guista. Y sostiene teorías sobre la gran inteligencia de los moros, que pasan” (18).

2

No vamos a comentar aquí la obra de SENDER, tan estudiada y conocida. Las limitaciones, propiamente impuestas, impiden una crítica global de su obra. Sin embargo, cabe recordar que SENDER es un escritor comprometido y preocupado —en palabras de Manuel Béjar— por “los problemas más intrínsecos del ser humano... Tal preocupación aparece claramente en su primera novela *Imán*, ...donde, tras la ávida mueca del soldado, se busca el contacto amoroso con aquel otro ser primero suyo (vital entonces, hoy olvidado), mientras el espeluznante refugio de la carroña sirve de marco adecuado —Jonás inédito del desierto, éste Vianca— para el descubrimiento interior de una fe redentora: la comunión humana con la sustancia única, misteriosa y eterna” (19).

Ello es especialmente importante porque *Imán* surge “en medio de la moda de la deshumanización del arte, de la novela pura y experimental” (20). Y surge *Imán* alineada con la obra de un grupo de escritores que buscan recoger la “realidad diaria dentro de un contexto social”. Son José Díaz Fernández, Joaquín Arderius, César María Arconada y, poco después, Carranque de los Ríos.

SENDER se alinea en este grupo desde sus primeros escritos. *Imán*, su novela de la guerra de Marruecos, es la descarnada revelación de un anti-heroísmo, la denuncia de unos hechos que apuntan a variados responsables, algo más que una “novela de guerra” tan en boga entonces en las

(17) *Ibidem*, pág. 235.

(18) GIMÉNEZ CABALLERO, E., obra citada, pág. 119.

(19) BEJAR, Manuel, *Unidad y variedad en la narrativa de SENDER*. Revista de Occidente, núm. 13, 1982, págs. 117 y 118.

(20) GARCÍA VIÑO, Manuel, *Novela española de postguerra*. Publicaciones españolas, núm. 521, Madrid, 1974.

traducciones de Remarque, Ludwig Renn o Barbusse. "El principio y fin de la novela llevan el relato desde el escenario de la guerra a una realidad española que colorea toda la trágica apopeya" (21).

Coincidiendo en lo expuesto por Manuel Béjar, Marcelino Peñuelas, en la introducción a *Imán*, explica que el título de la novela —que es el apodo del protagonista, Viance, en su aldea de origen— metamorfosea a esa España que atrae sobre sí misma la desgracia a través de su compleja y accidentada historia. Pero la atracción del imán es interpretada también positivamente como "amor", como "la atracción natural entre las cosas y entre los hombres; la afinidad cósmica de que hablaba Manuel Béjar, refiriéndose al episodio en que Viance se ve obligado a buscar refugio en las entrañas abiertas de un caballo".

Es curioso como Goytisolo utiliza este sentido de imán, pero aplicado al moro "que atrae, como un imán, una colección de epítetos e imágenes crudamente raciales que se reiteran obsesivamente" (22).

Viance entra en contacto con Melilla avanzada ya en gran parte la novela. Imán ha salido indemne del desastre pero sufre el calvario de la huida y el intento, concluido al fin, de alcanzar la ansiada Plaza. Las descripciones son realistas y reales. No en vano el mismo Sènder nos dirá, muchos años después, que "En *Imán* trató de contar lo que sucedió. Estuve en lugar de los hechos, desde Melilla a Monte Arruit y a Kandussi y Dar Quebdani y Tizi Assa y Tistutin, en la campaña de reconquista, que fue larga y costosa. Con diez veces más fuerzas de las que mandaba Silvestre, quien como es sabido se suicidó en Annual, siguiendo los dictados de la noble tradición profesional." (23).

Desde la vaguadas del Gurugú, Viance se aproxima a Melilla. Las casetas del ferrocarril fortificadas como blocaos le señalan el camino. Por fin llega a las afueras de la plaza:

"Ve las sombras del hipódromo, tiendas de campaña agrupadas. Líneas de alambradas y trincheras... Intenta dar la vuelta hacia el Real; pero las fortificaciones aumentan y el más pequeño ruido atrae los tiros de las ametralladoras. La ciudad está sumida en las sombras para dificultar el fuego de la artillería" (24).

Cuando por fin llega a la ciudad, la encuentra sumida en la defensa, asediada por los "pacos", falta de información. Apenas si le prestan atención y ha de emprender su particular vía crucis en busca del hospital.

(21) CAMPOS, Jorge, *Sènder, escritor proletario*. Insula, núm. 424, Madrid, 1982, págs. 4 y 5.

(22) GOYTISOLO, Juan, obra citada, pág. 11.

(23) SENDER, Ramón J., *El valor de la novela histórica*. Historia 16, núm. 2, Madrid, 1976, pág. 137.

(24) SENDER, Ramón J., *Imán*. Destino, Barcelona, 1983, págs. 231 y 232.

“Anda ya entre casas habitadas y pacíficas. Este barrio es el Real y la calle de los prostíbulos elegantes. Los soldados sólo vienen aquí cuando tienen mucho dinero, porque cae lejos del centro de la población y hay que coger un ‘taxi’. Pero ahora las avanzadas están en el Real y la coincidencia es magnífica...” (25).

No es una ciudad amable la que acoge al “Ceriñola”, más bien todo lo contrario. En el Alfonso XII, no se hacen cargo de él, y lo único posible es buscar su regimiento, atravesar toda Melilla hasta el Polígono, para luego subir hasta Cabrerizas Altas.

“La ciudad está dormida; pero se advierte pronto que no es un sueño reparador sino una pesadilla agitada, de pánico. Hay familias que marchan hacia el muelle con sus cuatro trastos, y otras se han trasladado al casco viejo de la población, que se alza en una especie de ciudadela fortificada, junto al mar. El miedo civil se ve en la prisa epiléptica de las mujeres que van y vienen por las cancelas de las casas de vecindad y el llanto dramático de algunas que gritan al oír un nuevo cañonazo, o las ametralladoras lejanas, cuyo sonido recuerda el crotorar de las cigüeñas. Viance se detiene un momento en el umbral y es rodeado por varias mujeres. En vano quiere marcharse.

—¿De Seriñola?: Es de Seriñola el pobresito” (26).

Pese a las compasivas frases, la realidad es que la población no quiere acoger a Viance. Continúa su camino atravesando el Polígono, azotado por el “levante”, Arrullado por las casetas del Polígono duerme con rumores de marinería, prostitutas y alcohol. Del “Buen Tono” llegan lejanas voces. Por fin reanuda el camino “tan familiar”, le renueva viejas impresiones. Roca monda, pelada; unas chozas al lado de la carretera, luego el paisaje muerto, gris plomo, sobre el cual emerge el alto rosetón del primer molino mecánico... Es para subir el agua al cuartel... Más arriba, otro molino sobre el alto trípode metálico” (27).

El cuartel es una nueva decepción: barracones de madera rodeados de un muro de almenas. Su barracón de transeuntes está lleno de “vagabundos, mendigos con las huellas del hambre, los uniformes destrozados, un aire general de miseria” (28).

Viance no entiende nada, cuando apenas llegado —en desastrosas condiciones— ha de partir de nuevo. Aquello es más misterioso que el “misterioso Selha”. Ya, Viance es una ruina física y moral. En estas condiciones es licenciado. Los trenes de San Juan de las Minas, que llevan el mí-

(25) *Ibidem*, pág. 234.

(26) *Ibidem*, pág. 240.

(27) *Ibidem*, págs. 243 y 244.

(28) *Ibidem*, pág. 245.

neral al muelle parecen despedirlo con cierta sorna. Al fin y al cabo “la Patria no es más que las acciones del accionista” (29).

Como hiciera Giménez Caballero, SENDER, en una nota a la primera edición del año 1930, aclara que el libro simplemente “trata de contar la tragedia de Marruecos como pudo verla un soldado cualquiera de los que conmigo compartieron la campaña”.

Otro tanto haría DÍAZ FERNÁNDEZ en su novela *El bloqueo*: “Marruecos sigue siendo una herida abierta en la conciencia española. A los espíritus civiles de aquellos soldados que fueron compañeros suyos en Marruecos de 1921, dedica el autor este libro” (30).

Annual, o mejor, el desastre de Annual fue sencillamente impresionante. La Comandancia de Melilla, a cuyo frente estaba Manuel Fernández Silvestre, no supo prever —en un error táctico o de apreciación— las consecuencias de un avance descabellado. Ceuta, Melilla y Larache —sedes de las tres Comandancias militares— no encontraron el modo de ejercer una fuerte influencia sobre sus territorios. “Fue precisamente el Rif (con 4.707 kilómetros cuadrados y 173.000 almas) núcleo de la berbería nor-africana, el corazón de la resistencia marroquí en la zona española” (31).

El Rif, que contenía el mayor número de kábilas —22— y la mayor densidad de habitantes por kilómetro cuadrado —36,74—, infringió una dura lección al ejército español en Marruecos. En el verano de 1921 se contabilizaron 12.981 muertos, 14.000 fusiles, 100 ametralladoras, 115 cañones y gran cantidad de material. “El desastre de Annual supuso para el ejército de tierra, el golpe moral que la batalla de Santiago de Cuba había sido para la Marina en 1898. Una comandancia general entera había desaparecido militarmente, y si Melilla no cayó en poder de los kalibeños, fue porque se dedicaron a recoger el inmenso botín desperdigado, pues Abdel-Krin era incapaz de imponerles una disciplina militar” (32).

3

Barea dedica el segundo libro de su trilogía *La forja de un reblede* —“La forja”, “La ruta”, “La llama”— a contar, de forma autobiográfica, su es-

(29) *Ibidem*, pág. 121.

(30) DÍAZ FERNÁNDEZ, obra citada, pág. 5.

(31) MORALES LEZCANO, Víctor, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Siglo XXI. Ed. Madrid, 1976, pág. 120.

(32) CARDONA, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil. Siglo XXI*,

(31) MORALES LEZCANO, Víctor, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Siglo XXI. Ed. Madrid, 1976, pág. 120.

(32) CARDONA, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil. Siglo XXI*, Madrid, 1983, pág. 72.

tancia en Africa como soldado. Aunque algunos autores —como Torrente Ballester— niegan a Barea el título de novelista, la realidad es que *La forja de un rebelde* es un espléndido documento, aunque como señala el profesor Riesgo, hay que tener en cuenta que cuando Barea escribe esta novela —en Inglaterra en el año 1944 la finaliza— “está influido por la actuación del Ejército de Marruecos en la Guerra Civil (1936-1939). Sin embargo, la completísima obra, en gran parte autobiográfica, de Barea refleja un importante respeto hacia el rifeño como pueblo y como persona y no sólo admiración como combatiente” (33).

Encontramos al sargento Barea —Ingenieros— en una posición de Hámara, en junio de 1920. Su conexión con los naturales es notoria y la crítica hacia el opresor es demoledora:

“Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos” (34).

Su contacto con Melilla se debe a la “Derrota española de 1921” o “Desastre de Melilla”, del que ya hemos hablado reiteradamente. Tras una marcha forzada de Xauen a Tetuán y Ceuta, son embarcados los refuerzos con rumbo a Melilla.

“En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus liberadores. Establecimos un campamento, no sé dónde. Oímos cañonazos, tableteos de ametralladoras, disparo de fusil de alguna parte fuera de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas. Putas y taberneros son imprescindibles en la guerra. Provocábamos a los habitantes asustados: “Ahora vais a ver lo que son cojones. ¡Mañana no queda un moro vivo!” ...A la mañana siguiente marchamos a las afueras de la ciudad: íbamos a romper el cerco y comenzar la reconquista de la zona” (35).

La descripción del horror es impresionante. Barea ya había dicho: “Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita...” (36), pero, incluso, se siente impotente para describir lo que ve, lo que huele —“olfamos a muerto”— por ello confiesa su impotencia.

“Yo no puedo contar la historia de Melilla de julio de 1921. Estuve allí, pero no sé dónde; en alguna parte, en medio de tiros de fusil... gritando, corriendo..., pero sobre todo vomitando sin cesar, oliendo a cadáver...

Un día al amanecer regresamos a la ciudad. Estaba lleno de soldados

(33) RIESGO PEREZ-DUEÑO, J. M., *Coloquio sobre —Relaciones entre España y Africa—*, en la UNED. Revista de Estudios Internacionales, vol. 4, núm. 3, julio-septiembre, 1983, pág. 572.

(34) BAREA, A., obra citada, pág. 272.

(35) *Ibidem*, pág. 326 y 327.

(36) *Ibidem*, pág. 326.

y de gentes que ya no estaban sitiadas. Vivían y reían. Se paraban en la calle para hablarse unos a otros, se sentaban en la sombra a beberse su aperitivo. Los limpiabotas se deslizaban entre la multitud de los cafés. Un aeroplano de plaza trazaba curvas graciosas en el aire. La banda de música tocaba un paso doble alegre en el paseo. Aquella tarde embarcamos” (37).

Giménez Caballero, SENDER, Barea, constituyen tres testimonios que saltan sobre el localismo de la guerra marroquí, para situarse en la guerra propiamente considerada. Terminamos con palabras de SENDER, que vuelven a destacar la importancia de las novelas como fuente documental y como testimonio histórico:

“Estoy convencido de que la novela moderna testimonial será mañana un documento vivo del mayor interés para los historiadores... creo que la novela que refleja el pensar y sentir del pueblo (lo que ahora se llama el —inconsciente colectivo— creador de mitos que van fijando los cimientos, los contrafuertes y las arquerías del complejo edificio nacional), puede ser un testimonio histórico de especial valor. De tanto valor como el documento que certifica oficialmente los hechos y de más transcendencia en cuanto a los elementos de análisis y de interpretación necesarios para llegar a conclusiones certeras” (38).

Por supuesto, no es posible realizar una reconstrucción exhaustiva de la Melilla de 1921 con la novela como única fuente. La prensa, los documentos oficiales y privados, y —cómo no— la fuente viva de la memoria histórica de la ciudad, guardada como patrimonio propio, coadyuvan en la busca del tiempo pasado.

(37) *Ibidem*, págs. 328 y 329.

(38) SENDER, R. J., *El valor de la novela histórica*, págs. 136 y 141.

Acercamiento a la sociolingüística

Por *M.^a del Carmen Marcos Casquero*

La Sociolingüística, particularmente en el extranjero, es ya una disciplina establecida, aunque no claramente delimitada. Aun cuando en España hasta ahora se ha propagado poco (1), lentamente, no obstante, va tomando una posición científica, conscientes, los estudiosos del lenguaje, del papel tan importante que puede representar la Sociología en los estudios de la lengua (2).

Nuestro intento de exponer este tema persigue dos objetivos:

1.—Conocer el trabajo ya hecho. Observamos que existe una multitud de publicaciones y que su número se incrementa constantemente tanto que su revisión sólo es posible con un gran esfuerzo. Es inevitable, por ello, proceder a una selección esencial de los materiales.

2.—Con nuestro acercamiento a la Sociolingüística, tratamos de delimitar las posiciones teórico-científicas y convencer a los estudiosos de la sociología y de la lengua de la importancia y atractivo de esta combinación de especialidades.

Al abordar el estudio de una lengua se puede optar por dos caminos: el que considera la lengua como un sistema homogéneo (a la manera de los estructuralistas y transformativistas), o el que considera la lengua en su heterogeneidad y dinamismo. Este último aspecto es el que contemplan los sociolingüistas: las desviaciones de la norma, los elementos lingüísticos diferenciales (dialectales), socioculturales o estilísticos (como señaló Coseriu).

Pero lo diferencial de un habla cualquiera no suele ser representativo de toda la comunidad hablante. En efecto, junto a esos elementos diferenciales

(1) Sólo encontramos algunos nombres importantes en esta materia: Alvar, Badía, Ninyoles; e hispanohablantes como Granda o Rona.

(2) Cfr. BORREGO, *Sociolingüística rural*, 1981, importante estudio sociolingüístico aplicado en Villadepera de Sayago.

conviven otros elementos de carácter normativo; ambos tipos de elementos configuran la lengua de dicha comunidad lingüística.

Los fenómenos lingüísticos están determinados por ciertos factores extralingüísticos: sexo, edad, incidencia de la norma en la comunidad, cultura, etcétera.

Pongamos un ejemplo. En el habla de El Maíllo (Salamanca), cuyo estudio recogimos en nuestra memoria de Licenciatura (3), hay arcaísmos (como el pronombre átono *vos* o restos de las antiguas sonoras: *donodilla* "donocilla", *dagal* "zagal"...), leonesismos (imperativos con -d- conservada: *sentade*, *ide*...; imperativos con -e final conservada, convertida en -i: *vai*, *andai*...), salmantinismos y vulgarismos. Pero estos fenómenos, que difieren de la lengua estándar o normativa, no son comunes a la totalidad de hablantes: suele conservarse más en las gentes mayores, menos en los jóvenes, debido a varios factores entre los que podríamos destacar la cultura, la incidencia de los medios de comunicación, el rechazo de lo no normativo... Y en la página 5 decíamos: "Los aspectos culturales son muy escasos, determinando así un léxico derivado de su socio-economía, lleno de arcaísmos y vulgarismos".

Todas estas consideraciones dan idea de la importancia de los elementos extralingüísticos, socioculturales, que caen dentro del campo de la Sociolingüística, y de la necesidad de su aplicación en el estudio de una lengua.

LENGUA Y SOCIEDAD

La lengua es una actividad social que refleja las estructuras sociales de una colectividad y es al mismo tiempo parte integrante de su cultura. Por tanto, su evolución está condicionada a la del grupo que la habla. Lejos del determinismo lingüístico de Humboldt, Sapir o Whorf, habría que hablar de "relatividad" lingüística y cultural, como apunta Lyons (4).

A veces hay coincidencias culturales entre grupos sociales distintos. Estas interacciones entre las lenguas o "intersecciones culturales" (5) son debidas a contactos entre grupos sociales y sólo excepcionalmente alcanzarían la estructura de las lenguas. Hay una relación estructura social-estructura lingüística y, como decía Meillet, los cambios de estructura social se traducen por cambios de estructura lingüística. Pero, como veremos, esto no siempre es cierto. La lengua tiene su propia inercia y sus propias condiciones de evolución, el cambio completo en una estructura social no implica un cambio en

(3) *El habla de El Maíllo: Contribución al Diccionario salmantino*, Salamanca, 1982. Copia mecanografiada.

(4) Cfr. LYONS, *Introducción*, pág. 445.

(5) Cfr. LYONS, *Introducción*, pág. 446.

la estructura de su lengua, como se demostró en la discusión sobre la lingüística suscitada en la URSS en 1950. J. Stalin, con su intervención, destruyó la ideología marrista al afirmar que la lengua es común a todas las clases. Se llegó a la conclusión de que la lengua no puede considerarse en su totalidad como una superestructura determinada por la infraestructura económica y social.

Es quizá el léxico el que manifiesta de manera más evidente la relación de la lengua con todos los aspectos de la sociedad (6).

La Sociolingüística, puesto que atiende a los aspectos pragmáticos del lenguaje, es la que tiene que estudiar las relaciones entre lengua y sociedad.

NACIMIENTO DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA Y PRECEDENTES

Borrego (7) toma como punto de arranque de la Sociolingüística el año 1964, fecha en que tienen lugar dos importantes congresos dedicados a ella en Estados Unidos: el de la Universidad de California (en mayo) y el de la Universidad de Indiana (en verano), cuyas ponencias fueron publicadas por Bright y Lieberson, respectivamente, en 1966 (8). Ambos congresos recogían anteriores estudios sobre las relaciones lengua y sociedad. Pero es a partir de esta fecha cuando se difunde esta nueva disciplina y comienza a incrementarse el número de las publicaciones.

Naturalmente, antes de 1964 existía una tradición de lingüística externa en colaboración con otras ciencias como la Sociología, la Etnografía y la Antropología. Aunque todos los trabajos estaban en la misma temática, relaciones lengua-sociedad, su posición teórico-científica no estaba delimitada, como nos lo demuestra la distinta terminología que entonces aparece: "sociolingüística", "etnolingüística", "lingüística antropológica", "lingüística social", "antropolingüística", etcétera.

Hymes, *Language in Culture*, págs. 3-14, resume esta tradición en tres corrientes principales:

A) *La inglesa*, que considera la lengua como una actividad social y ve necesaria, para su descripción, el incluirla en un contexto extralingüístico. Las relaciones entre lengua y sociedad son de interdependencia. Incluye dentro de esta corriente los nombres de Malinowsky, Gardiner y Firth, entre otros (9).

(6) G. MATORE propone considerar la palabra no como un objeto aislado, sino como un elemento dentro de conjuntos clasificados jerárquicamente partiendo de un análisis de las estructuras sociales. Adopta un punto de vista sociológico-estructuralista y piensa que las palabras son "le reflet d'un état de société". Cfr. *La méthode en lexicologie. Domaine français*, París, 1953.

(7) BORREGO, *Sociolingüística rural*, pág. 27.

(8) W. BRIGHT, (ed.), *Sociolinguistics*, The Hague, Mouton, 1966. S. LIEBERSON, (ed.), *Explorations in Sociolinguistics*, Indiana University, 1966.

(9) Cfr., por ejemplo, A. GARDINER, *Theory of Speech and Language*, donde ya en 1932 sostiene que sólo puede considerarse el origen del lenguaje como resultado de condiciones sociales, tratando de dar una explicación sociológica de su origen y desarrollo.

B) *La francesa*, que considera el lenguaje como un sistema heredado y socialmente compartido cuya función principal es la referencial. Las relaciones entre lengua y sociedad, vistos como dos sistemas paralelos, son de congruencia. Incluye en esta corriente nombres como los de Meillet (10), Cohen, Benveniste, Levi-Strauss, Sommerfelt (11), etcétera.

C) *La estadounidense*, más próxima a la francesa que a la inglesa, considera el lenguaje más como producto cultural o herencia colectiva que como un elemento de acción social. Destaca su atención al trabajo del campo en el estudio de los indios nativos, muchas veces al servicio de la etnología, la sociología y la antropología en general (12). Hymes cita, entre otros, a Boas, Sapir y Bloomfield (13).

Borrego (14) pone de manifiesto que el enfoque desde el punto de vista antropológico de Hymes deja fuera corrientes importantes como la alemana (con la cual enlazaría la estadounidense) y el pensamiento ruso de inspiración marxista. En España, las relaciones entre lenguaje y cultura fueron estudiadas por Menéndez Pidal y sus discípulos de la "Escuela de Madrid", convencidos de que "los hechos filológicos no pueden ser estudiados aisladamente, sino que necesitan ser considerados en relación con otros hechos culturales" (Catalán, *Ling. Iberorrománica*, pág. 27).

Por otra parte, junto a esta tradición de lingüística externa se desarrolla otra dirección lingüística divergente: la lingüística moderna que estudia la lengua como un sistema homogéneo y estático. A este último grupo, que Labov denomina de lingüistas "asociales" (frente a los "sociales" del grupo anterior), pertenecen los estructuralistas y los cultivadores de la gramática generativa transformacional. Estos lingüistas, Saussure, Hjelmslev o Chomsky, por ejemplo, aunque reconocen en la lengua factores sociales, los relegan por considerarlos fenómenos no-lingüísticos. Así, Chomsky establece la distinción entre "*competencia* (el conocimiento que el hablante oyente tiene de su lengua) y *actuación* (el uso real de la lengua en situaciones concretas)" (15). al decir que "lo que concierne primariamente a la teoría lin-

(10) A. MEILLET en su reseña del *Cours* (1916) y AMADO ALONSO en su introducción a la ed. española del *Cours* (1945) lamenta que De Saussure, por su actitud estructural, no tomase en cuenta los seres humanos que usan el lenguaje.

(11) A. SOMMERFELT en *La langue et la société, caractères sociaux d'une langue de type archaïque*, Oslo, 1938, obra sobre los aranta de Australia, intenta poner en evidencia una correlación entre el tipo lingüístico de la sociedad aranta y su civilización social.

(12) Como consecuencia de esto, muchas veces, hay que buscar las contribuciones estadounidenses a la lingüística en publicaciones (revistas y colecciones) dedicadas a cuestiones sociológicas, etnológicas o psicológicas.

(13) El principal fue, quizá, Sapir, que juzgaba el lenguaje como "un guía de la realidad social". BORREGO, *Sociolingüística rural*, pág. 20, considera discutible la inclusión de Bloomfield en este contexto, ya que define "la influencia de la sociedad como ajena al desenvolvimiento normal del lenguaje" y ve "la acción de elementos externos como interferencias disfuncionales".

(14) Cfr. BORREGO, *Sociolingüística rural*, pág. 20.

(15) CHOMSKY, *Aspectos*, pág. 6.

güística es un hablante oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical, como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención e interés, y errores (característicos o fortuitos) al aplicar su conocimiento de la lengua al uso real" (16). De esta manera el objetivo de la gramática generativa transformacional será la descripción de la *competencia*, mientras que la *actuación*, a la que pertenecen los factores sociales, sería un factor obstaculizante en la aprehensión de la competencia.

Las limitaciones a que conduce la descripción del sistema lingüístico, al no introducir factores extralingüísticos, provoca reacciones entre los lingüistas e impulsa los estudios de la lingüística externa con un mayor rigor científico en la década de los sesenta.

Así, frente a la competencia chomskyana en el lenguaje, surge la "competencia comunicativa" de Wunderlich, Habermas o Hymes con conceptos diferentes. Para Hymes, por ejemplo, la competencia comunicativa es una medida graduable del dominio de diversos códigos verbales en una comunidad lingüística; la influencia extralingüística puede fomentar o inhibir la posibilidad de expresión y el registro lingüístico de un individuo aunque tenga un dominio perfecto de la gramática (17).

Las objeciones a la problemática competencia/actuación no implican un rechazo de las reglas generativas, sino un intento de mostrar la interacción de la competencia lingüística y de la competencia comunicativa.

Muchos e interesantes son los trabajos realizados por los lingüistas intentando demostrar esta interacción, entre los que destacan los estudios de W. Labov sobre los usos lingüísticos en la isla de Martha's Vineyard, Massachusetts (18) o sobre la diferenciación social del habla de Nueva York (19).

Un ejemplo de Borrego (20) bastará para darnos cuenta de la necesidad de unas reglas sociolingüísticas: "Consideremos en español la frase siguiente: "El agente del orden se dirigió a uno de los manifestantes con ánimo de romperle la jeta". Una gramática GT tal como está concebida en Chomsky, *Aspects*, generaría esta frase sin inconvenientes. Y sin embargo tal frase queda excluida en español de contextos que no tengan una intención humorística, y ello en virtud de la disonancia que supone la inserción de un modismo rabiosamente coloquial como "romper la jeta" en

(16) CHOMSKY, *Aspectos*, pág. 5.

(17) Cfr. HYMES, *On communicative*, págs. 281 y ss.

(18) LABOV, *Sobre el mecanismo*.

(19) LABOV, *The social stratification*.

(20) BORREGO, *Sociolingüística rural*, págs. 25-26.

una secuencia de marcado tono formal (...). Si queremos que una gramática bloquee frases de este tipo (que sin duda no concuerdan con las intuiciones de un hablante nativo) es preciso introducir en ella la noción de "estilo", "registro" o "nivel de lengua" y, en consecuencia, la noción de "situación", que es ya de tipo social".

Todas estas consideraciones son la causa del arranque de la Sociolingüística al que nos referíamos al comienzo de este apartado.

CONCEPCIONES DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

Como decíamos en la introducción, uno de nuestros objetivos es tratar de delimitar las posiciones teórico-científicas sobre la sociolingüística que con tanta profusión han ido surgiendo en los últimos años. Es común a todas ellas el afirmar que existen diferenciaciones lingüísticas cuyas relaciones con la sociedad son estudiadas por la Sociolingüística.

Pero algunos investigadores añaden una serie de precisiones que Borrego, *Sociolingüística rural*, págs. 28-31, resume en tres concepciones o posturas siguientes:

A) *Concepción lingüística*: Centra su estudio en el análisis del *sistema o diastema*. Los investigadores intentan describir la estructura interna de un sistema determinado, pero se ven obligados a considerar factores extralingüísticos en su estudio para conseguir resultados satisfactorios. Incluye en esta tendencia sociolingüística los nombres de Labov, Alvar, Rona, López Morales, Fishman (por algunos de sus trabajos) y Darnell, entre otros.

B) *Concepción sociológica*: El objeto básico de análisis es el *código*, es decir, el estudio de las variaciones en la lengua en una comunidad y qué determina esas variaciones. En estos trabajos se acogen gran cantidad de elementos puramente sociológicos, por los que algunos lingüistas denominan esta segunda postura "sociología del lenguaje". Borrego cita, dentro de esta tendencia, los nombres de Gadet, Fisher, Bal, Sankoff y Fishman (por algunos de sus trabajos) (21).

C) *Concepción etnográfica*: Centra su estudio en el concepto de *comunicación*. Analiza las relaciones lengua/cultura y sociedad añadiendo factores etnográficos y antropológicos: le interesa la organización completa del hablar y del comunicarse en un grupo humano específico. En este concepto de sociolingüística, llamado con frecuencia "etnografía del hablar", incluye los nombres de Ervin-Tripp, Grimshaw, Gumperz y Hymes.

(21) FISHMAN, *Sociología del lenguaje*, pág. 35, ve dos partes en la sociología del lenguaje. Una, la *sociología descriptiva del lenguaje*, pretende descubrir las normas del uso lingüístico: "¿quién habla (o escribe), qué lenguas (o variedad lingüística), a quién y cuándo y con qué fin?". La otra parte es la *sociología dinámica del lenguaje* que "intenta dar contestación al interrogante: "¿qué es lo que explica las diferentes causas del cambio de la organización social del uso lingüístico y del comportamiento ante el lenguaje?".

Por su parte, Borrego (22) cree que para que el estudio de una comunidad sea completo hay que abordar las siguientes cuestiones:

1.—Determinar qué grupos de hablantes muestran una conducta similar y cuáles son los factores sociológicos (edad, sexo, estatus profesional, cultura, etc.) que los caracterizan.

2.—Determinar las variedades lingüísticas de una comunidad las cuales constituyen su *repertorio verbal*.

3.—Averiguar las reglas de *uso* del repertorio: cuándo y por qué se utiliza una variedad lingüística del repertorio y no otra. En el uso del repertorio influyen numerosos factores como las relaciones emisor-receptor, el tema, el canal de comunicación (oral, escrito, telegráfico...), el lugar (casa, clase, bar, etc.), la disposición de ánimo de los interlocutores, las intenciones del hablante y los efectos que busca lograr.

Señala Borrego “que, para determinados temas, *repertorio verbal* y *uso* no pueden separarse ni aun metodológicamente”.

4.—El *cambio lingüístico*, tratando de “fijar sus causas, sus efectos y su desarrollo futuro”. Es éste un tema fundamental de la sociolingüística (23).

5.—Las *evaluaciones* que los hablantes de un grupo tienen de sus propios recursos lingüísticos y de los ajenos. Es decir, la *actitud* del usuario: si valora positiva o negativamente su propia variedad lingüística y aquéllas con las que se relaciona.

METODO

Aunque muchos son los métodos de investigación sociolingüística esta concepción de Borrego nos parece la más completa y pertinente. Ello no implica que el investigador agote aquí sus posibilidades. Todo lo contrario; el método a seguir tiene necesariamente que adecuarlo a los fines de la investigación.

Hudson (24) nos ofrece los estadios que suelen seguirse en todo estudio sociolingüístico: “selección de hablantes, circunstancias y variables lingüísticas”, “recogida de textos”, “identificación de las variables lingüísticas y sus variantes en los textos”, “procesamiento de los datos” (es decir, el número de apariciones identificadas de variantes), “interpretación de los resultados”.

(22) Cfr. BORREGO, *Sociolingüística rural*, págs. 31-39.

(23) Así lo ven MARCELLESI y GARDIN, *Introducción...*, pág. 318: “Aquí formulamos, a partir especialmente de los trabajos de Labov y de Voloshinov... un conjunto de proposiciones —esquemas de teorización para el estudio del cambio lingüístico, objeto esencial de una lingüística social—”. Comparte esta idea también ALVAR y BORREGO.

(24) HUDSON, *La sociolingüística*, pág. 157.

Nosotros destacaremos que para obtener un buen resultado en la descripción de la lengua de un grupo determinado es importante hacer una buena selección de los informadores (educación, profesión, edad, etnia, etc.) y una acertada elaboración del cuestionario que se ha de utilizar en las encuestas. En cuanto al investigador, es evidente que su presencia cohibe con frecuencia a los hablantes creando con ello una situación formal en el momento de la encuesta contraria a la espontaneidad que se busca. Como la simple observación no daría los resultados deseados es imprescindible, como propone Labov, elegir temas de conversación que lleven a los informadores a una situación normal y coloquial.

CONCLUSION

Como hemos visto, la lengua no es totalmente homogénea. A ser una actividad social los fenómenos lingüísticos están determinados por ciertos factores extralingüísticos, socioculturales. Es tarea de la Sociolingüística estudiar las relaciones entre lengua y sociedad.

Los enfoques en los estudios sociolingüísticos son muy diversos, aproximándose muchas veces a otras disciplinas como la etnografía, la psicología o la antropología. Ello ha provocado que con la Sociolingüística hayan

surgido ramas como la Etnolingüística, la Psicolingüística, la Antropolingüística, aún en proceso de definición y delimitación.

El método de investigación sociolingüística (observación, conversación, cuestionario...) ha de ser exhaustivo y adecuarse a los fines de investigación. Los resultados obtenidos permiten ser aplicados en numerosos proyectos (25): en la enseñanza de la lengua (al proporcionar datos lingüísticos a los educadores), en la creación de gramáticas normativas, en la creación y revisión de los sistemas de escritura (la reforma ortográfica, por ejemplo, del chino o la recientemente modificada ortografía irlandesa), en alfabetización, en la formación o consolidación de nacionalidades, en medios de comunicación de masas (26), etc. En definitiva, con determinados fines pedagógicos, humanitarios, etc. Esto se denomina *sociolingüística aplicada*.

(25) FISHMAN, en *Sociología del lenguaje*, estudia la *Sociología aplicada del lenguaje*, págs. 197-217; cita a FERGUSON con el que coincide en dividir la lingüística aplicada "en sus seis ramas americanas más comunes", algunas de las cuales citamos aquí.

(26) A propósito de *planificación lingüística*, cfr. GARMADI, *La Sociolinguistique*, págs. 185-214.

BIBLIOGRAFIA

- BORREGO NIETO, J.: *Sociolingüística rural. Investigación en Villadepera de Sayago*, Universidad de Salamanca, 1981.
- CATALAN, D.: *Lingüística Iberorrománica*, Madrid, Gredos, 1974.
- COHEN, M.: *Manual para una sociología del lenguaje*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1973.
- CHOMSKY, N.: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar, 1976.
- CHOMSKY, N.: *Reflexiones sobre el lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1979.
- FISHMAN, J. A.: *Sociología del lenguaje*, Madrid, Ed. Cátedra, 1979. (Es una revisión y ampliación de su obra *Sociolinguistics, a brief introduction*, Massachusetts, 1970.)
- GARMADI, J.: *La Sociolinguistique*, París, Presses Universitaires de France, 1981.
- HUDSON, R. A.: *La Sociolingüística*, Barcelona, Anagrama, 1981.
- HYMES, D.: *Language in Culture and Society. A reader in linguistics and anthropology*, Nueva York, Harper International Edition, 1966. (Publicada por primera vez en 1964 en Harper and Row.)
- HYMES, D.: *On Communicative Competence*, resumido por Pride and Holmes en *Sociolinguistics*, England, 1972, págs. 269-293.
- LABOV, W.: *The social stratification of English in New York City*, Washington, Center for applied linguistics, 1966.
- LABOV, W.: *Sobre el mecanismo del cambio lingüístico*, en Garvin y Lastra de Suárez, *Antología de Estudios de Etnolingüística y Sociolingüística*, Universidad Autónoma de México, 1974, págs. 424-450.
- LYONS, J.: *Introducción a la Lingüística teórica*, Barcelona, Teide, 1975.
- MARCELLESI, J. B. y GARDIN, B.: *Introducción a la Sociolingüística*, Madrid, Gredos, 1979.
- SHLIEBEN-LANGE, B.: *Iniciación a la Sociolingüística*, Madrid, Gredos, 1977.
- VARIOS AUTORES: *Lecturas de Sociolingüística*, Madrid, Edaf, 14, 1977. Recoge artículos de autores como Alvar, Coseriu, Catalán, Granda, etcétera.

Reseñas bibliográficas

Reseñas bibliográficas

A. ORTEGA: *Reglamento del Impuesto sobre Sociedades. Ingresos y gastos*. Editor: Asociación para el progreso de la Dirección.

En el inicio de la Reforma se dictó la ley 61/78 por la que se establecía en España un nuevo impuesto sobre la Renta de las Sociedades.

La complejidad y la gran importancia de este tributo, convencieron al legislador de la necesidad de dejar pasar un tiempo de maduración antes de dictar un Reglamento, desarrollo de la ley.

No obstante, desde la aparición de la norma legislativa, un gran número de disposiciones reglamentarias, R. D., O. M., Resoluciones y Consultas vinculantes, han visto la luz, enfatizando, definiendo criterios, limando asperezas y favoreciendo, por su propia dinámica, la aparición de un Reglamento, que por fin vio la luz el 15 de octubre de 1982.

A pesar de haber transcurrido ya algún tiempo desde la aparición del Reglamento, escasean los textos que comentan, aclaren, o enjuicien esta norma legal, ayudando a su aplicación práctica.

El libro que nos ocupa se enmarca en este contexto. Su ámbito se reduce al comentario sucinto de la norma, de valoración del R. I. S. y más profundamente a un estudio de la Sección III del Reglamento: Determinación de los Rendimientos Netos, realizando un análisis detallado de los ingresos, analizando su imputación temporal, y su computabilidad o no, como tales, en la estructura del Impuesto, y de los gastos, dedicando gran atención a las amortizaciones y provisiones.

A pesar de que consideramos, que la parte tratada del R. I. S. por esta obra

no es la parte más conflictiva en la aplicación del impuesto, entendemos que el libro tiene utilidad, dentro de la limitación de su ámbito, sobre todo para quienes, no partiendo de un conocimiento especializado de la problemática del impuesto, pretendan adentrarse en ella, partiendo de unos conocimientos básicos de contabilidad, y con pretensiones de índole práctica.

La obra contiene además un Anexo con el Texto íntegro del Reglamento, así como otras disposiciones de menor rango dictadas después.

Su prólogo, muy interesante, pues aclara los principios en los que se inspira el Reglamento, así como su proceso de formación, lo que puede, en algunos casos, dar una norma para su interpretación, fue realizado por el entonces Director General de Tributos don Francisco Ortega, que tuvo una participación directa en la génesis de la norma que nos ocupa.

En resumen, una obra provechosa y casi única, hasta la fecha, sobre un tema tan interesante académicamente y de tanta transcendencia sobre el mundo de los negocios y la economía.

J. M.^a Gómez Bernardi

D. CANTIMORI: *Humanismo y religiones en el Renacimiento*. Ediciones Peninsula. Barcelona, 1984, 315 págs.

Encuentro plenamente justificada la publicación de esta obra del historiador ravenés Delio Cantimori (1904-1966) porque este importante autor resulta ser prácticamente desconocido en nuestro

país. A nadie se le escapa que la historia española se encuentra muy influenciada por el hispanismo francés y angloamericano, descuidándose ámbitos tan cercanos como el italiano. Además, sin las aportaciones de Cantimori, no tendríamos una imagen completa del Renacimiento europeo, y mucho menos del italiano.

Ediciones Península, en su serie universitaria, ha recogido quince ensayos del maestro ravenés, que se publican por vez primera en España, bajo el título de *Humanismo y religiones en el Renacimiento*. El título responde al del último de los ensayos, que es uno de los principales, aunque los editores españoles han preferido traducir el título original italiano (*Umanesimo e religione nel Rinascimento* —aparecido en la Piccola Biblioteca Einaudi en 1975—, que literalmente se traduce por humanismo y religión en el Renacimiento) traduciendo religioni (religiones) por religione (religión).

Por supuesto, los editores explican que no han puesto el menor deseo de intentar “mejorar el original”, sino que se han aplicado a una traducción literal de los ensayos, aunque en este caso la alteración del título obedece exclusivamente a dar una mayor orientación al lector sobre el contenido de la obra.

Delio Cantimori puede inscribirse en la nómina de historiadores italianos interesado en desentrañar los aspectos menos conocidos de la historia de las herejías y desviaciones cristianas en el Renacimiento. Discípulo de Benedetto Croce, su obra se sitúa en el nivel de las aportaciones del hispanista francés Marcel Bataillon, y se continúa en la de autores italianos como Carlo Ginzburg, autor de: *El queso y los gusanos. El Cosmos según un molinero del siglo XVI*, editado por Muchnik en su serie *Archivos de la herejía*.

La recopilación de estos quince ensa-

yos sigue un orden cronológico enmarcado entre 1936 y 1967. Algunos de estos ensayos son inéditos, e, incluso, fueron encontrados entre los papeles de Cantimori sin titular.

Los ensayos llevan los siguientes títulos: *Actitudes ante la Reforma en la vida cultural italiana del siglo XVI*; *Erasmus y la vida moral religiosa italiana en el siglo XVI*; *Erasmus e Italia*; *Humanismo y luteranismo ante la escolástica*; *Convergencias italo-alemanas en la época de la Reforma*; *Humanismo y Reforma*; *La Reforma y el Humanismo*; *Aspectos de la propaganda religiosa en la Europa del siglo XVI*; *La influencia del manifiesto de Carlos V contra Clemente VII (1526) y de documentos análogos en la literatura filoprotestante y anticurial italiana*; *El círculo de Juan Valdés y los demás grupos evangélicos*; *Los herejes del movimiento italiano de Reforma*; *Tradición eclesiástica e historia cristiana en el pensamiento de los herejes italianos del siglo XVI*; *El ideal educativo humanístico-religioso del siglo XVI*; *Ideas religiosas a comienzos del siglo XVI italiano*; *Humanismo y religiones en el Renacimiento*.

Constituyen, pues, una serie de pequeños discursos con un tema común: el estudio de las desviaciones religiosas en el siglo XVI europeo. Cantimori sitúa el punto de partida en la diversificación del Renacimiento en sus ámbitos italiano, francés, inglés, etc., y en sus modalidades: pagano, cristiano, artístico, literario, filosófico. Igualmente, la Reforma no es uniforme sino que hay que hablar de las distintas Reformas: luterana, zuingliana, calvinista, anglicana. Por otro lado, define el Humanismo como “el interés por el hombre y sus actividades, por su mundo, esa confianza ilimitada en las posibilidades humanas y sobre todo en el intelecto, en la razón, que constituye la verdadera, la profunda religiosidad del Hu-

manismo y la herencia más importante que ha legado este al mundo moderno" (pág. 159). Este es el sentido de la obra de los humanistas, de Coluccio Salutati, Lorenzo Valla, Pico della Mirándola, Tomás Moro, Erasmo, Marsilio Ficino, etc. Los humanistas son portadores de un enorme optimismo en el hombre que les hace intentar "reformular" la sociedad y el mundo transformando a los hombres por medio de la educación" (pág. 161). Este optimismo humanista cae después del saco de Roma y cede su lugar al pesimismo naturalista y racional de Maquiavelo, al teológico e irracional de los reformistas.

La intolerancia será entonces la ley general para católicos y protestantes, de manera que "el Humanismo cae bajo la Reforma" (pág. 164). Los "*humanae litterae*", florecientes en la Italia del siglo XV, y difundidos por toda Europa a comienzos del siglo XVI, encuentran el muro infranqueable de la intolerancia y la irracionalidad religiosas.

La institución en Roma, en 1542, del Santo Oficio de la Inquisición, provocará la fuga de importantes personajes a tierras protestantes. Sin embargo, otros permanecerán en sus lugares de origen aferrados al nicodemismo. Este sostenía que el buen cristiano (luterano, calvinista, etc.) puede vivir en tierras católicas, comportándose "exteriormente" como buen católico, sin necesidad de propagar la fe, ya que lo único que importa es la "interioridad". Este rechazo de la exterioridad, tan querido de Erasmo, se radicalizará con anabaptistas y valdesanos, con el rechazo del bautismo. Los anabaptistas llegarán más allá con el repudio de las instituciones vigentes y la llamada a una sociedad igualitaria y universalista.

Por las páginas del Cantimori desfilan los principales herejes del siglo XVI, incluyendo a Erasmo que mantiene una po-

sición ambigua, aunque nunca dejará el catolicismo. Pese a ello, para muchos Erasmo era el inspirador de las ideas luteranas, de manera que el discípulo de los "hermanos de la vida común", el hombre de la "*devotio moderna*", que se consideraba ciudadano del mundo terreno "a fin de prepararse para la ciudadanía del mundo celestial" (pág. 71), había erasmizado a Lutero, el "*haeresiarca magnus del norte*" que los falsos profetas, adivinos y nigromantes habían auspiciado como salidad a la crisis de la Iglesia.

Los herejes juegan un papel fundamental en la historiografía protestante, ya que son los "*testes veritatis*", los únicos resplandecientes en el reino de la oscuridad —del Anticristo— en el que había caído la Iglesia Católica después de Constantino, después de Gregorio VII, después del dogma trinitario. Así, a la decadencia ("*defectio*") de la Iglesia seguirá la Reforma ("*Institutio*"). El largo lapsus entre ambas, habría sido iluminado por estos testigos de la verdad: nestorianos, jacobitas, albigenses, pobres de Lyon, valdeses, lolardos, etc. Pero, qué ocurre cuando la Reforma, a su vez, se institucionaliza. Entonces, los herejes son perseguidos: anabaptistas, valdesanos, espiritualistas, socinianos, ya no son "testigos de la verdad" sino que alteran el orden social de la Curia romana o de los príncipes alemanes. Este es el sentido de la represión de los campesinos alemanes, de la muerte de Tomás Münzer, de la ejecución de Tomás Moro, de Servet, etc.

No desdeña Cantimori ningún problema religioso, y los enfoca desde una perspectiva exclusivamente histórica. Para este militante del Partido Comunista Italiano —entre 1948 y 1956— Italia no fue, ni es, un país anticatólico, sino anticlerical.

En definitiva, por el libro de Cantimori desfilan los más importantes personajes

del Renacimiento y del Humanismo. Cantimori gusta de realizar clasificaciones afortunadas: Humanismo hermético ligado a la Cábala, interpretable a la luz de las tradiciones arcanas, de las revelaciones y oráculos; Humanismo protestante y erudito, ejemplarizado en Felipe Melancton, profesor de la Universidad de Wittenberg, sobrino de Juan Reuchlin, hebreista, humanista y cabalista.

Así, "Humanismo y religión(es) en el Renacimiento" da una visión global y pormenorizada —de microhistoria— de las sutiles fronteras que acotan la intolerancia religiosa. El libro es una exposición de la imposibilidad del Emperador y del Papa —los "dos soles"— por uniformizar y dogmatizar. Como testigos de la libertad religiosa quedan los herejes, y, de to-

dos ellos, Fausto Sozzini, "el archihereje del siglo". Y queda un mundo nuevo, diversificado: paganos, judíos, musulmanes, luteranos, calvinistas, zuinglianos, anglicanos, anabaptistas, valdesanos, espiritualistas, socinianos, etc. Además, pervive la enseñanza del Humanismo, ajeno a las diversas corrientes y escuelas porque como dice Cesare Pavese: "El mérito estético, la esencia moral, la luz de la verdad, no se pueden enseñar —cada cual los debe crear en su interior—. Son "absolutos", es decir, están fuera del tiempo y por ende de la sociedad, y por ello son incommunicables. Las palabras expresan sólo su esquema." (Cesare Pavese: *El oficio de vivir. El oficio de poeta*. Barcelona, 1980, pág. 253).

Vicente Moga Romero

